

# MIRADAS ARTÍSTICAS SOBRE LA PANDEMIA

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE  
ESTUDIOS SOBRE DEMOCRACIA,  
JUSTICIA Y SOCIEDAD  
(PUEDJS-UNAM)  
(COMPILADOR)



# MIRADAS ARTÍSTICAS SOBRE LA PANDEMIA



# MIRADAS ARTÍSTICAS SOBRE LA PANDEMIA

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS  
SOBRE DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD  
(PUEDJS-UNAM)  
(COMPILADOR)



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



PROGRAMA UNIVERSITARIO  
DE ESTUDIOS SOBRE  
DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD

Primera edición, 2021

[Primera edición en libro electrónico, 2021]

---

Miradas artísticas sobre la pandemia / comp. del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad, UNAM. — México : FCE, PUEDEJS, UNAM, 2021

239 p. : ilus., fots. ; 19 × 11 cm — (Colec. Tezontle)

ISBN: 978-607-16-7084-7 (FCE)

978-607-30-4268-0 (UNAM)

1. Narrativa mexicana 2. Poesía mexicana 3. Ensayo 4. Literatura mexicana – Siglo XXI 5. Arte – México – Siglo XXI 6. Coronavirus (covid-19) – Aspectos sociales 7. Pandemias – Siglo XXI I. Ser.

LC PQ7297

Dewey M868 M415

---

*Distribución mundial en español*

EDICIÓN NO VENAL • PROHIBIDA SU VENTA

Diseño de forro: Neri Ugalde

Imagen de portada: Juan Francisco Díaz, *Los sin nombre*

D. R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México  
Programa Universitario de Estudios sobre Democracia,  
Justicia y Sociedad

Torre UNAM-Tlatelolco, Piso 13, Ricardo Flores Magón 1,  
06995, Ciudad de México

[www.puedjs.unam.mx](http://www.puedjs.unam.mx)

D. R. © 2021 Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14378 Ciudad de México

[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN (UNAM) 978-607-30-4268-0

ISBN (FCE) 978-607-16-7084-7

ISBN (UNAM, electrónico-PDF) 978-607-30-4602-2

ISBN (FCE, electrónico-PDF) 978-607-16-7170-7

Hecho en México • *Made in Mexico*

# ÍNDICE

Prólogo, John M. Ackerman	9
<i>Memoria de un concurso lleno de esperanza,</i> Rogelio Laguna y Astrid Navarro	15
<b>I. EL MUNDO CAMBIÓ</b>	
<i>2020. Del otro lado del espejo,</i> Gloria G. Herrera Mendoza	27
<i>Una bitácora no planeada,</i> Ana Sofía Villalobos García	35
<i>Miedo sobre Covid-19: significados (soneto con estribillo y acrósticos),</i> Osfelip Bazant	42
<i>¡Libertad en la pandemia!,</i> María Julieta Cruz Nieto	44
<i>Cuarentena en un país extraño,</i> Annette Angélica Rivera Vera	45
<i>Uno,</i> Eduardo Sabuágal Torres	67
<i>Las tres pandemias,</i> Laura Olimpia Martínez Ramírez	78
<i>El desamor en tiempos de Covid-19,</i> María Angélica Contreras Jiménez	85
<i>Los duelos de la pandemia,</i> Rosario Pinelo	93
<i>Contacto,</i> Raúl Mendoza Justo	100
<i>Desconsuelo,</i> Arturo Sarmiento Tamayo	109

## II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO

<i>Crónica de una combatiente</i> , Carlos Eduardo Chávez Ortega	113
<i>Moneta</i> , Mariana Gómez Vargas	115
<i>Cuando los marginales somos centrales</i> , José Arreola	121

## III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD

<i>Remedios para la soledad</i> , Diego Alonso Sánchez Tec	131
<i>Manual para el encierro</i> , Emma del Carmen Martínez Yanes	144

## IV. EL TIEMPO PASA DISTINTO

<i>Mi ciudad</i> , Jonathan Martín Abrego Camacho	151
<i>El tiempo en pausa. Un ensayo sobre nuestra forma de habitar el tiempo en la pandemia</i> , Xicoténcatl Servín	153
<i>De diciembre a la fecha</i> , Karla Cruz Torres	161
<i>Nueva crisis, nuevos miedos: una lectura de “Los nuevos miedos” de Marc Augé, en tiempos de Covid-19</i> , Carla Giovanna Ruiz Juárez	167
<i>Encuentro y retorno</i> , Bladimir Tapia Neri	172
<i>Producción del espacio público y comunitario en el contexto de las afectaciones críticas. Un ejercicio colaborativo</i> , Águazal Producciones (Valeria Caballero y Helena Braunstajn)	174
<i>La espera</i> , Ángela Atenas Sánchez Camacho	187

## V. SALDREMOS ADELANTE

<i>Desde el cristal</i> , Gilberto Villegas López	201
<i>Cuando todo esto acabe, voy a conquistarte</i> , Juan Francisco Muñiz	203
<i>Volveremos</i> , Ricardo Javier Guzmán García	205
<i>Procesiones de color</i> , Francisco Glen Chávez	208
<i>En el encierro y la distancia</i> , Raymundo Pérez González	210
<i>Índice de ilustraciones</i>	213
<i>Semblanzas</i>	217

## CUENTOS INFANTILES

<i>Abuela torbellino</i> , Ernesto Miranda Meléndez	I
<i>El día que los astronautas salvaron al abuelo</i> , Litzzy Aguirre, Anyer Hernández y Edson Flores (ilustraciones)	V
<i>Los niños del Covid19</i> , Emelyn Domínguez Jiménez y María Luna Mesén (ilustraciones)	XVIII

## ILUSTRACIONES Y FOTOGRAFÍAS

I. El mundo cambió	XXXI
II. Los que pueden quedarse y los que no	XXXIX
III. Remedios para la soledad	XLVII
IV. El tiempo pasa distinto	LV
V. Saldremos adelante	LXII



## PRÓLOGO

JOHN M. ACKERMAN<sup>1</sup>

Vivimos tiempos difíciles. El encierro literalmente privatiza nuestra vida social al mandarnos a nuestras casas y, simultáneamente, la digitalización de nuestros contactos humanos va acabando con nuestra privacidad. Los niños y los jóvenes ya no acuden a la escuela y los adultos nos vamos aislando unos de otros.

Mientras, se van empoderando cada vez más las grandes empresas digitales, emporios empresariales globales como Facebook, Twitter y YouTube, que si bien nos ofrecen una interconectividad sin precedentes también lucran con nuestros datos personales y controlan el flujo de información por medio de algoritmos que responden más a sus intereses comerciales que al interés público y humanitario.

Pero a pesar de todo, a pesar de la deshumanización a la cual estamos sometidos en este nuevo contexto pandémico, somos humanos, respiramos, creamos, y transformamos. Y nuestra humanidad solamente puede explayarse y consolidarse en sociedad, en comunidad y a partir de la solidaridad y el trabajo en conjunto.

<sup>1</sup> Director del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad (PUEDJS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Así que hay que mantenernos juntos, con sana distancia desde luego, para celebrar la creatividad humana y la expresión artística ciudadana. Con este libro buscamos abrir una ventana de esperanza y ofrecer una oportunidad para una catarsis colectiva, un gran abrazo colectivo desde la UNAM, desde el Fondo de Cultura Económica y Tierra Adentro, para todos los mexicanos y todas las mexicanas.

La crisis sanitaria y la cuarentena afectan a la humanidad en la dimensión emocional y psicológica, lo cual puede llevar a estados anímicos en las personas, familias y comunidades. Por eso son tan importantes los mecanismos de contención, mitigación, reparación y rehabilitación ante los efectos psicosociales de una pandemia, y de ahí la relevancia de este libro que surge del gran concurso “Miradas artísticas sobre la pandemia. De la paranoia a la solidaridad” organizado por el Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad (PUEDJS) de la UNAM y que generó las obras incluidas en el magnífico libro que el lector tiene en sus manos. Se trata de una búsqueda de la preservación de la vida a partir de la solidaridad, la prudencia y la calma, lo cual permite un pensamiento claro y un espíritu abierto de trabajar unos y otros por el bien común.

Tal y como destacó el subsecretario de Salud del Gobierno Federal, el Dr. Hugo López-Gatell, durante la inauguración de la exposición pública en la Estación Pino Suárez del Metro de la Ciudad de México de las obras contenidas en este volumen, en contextos difíciles como el actual es muy importante “abrazar la vida, como muchas otras generaciones en la historia de la humanidad. De ahí la trascendencia del concurso y de la exposición, pues convoca lo mejor de la sociedad

mexicana en diversos ámbitos sociales y culturales, así como la capacidad de los pueblos de resistencia ante situaciones adversas y en favor de la esperanza y del consuelo”.

En el mismo evento, Rabindranath Salazar, subsecretario de Desarrollo Democrático de la Secretaría de Gobernación, compartió que las obras “buscan captar lo que las personas, todos como sociedad, estábamos viviendo, sintiendo en este adverso momento, sin precedentes en nuestra historia contemporánea, reflejando incertidumbre, temores, pero de igual forma los valores que distinguen al pueblo de México, como la solidaridad, la esperanza, así como una creciente corresponsabilidad social”.

Todos estos aspectos, agregó Salazar, “más allá de su inmanente valor artístico y cultural, conllevan la noble construcción de nuestra memoria colectiva de manera gráfica y sensible, abonando así a la unidad nacional ante este enorme reto que nos sorprendió en 2020 con esta crisis sanitaria, la más grande y la más retadora en la historia reciente de nuestra humanidad”.

Iniciativas como la exposición, dijo Salazar, “son detonantes indiscutibles de las causas más nobles a favor de México y que gracias a la sensibilidad y talento de cerca de 700 artistas participantes, nos ofrecen un aliciente, una fuente de optimismo y empatía, recordándonos a todas y a todos los mexicanos que es precisamente nuestro espíritu solidario el gran escudo que ha permitido a lo largo de la historia que salgamos siempre adelante de enormes dificultades”.

En el mismo encuentro, Eduardo Villegas, coordinador de Memoria Histórica y Cultural de México de la Presidencia de la República, destacó que la manera

más extraordinaria de la humanidad de enfrentar sus neurosis es a partir del arte, y que lo hecho por la UNAM con el planteamiento de “abrazando a la vida” ha sido precisamente confrontar el encierro a partir de una salida necesaria: la escritura, la fotografía, la expresión plástica. “Se ha tratado de encontrar en el encierro un modo de expresión ante el terrible momento que enfrenta la humanidad”, señaló Villegas.

Guadalupe Valencia, titular de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, celebró la exposición realizada en el “museo más grande” de la Ciudad de México, el Metro, y advirtió la necesidad de revisar nuestra relación con el planeta y el abuso contra la naturaleza para identificar de qué manera pudimos provocar esta pandemia.

También reflexionó sobre la importancia de nuestro cuerpo y del nuevo etiquetado y normas para los productos alimenticios. “Hay que sacarle ganancia a esto: es una gran tragedia, pero puede ayudar a reinventarnos y a relacionarnos más armónicamente con la naturaleza y hacernos más corresponsables entre nosotros”.

Adriana Castillo, directora general de Acervo Cultural de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, señaló que las obras suscitan alegría por la “gran cantidad de miradas acerca de la pandemia, caminos de apertura al otro que al mismo tiempo hacen referencia a nosotros mismos. Todas estas miradas son artísticas, porque su fin es expresar y comunicar la amplia gama de emociones que nos ha provocado la actual circunstancia que vivimos.

“Son arte, en la medida que buscan alcanzar al prójimo. Se trata de miradas que construyen experiencias abiertas en las cuales los demás, los otros, nos reconocemos y construimos un nosotros. En los tra-

bajos de esta exposición encontramos sendas para transitar y aproximarnos sin temor y sin prejuicios al otro, a mi semejante que ha sido aislado, reducido a estar la mayor parte del tiempo en su casa, alejado del bullicio callejero.”

Cabe recordar que la convocatoria que hizo la UNAM en el contexto de la llegada de la pandemia por Covid-19 a México aglutinó aproximadamente 700 obras inscritas, con una destacada participación de jóvenes, dado que la emergencia sanitaria cambió la manera de vivir y provocó que surgieran miles de historias.

El Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad (PUEDJS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) es una iniciativa nueva, llena de energía, de creatividad, de empuje y de compromiso. Desde el PUEDJS, buscamos combinar la investigación científica del más alto nivel con un intenso trabajo de vinculación y divulgación hacia la comunidad universitaria y la sociedad en general.

En el PUEDJS queremos salir de la torre de marfil para sacudir las conciencias y participar en la construcción de soluciones prácticas a los grandes problemas nacionales que nos afectan a todos y a todas.

Cuando llegó la pandemia y la cuarentena muchos sentíamos que el mundo empezaba a desmoronarse en pedazos.

¿Cómo salir de la torre de marfil estando cada quien en su casa?

Este libro y el concurso de arte ciudadano y popular que lo alimentó son un sueño hecho realidad.



# MEMORIA DE UN CONCURSO LLENO DE ESPERANZA

ROGELIO LAGUNA<sup>1</sup>  
ASTRID NAVARRO<sup>2</sup>

¿Cómo vamos a narrar en el futuro lo que ha significado vivir en medio de una pandemia global? ¿Cómo vamos a explicar nuestras pérdidas, la incertidumbre, los meses de espera, el anhelo de que todo vuelva a ser cómo antes?

La pandemia nos ha transformado. En términos individuales y colectivos nos enfrentamos a preguntas y dilemas que jamás pensamos tener que resolver. Antiguos miedos volvieron a acecharnos y nos vimos en la necesidad de echar mano de nuestra mejor capacidad de ser creativos, de adaptarnos rápidamente, de mantener la esperanza, y a veces también hemos tenido que aprender a dejar ir...

El 27 de febrero de 2020 se detectó el primer caso de Covid-19 en nuestro país. A partir de entonces hemos vivido una serie de cambios que nos han alejado de la vida que conocíamos, rodeados de nuestros seres queridos y de la vida colectiva, a una “nueva normalidad” en la que el cubrebocas oculta nuestros rostros, donde litros y litros de gel pasan por nuestras

<sup>1</sup> Académico del PUEEJS de la UNAM.

<sup>2</sup> Coordinadora del concurso “Miradas artísticas sobre la pandemia” del PUEEJS de la UNAM.

manos y en la que, como nunca antes, dependemos de la virtualidad. Una virtualidad que ha venido en muchos casos a salvarnos de la soledad absoluta, pero en la que faltan los abrazos y el apretón de manos fraternal con nuestros semejantes.

En la pandemia vimos que el ritmo de la vida cambió y que el tiempo pasa distinto. Las calles lucen vacías, los tumultos han disminuido. Algunos trabajan desde casa, otros salen y encuentran una ciudad semidesierta con un nuevo rostro. Se trata de una pausa extraña en medio del tiempo vertiginoso con el que el mundo se ha movido por casi un siglo. ¿Qué hacer con esta pausa?

En la primera parte del 2020 México llevó a cabo una larga jornada de distanciamiento social que buscó mitigar los contagios y proteger a las personas más vulnerables. Los meses se hicieron largos. Conforme pasaban los días, las personas experimentaron una gran incertidumbre sobre el futuro, debieron reorganizar sus vidas y, lo que resultaba más difícil, aceptar la lejanía con los seres queridos: amigos y familiares, con quienes no habría que reunirse en un periodo indefinido.

En ese contexto de espera e incertidumbre surgió el concurso “Miradas artísticas sobre la pandemia. De la paranoia a la solidaridad”, organizado por el Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad de la UNAM. Se trataba no solamente de continuar con las actividades universitarias, sino de buscar abrir un diálogo que permitiera reflexionar y plasmar cómo se estaba viviendo la pandemia en nuestro país. Se convocó al público en general a presentar diversas obras, “miradas artísticas” que mostrarán quiénes éramos en este inesperado contexto.

Las participaciones se organizaron en siete categorías: fotografía, ilustración, video, cuento, ensayo, poesía y crónica.

Al llamado de “Miradas artísticas sobre la pandemia” respondieron cientos de mujeres y hombres que eligieron la ruta del arte para compartir sentimientos, temores y esperanzas de lo que se vivía en esta crisis sanitaria. Se recibieron casi 700 obras rebosantes de experiencias, relatos e imágenes provenientes de todos los rincones del país. Con ellas se conformó una galería virtual que fue visitada por más de 400 mil personas de todo el mundo y que dejaron miles de comentarios que entablaban un diálogo con las diversas obras y que iban permitiendo el surgimiento de puntos de encuentro, el intercambio de perspectivas y la construcción de una solidaridad colectiva que por fortuna nos ha sostenido en las horas más oscuras.

Un concurso, sin embargo, no puede estar completo sin la premiación de aquellas propuestas que destacan por su calidad técnica y por su capacidad expresiva. Para la elección de las obras ganadoras de nuestro concurso se integró un jurado conformado por especialistas, reconocidas voces comprometidas con las causas sociales y la creatividad humana:

- Dr. John M. Ackerman, director del PUEDEJS.
- Dra. Beatriz Gutiérrez Müller, investigadora de tiempo completo del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Biol. Iván Trujillo Bolio, director de TV UNAM.
- Dr. Gerardo de la Fuente Lora, profesor e investigador de tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

- Antonio Helguera Martínez, caricaturista de *La Jornada y Proceso*.
- Pedro Valtierra Ruvalcaba, director general de la agencia Cuartoscuro.
- L. C. C. Ángel Figueroa Perea, director general de Divulgación de las Humanidades de la Coordinación de Humanidades de la UNAM.
- Ing. Luis Gutiérrez Padilla, subdirector de la Dirección General de Atención a la Comunidad de la UNAM.

Tras largas sesiones de deliberación, los resultados del concurso se dieron a conocer en una emotiva ceremonia en vivo a través de las redes sociales el 30 de junio de 2020. El jurado premió a aquellas obras que además de demostrar una admirable calidad artística y creativa también nos hacían visible aquello que como sociedad hemos sentido ante la pandemia, tanto el miedo como las ganas de afirmar la vida y seguir adelante, aun en un escenario desfavorable. A continuación se enumeran las obras premiadas:

## FOTOGRAFÍA

Primer lugar: Zurisaddai González González, *Volar desde adentro*

Segundo lugar: Patricio Oseguera Garibay, *Paseo de la Reforma en cuarentena*

Tercer lugar: Denisse Alejandra Michel Ponce, *La vida por la ventana*

Mención honorífica: Daniel Alejandro Durón, *Preocupaciones*

Mención honorífica: Mario Olarte Martínez, *La suerte de abajo*

Mención honorífica: Yahaira Ilse Urzúa, *A través de la ventana*

### ILUSTRACIÓN

Primer lugar: Karen Lizbeth Fernández Sánchez, *Milagrillo mexicano: la solidaridad*

Segundo lugar: Frida Yael Ibáñez Cárdenas, *SISU*

Tercer lugar: Karla Ricárdez “Chila Killa”, *Floreciendo en casa*

Mención honorífica: Querén Eréndira Amador Medina, *Juntos siempre*

### VIDEO

Primer lugar: Mitzy Iraís Noguez Morán, *Miradas internas*

Segundo lugar: Alejandro Castillo, *Saldremos*

Tercer lugar: Cristina Pérez Standelmann Santos, *Pandemia de libros*

Mención honorífica: Ulises Manuel Hernández, *Todo va a estar bien*

Mención honorífica: Laura Nieto Sanabria, *Encerrada*

### POESÍA

Primer lugar: Bladimir Tapia Neri, *Encuentro y retorno*

Segundo lugar: Osfelip Bazán, *Miedo sobre Covid-19: significados*

Tercer lugar: Arturo Sarmiento Tamayo, *Desconsuelo*

Mención honorífica: María Julieta Cruz Nieto, *¡Libertad en la pandemia!*

## CRÓNICA

Primer lugar: Rosario Pinelo, *Los duelos de la pandemia*

Segundo lugar: Ana Sofía Villalobos García, *Una bitácora no planeada*

Tercer lugar: Annette Angélica Rivera Vera, *Cuarentena en un país extraño*

Mención honorífica: Raúl Mendoza Justo, *Contacto*

Mención honorífica: Jonathan Martín Abrego Camacho, *Mi ciudad*

Mención honorífica: Carlos Eduardo Chávez, *Crónica de una combatiente*

## ENSAYO

Primer lugar: Diego Alonso Sánchez Tec, *Remedios para la soledad*

Segundo lugar: Emma del Carmen Martínez Yanes, *Manual para el encierro*

Tercer lugar: José Arreola, *Cuando los marginales somos centrales*

Mención honorífica: Xicoténcatl Servín, *El tiempo en pausa. Un ensayo sobre nuestra forma de habitar el tiempo en la pandemia*

Mención honorífica: Aguazal Producciones, *Producción del espacio público y comunitario en el contexto de las afectaciones críticas. Un ejercicio colaborativo*

Mención honorífica: Carla Giovanna Ruiz Juárez, *Nueva crisis, nuevos miedos: una lectura de "Los nuevos miedos" de Marc Augé, en tiempos de Covid-19*

## CUENTO

Primer lugar: Ángela Atenas Sánchez Camacho, *La espera*

Segundo lugar: María Angélica Contreras Jiménez, *El desamor en tiempos de Covid-19*

Tercer lugar: Emelyn Domínguez Jiménez, *Los niños del Covid19*

Mención honorífica: Mariana Gómez Vargas, *Moneta*

Mención honorífica: Ernesto Miranda Meléndez, *Abuela torbellino*

Mención honorífica: Litzy Aguirre y Anyer Hernández, *El día que los astronautas salvaron al abuelo*

En el mes de noviembre de 2020 se inauguró una exposición itinerante en las estaciones Pino Suárez, Mixcoac y Zapata del Metro de la Ciudad de México, que contó con la generosa colaboración de la Coordinación de Memoria Histórica y Cultural de México de la Presidencia de la República, la Secretaría de Hacienda, la Secretaría de Gobernación, el Gobierno de la Ciudad de México y el Sistema de Transporte Colectivo Metro. Esta exposición titulada “Miradas artísticas sobre la pandemia. Abrazando a la vida” incluyó 168 obras de nuestro concurso y ocupa un espacio de 100 metros lineales. En la ceremonia de inauguración, llevada a cabo el 26 de noviembre en el Museo de la Ciudad de México, destacó la participación del Dr. Hugo López-Gatell, vocero del Gobierno de México en el combate a la pandemia.

La amplia participación, la respuesta en redes y el seguimiento en los medios de comunicación nos dicen que no sólo se logró el objetivo de invitar a la reflexión

y a la expresión de lo que vivimos en medio de la pandemia, sino que se ha creado un registro que conservará en la memoria quiénes fuimos en la pandemia y cómo entre todos construimos un mensaje de esperanza que, sin duda, nos sacará adelante.

Este libro se suma también al propósito de compartir y construir un diálogo colectivo, erigir puntos de solidaridad y comenzar a construir una narración común de una época que, sin duda, será un parteaguas en la historia de la humanidad.

Incluimos en este volumen tanto las obras ganadoras de “Miradas artísticas sobre la pandemia. De la paranoia a la solidaridad” como aquellas participaciones que destacaron en nuestra galería por su capacidad de comunicar aquello que sentimos y pensamos ante la llegada de este virus. En las cinco secciones del libro: “El mundo cambió”, “Los que pueden quedarse en casa y los que no”, “Remedios para la soledad”, “El tiempo pasa distinto” y “Saldremos adelante” ofrecemos un panorama sobre diversos aspectos de la pandemia: su llegada, la desigualdad social que quedó al descubierto, las inquietudes personales y el aislamiento que muchas personas enfrentaron, el cambio en la vida colectiva y en la percepción del mundo y, por supuesto, el afán de no dejarnos vencer y de continuar.

Los textos e imágenes que hemos reunido tienen como común denominador expresar cómo el nuevo coronavirus trajo consigo una ruptura en la continuidad de nuestras formas de vida. Cómo esto marcó profundamente el curso de nuestro tiempo individual y colectivo. Además, nos recuerdan que la pandemia hizo evidente que no todos estaban en igualdad de condiciones. Una sociedad desigual vivía también de manera desigual el nuevo estado de cosas. Era cierto, para

evitar la propagación del virus había que quedarse en casa. Pero ¿qué pasaba con aquellos que por necesidad económica o por trabajo debían salir de sus hogares? El rostro de vendedores ambulantes, policías, trabajadores de la salud o de la limpieza seguía observándose en las calles mientras otros podían permanecer en resguardo.

No se olvida tampoco que aunque la pandemia despertó en las personas muchos miedos y preocupaciones, también fomentó un impulso a cuidar al otro, a cuidarnos entre todos y todas para evitar la enfermedad. Despertó el reconocimiento hacia todos aquellos héroes y heroínas anónimos que enfrentaron al virus en la primera línea y que hicieron posible que las instituciones fundamentales de la sociedad siguieran operando.

Las “miradas artísticas” nos dicen que aun en la distancia, juntos somos más fuertes. Hemos aprendido que juntos podemos construir la esperanza. Se ha hecho patente la necesidad de tejer nuevas redes comunitarias que nos permitan enfrentar ésta y cualquier situación que nos haga vulnerables.

Compartimos contigo este mensaje de esperanza. Esperamos que lo disfrutes.



# I. EL MUNDO CAMBIÓ



## 2020. DEL OTRO LADO DEL ESPEJO

GLORIA G. HERRERA MENDOZA

Obra seleccionada, Crónica

Cuando comenzó el año, tuve el presentimiento de que algo importante podía pasar. Primero me llamó la atención que fuera el año 2020; el mismo número repetido dos veces, que se puede leer igual de izquierda a derecha o viceversa, lo que los expertos llaman palíndromo. De hecho, lo mismo sentí cuando presencié la llegada del año 2000. Son sucesos especiales, que no todas las personas pueden atestiguar. Además, tuvimos un día extra en el mes de febrero, peculiaridad que se repite cada cuatro años, o sea, dos más dos, conocido como año bisiesto. Algún significado especial habría en ello, pues el número dos representa la dualidad. La conciencia y la inconsciencia, lo personal y lo social. También simboliza la empatía, la adaptabilidad, la unión y la solidaridad. Al menos eso dicen los que estudian los números desde un aspecto místico.

En lo personal, yo relaciono esta curiosa secuencia numérica con el espejo. Objeto usado para el arreglo personal, que por su capacidad para reflejar imágenes, ha inspirado leyendas y creencias que le atribuyen poderes sobrenaturales. Existen muchos mitos sobre los espejos, como aquel que dice que ellos tienen el poder para mostrar acontecimientos del pasado o del

futuro. Conozco una historia donde el mundo de los humanos y los espejos estuvo comunicado en épocas remotas. Cualquiera podía entrar o salir por un espejo de pared, uno de mano o incluso de un trozo de ellos. Resulta que un hermoso tigre atravesó desde un espejo hacia el palacio de un emperador. El gobernante lo mandó a enjaular y los habitantes del otro lado se enojaron porque para ellos era sagrado. Esto desató una mortífera guerra. Al final ganaron los humanos, gracias a un hechizo que encerró por siempre a los seres que vivían del otro lado del espejo.

Esta leyenda es de China, país donde se originó el virus SARS-CoV-2, causante de la enfermedad Covid-19, mejor conocido como “coronavirus”, que tiene en jaque a la humanidad. Y siguiendo con mis especulaciones misteriosas, me parece simbólico que surge justo en el año regido por la rata (según el calendario chino), animal que la cultura occidental relaciona con la peste y otras enfermedades. Coincidencia desafortunada, casualidades que se enlazan en mi mente, con cierta tendencia al pensamiento mágico. Aunque yo apelo más a la ciencia. Pero está en mi ADN cultural. ¡Así somos los mexicanos!

Lo cierto es que la pandemia no es culpa de nadie; pudo empezar en cualquier lugar del planeta o punto del tiempo. La historia de la humanidad lo confirma. Es bueno estudiar la historia, para tener memoria y conciencia de nuestro sitio en el Universo, ya que aún oculta secretos y fuerzas que no podemos controlar. Y si bien la humanidad los va desmadejando con la ciencia, todavía nos aterra enfrentar lo desconocido. Así es el nuevo coronavirus, algo nuevo, que no sabemos cómo descifrar ni combatir; porque a pesar de nuestro descubrimientos y avances científicos, no obstante

nuestra tecnología veloz y multifuncional, seguimos siendo la especie más vulnerable de la Tierra.

De ahí que una mañana cualquiera nos despertamos con la noticia de que la humanidad estaba indefensa ante un enemigo común. Y que su ejército invasor se multiplica exponencialmente de forma silenciosa e invisible. Pero no lo creímos, seguimos con nuestras vidas, como si no pasara nada. Así inició una nueva guerra que, como todas las guerras, ha hecho sufrir a los más débiles: los que no tienen hogar, los que no tienen servicios médicos, trabajo, vivienda, educación, enfermos crónicos, adultos mayores, mujeres en proceso de gestación y, en consecuencia, niños y niñas. ¡Aunque casi todos han sido las víctimas de esta enfermedad, sin distinción de raza, nacionalidad o clase social!

Y mientras nuestro planeta continuó danzando alrededor de la estrella que lo alimenta con luz, la especie humana, su huésped más invasivo, paralizó casi por completo su actividad depredadora. “¡Quédate en casa! —nos dijeron— ¡Para protegerte, para salvarte de una enfermedad que envenena tus pulmones! ¡Y que es producto de no cumplir con las más elementales normas de higiene!”.

Nos llegaron olas furiosas de información y resultó muy difícil distinguir las falsas de las verdaderas. Entre escépticos encomendados a Dios, teorías conspiranóicas, voceros apocalípticos y curanderos fraudulentos, nos aturden por razones políticas con visiones catastrofistas o minimizaciones de la pandemia. Se detienen las clases y mandan a casa a los estudiantes. Cierran cines y centros culturales. Se cancelan conciertos masivos y eventos deportivos. No se puede ir al gimnasio o pasear en los parques con las mascotas. Paran

las fábricas y oficinas. Ya no hay tráfico ni tumultos en el transporte público. La incertidumbre flota en el aire. El temor corrió las persianas. Cesó el movimiento, el bullicio, la alegría ¡Y cambió la vida como la conocíamos!

Ha pasado un día, otro y otro más. Y al correr de las semanas, comenzamos a mirarnos al espejo, sin maquillaje, sin prisa, sin vanidad. Confrontados con nuestro reflejo, quien nos mira fijamente sin titubear. Mostrando lo que somos, no lo que imaginamos ser. Ese es otro poder que se le atribuye: exhibir la verdadera naturaleza del ser. Él ve a través de nosotros. Nos escucha en silencio y se guarda nuestros secretos. Y ante su presencia inasible nos cuestionamos: ¿qué estoy haciendo?, ¿cuál es el papel que estoy desempeñando durante esta emergencia?, ¿cómo voy a sentirme cuando todo pase?

Y entonces debemos decidir si del otro lado del espejo queremos encontrar un rostro sereno o uno agobiado. Si deseamos vernos reflejados como personas entusiastas o pesimistas. Elegir entre un ser intolerante y controlador, o uno que sabe convivir con diversas formas de ser y de pensar. Estando a solas, ¿dejaremos que el aislamiento siembre tristeza y soledad?, ¿o de nuestra fortaleza florecerá una sonrisa de confianza?

¿Y qué pasará con quienes no tienen casa? ¿O los que tienen que salir para ganarse el pan de cada día? Como doña Julia, la ancianita que sobrevive con la venta de dulces en el puesto de la esquina. O don Genaro, quien se gana la vida boleando zapatos para dar estudio a sus tres hijos. También con Lulú, la chica empleada del minisúper, madre soltera de una nena de 6 años con dislexia.

Será que en vez de duplicar la realidad, ¿podrá el

espejo, como dice otra leyenda, ser un portal para mostrarnos otras realidades? Como la del migrante centroamericano: de andar incesante por caminos de indiferencia. La del campesino humilde, que se vino a la ciudad porque se quedó sin tierra para sembrar. La de la mujer transgénero, que ficha en un antro para sostener el tratamiento de VIH de su novio. O del joven indigente y adicto, que hoy limpia parabrisas pero soñaba con ser músico. Ellos son la cara oculta de un espejismo: la política del libre comercio y la competitividad. Donde importa el dinero de las ganancias, no las personas. Una enfermedad más cruel y letal que esta pandemia.

Ante la amenaza de la Covid-19, lo peor y lo mejor de las personas se han manifestado. Mientras doctores, enfermeras y todo el personal médico se encuentra en los hospitales salvando vidas, otros cometen viles actos de agresión y discriminación en su contra, muestra de estupidez inaudita. ¿Cuántos de los que estamos en casa, tendríamos la empatía, el valor y la fortaleza espiritual para atender a un enfermo, arriesgando nuestra propia salud? Ellos merecen nuestra gratitud y admiración. Los otros, que no ven más allá de sus narices, nuestro desprecio y el castigo de la ley.

Sin embargo, lo maravilloso de este país tan desigual y contrastante es que siempre hay alguien con ganas de ayudar a otros. Personas con cualidades del número dos. De los que están dispuestos a *rifársela* por un amigo, familiar o vecino. No falta el acomedido, que *le echa la mano* a un perfecto desconocido. En ocasiones, cuando sucede una gran tragedia como ésta, nos unimos y salimos a las calles. Lo mismo a picar piedra que a repartir despensas. Nos volvemos la madre, el hermano, la amiga del compatriota. Hacemos cocinas comu-

nitarias o transportamos a quien lo necesite, ya sea en automóvil o en bicicleta. Eso se llama solidaridad y también es parte de nuestro ADN como mexicanos, aunque a veces se nos olvida.

Ahora mismo hay gente que lleva comida al personal de salud en los hospitales o que hacen colectas para comprar equipo de protección sanitaria. Porque en tiempos de crisis hay que abandonar el egoísmo. La vida es como un rompecabezas: somos parte de un gran todo donde cada pieza fue creada para unirse a otra y en conjunto formar la unidad. Por eso, los que apoyan, los que cooperan, los que defienden, los que se ocupan, los que consuelan, los que agradecen y por supuesto, los que aman al prójimo: son quienes reflejan el rostro verdadero del mexicano.

Creo que los seres humanos, al igual que el Narciso del mito griego, nos enajenamos con nuestra propia imagen o la de aquello que creemos ser. Absorto en la contemplación de sí mismo, Narciso se arrojó a las aguas y murió. A los seres humanos nos está pasando lo mismo: estamos ensimismados, atrapados en una idea egoísta de la vida. Pero el hombre es interacción y relación: necesitamos empatía porque sin los demás no hay auténtica vida. Aunque la narrativa de la cultura global del neoliberalismo ha permeado a nuestras mentes en las últimas décadas, nos fue alineando hacia el individualismo y el egoísmo. En contraposición, sucesos como esta pandemia de Covid-19 sacuden nuestra conciencia y nos recuerdan que unidos somos más fuertes y mejores personas.

Encerrados y asustados lo hemos descubierto. Y también que no sabemos qué hacer con nuestro tiempo libre porque pocas veces lo tenemos. Al estar en nuestro hogar, talentos y defectos que no teníamos

ni idea salen a flote. Observamos más a nuestros seres queridos; el brillo en sus ojos, la sonoridad de su voz o su luminosa sonrisa nuevamente nos sorprenden. Algunos volvimos a escucharnos, incluso sin hablar. Percibimos las carencias afectivas o afianzamos lazos amorosos con nuestros seres queridos. Valoramos más lo que tenemos y no lo que nos falta. Y así como recordamos alguna prenda de vestir, lo hicimos con la memoria: mirando el viejo álbum de fotografías en papel Kodak nos sentimos agradecidos por los buenos momentos.

Son innegables las trágicas consecuencias de esta pandemia. Se han perdido vidas y se vive mucho sufrimiento. También daños colaterales, como en la economía, que afectarán por un largo tiempo nuestra calidad de vida. Mas tengo confianza en que saldremos adelante, pues creo en la moraleja de mi leyenda favorita sobre los espejos. En ella, un ser humano, como usted o como yo, una noche mientras contemplaba el cielo le llegó una revelación: descubrió que él o ella era Luz, al igual que las estrellas, y supo entonces que toda la materia también lo es. Esta gran verdad cambió la percepción de la vida de este ser humano y mirando a su alrededor se vio a sí mismo en todas las cosas: en cada ser humano, animal, vegetal o elemento de la tierra. Entonces comprendió todo y cuidó sus acciones, palabras y pensamientos, a fin de que reflejaran cosas buenas para el Universo, y así alcanzó la paz.

Ojalá cuando termine esta obligada pausa en nuestras vidas por culpa del coronavirus, encontremos una luz en donde todos y todas estemos reflejados. Así tanto dolor, tantas pérdidas y sacrificios no serán en vano. Hay que honrar la vida de quienes lamentablemente la perdieron por la pandemia. Así como la

nuestra, que tenemos la oportunidad de seguir vivos y convertirnos en mejores personas. Espero que, cuando todo pase, del otro lado del espejo encontremos el rostro verdadero del espíritu humano.

## UNA BITÁCORA NO PLANEADA

ANA SOFÍA VILLALOBOS GARCÍA

Segundo lugar, Crónica

Este año ha iniciado muy extraño, siento en mis entrañas que no va a ser ordinario. Hoy, 3 de enero de 2020, a las 7:00 horas, me encuentro en una camilla en el hospital, esperando una operación inevitable, pensando en que todo el tiempo estamos cambiando, pero solemos evitar verlo para mantener nuestra cordura.

Dos horas después de estar en el quirófano y que extrajeran mi vesícula exitosamente, estoy en el cuarto, sedada, escuchando la televisión sin tener claridad absoluta: “Se anuncia la Tercera Guerra Mundial”. Pareciera que entré a una cápsula del tiempo, a una dimensión catastrófica y energéticamente diferente.

Todo marcha de manera tan incierta y pareciera que estamos en estado de caos. Muchos nos graduamos este año y no tenemos idea de qué haremos. Se sabe que en China se está desatando una pandemia, las personas que hace un año te estaban acompañando, ya no están contigo... No cabe duda de que el tiempo es incierto y yo sólo estoy rezando porque todo marche conforme a mis planes.

Hoy, 9 de marzo de 2020, decido hacer el paro. Decido desconectarme de mi mundo para que mis amigos

hombres sepan qué es estar sin nosotras un día, que ese día puede convertirse en semanas, meses, años... En Guadalajara tiembla alrededor de las 18:00 horas y me siento invicta. El mundo tiembla ante nuestra ausencia, pienso. Quién iba a decir que este día nos estaba preparando para la incertidumbre que se venía.

Cuando menos lo esperamos, este viernes empezaron a cancelar clases: “siguiendo las recomendaciones del gobierno del estado y de la Organización Mundial de la Salud, se suspenden las clases a modo virtual debido a la pandemia del coronavirus (Covid-19)”. Puede que sólo sea como la influenza AH1N1, sólo es hasta que pase Semana Santa... No es tan grave como dicen... O al menos son las cosas con las que me mentalizo para tranquilizarme y no volverme loca.

El fin de semana comienzan a cancelarme trabajos, a suspender mis actividades. “El coronavirus no es un juego y quiero que lo entiendan”, lo dicen mis maestros de danza. Intento mantener la calma, pero no dejo de pensar en que todo se está cayendo y no sé si soy lo suficientemente fuerte para levantarlo.

*Día 1 de cuarentena:* Decido ponerme metas, el encierro es inevitable y sólo me queda acatar las reglas... Así que, ¿por qué no ponerme metas específicas para no desperdiciar estos cuarenta días de aislamiento? Voy a hacer ejercicio diario, ponerme a dieta, ver todas esas series que tengo pendientes, dormir temprano, volver a bailar, hacer proyectos personales...

Cuando menos lo espero, tengo un pizarrón lleno de muchas actividades que yo sé muy en el fondo de mi ser que no voy a terminar, pero sigo esperanzada en que sí las voy a hacer. Agenda: así todo se va a or-

ganizar mejor, tengo que ser productiva y no dejar que la cuarentena me gane.

*Primer día de clases en línea:* Todos estamos confundidos con las plataformas, dudando de la capacidad de nuestros profesores para enseñar, pero también comprendemos que es la primera vez en la que todos nos vemos en la necesidad de usar forzosamente el internet.

Mis clases de danza también se trasladaron a estas plataformas y no deja de sentirse extraño el no bailar con mis amigos de hace siete años...

Esta semana la libré, me siento muy productiva y así tiene que ser durante cuarenta días, así como los retos de 30 días para generar hábitos. Todo va a salir conforme al plan, sigo pensando...

*Día 8 de cuarentena:* “Nuestras juntas van a ser virtuales”, me dicen mis colegas. No me permito entrar en pánico y creo que van a ser más productivas... Pero no dejo de pensar en que voy a extrañar a todas las personas que veo a diario.

Me he sentido cansada de estar frente a la computadora todo el tiempo, mis amigos han sentido miedo, muchos de ellos han tenido que cerrar sus negocios... Yo no puedo tener miedo, yo tengo todo. Afortunadamente vivo con mis papás y no me falta nada, no puedo tener miedo... No puedo tener miedo.

*Día 13 de cuarentena:* Voy a ir a la tienda naturista, voy a comprar velas aromáticas, necesito relajarme y no puedo permitirme entrar en crisis. Mi ansiedad se vuelve más frecuente, me muerdo las uñas constantemente, y los labios también, mi energía es intermitente y mi insomnio aparece casi a diario.

*Día 15 de cuarentena:* Llevo días hablando con un chico que me agrada mucho, tengo muchas ganas de verlo e infringiremos la ley por unas horas... Sólo un par de horas...

Llega a mi casa a las 15:45 horas, justo como lo había planeado, al entrar me regala una sonrisa sincera y le pido que se cambie de ropa para que esté limpio dentro de mi casa, una petición que nunca le había hecho a alguien. Comimos, platicamos, nos compartimos y sólo había dos cosas seguras: nos gustamos y es la última vez que nos veremos durante la cuarentena. Olvidamos las recomendaciones de “la sana distancia” y nos abrazamos fuerte. Se fue.

*Día 18 de cuarentena:* La Semana Santa nunca había sido tan tranquila y tan similar a mis días anteriores; he dormido como si un tráiler hubiese pasado encima de mí, me encuentro cansada y mis pensamientos rumiantes no me han dejado descansar. Mi paladar ha cambiado: ya me gusta el café.

*Día 20 de cuarentena:* Mis amigos están perdiendo la cabeza, todos nos volvemos locos. Sentimos una urgencia rotunda de volver a vernos las caras, de sentirnos. Me siento con la responsabilidad de escucharlos y ayudarlos, ellos también me preguntan cómo estoy, pero les muestro mi máscara creada para esos momentos: estoy bien, ahí vamos. Mi hermana regresa a vivir con nosotros.

*Día 27 de cuarentena:* Comunicado oficial de mi universidad: “El semestre se terminará en línea”. Comunicado oficial del gobierno federal: “La cuarentena se extiende hasta el 31 de mayo”. Estas frases resultan

ser más esperadas de lo pensado, por más que ya sabía que esto duraría más, tenía la pequeña esperanza de que todo esto terminara en 15 días...

*Día 30 de cuarentena:* Todos estamos hartos y ansiosos, el chico que me gusta me dejó de hablar, ¿dejé de importarle?

Las tareas se acumulan, el cansancio es inevitable, lo único que quiero es dormir. Mi ansiedad se ha convertido en depresión. Empecé a dibujar para encontrar otra forma de “relajarme”, cuando yo sé que es para distraerme de mis mil demonios.

*Día 38 de cuarentena:* ¿Todo lo que he estado haciendo en estos días tendrá frutos? ¿Y si la cuarentena dura hasta el 2021? ¿La tercera Guerra Mundial es biológica? ¿El virus se les salió de las manos? ¿La Tierra está reclamando su limpieza? ¿El Krakatoa hizo erupción? ¿El fin del mundo se acerca? ¿Los marcianos llegaron ya?

*Día 40 de cuarentena:* Hoy se acaba la cuarentena y seguiremos en cuarentena, a pesar de que la palabra cuarentena signifique “40 días”. ¿Estamos rompiendo las leyes de la naturaleza o ellas están rompiéndonos? Quiero un abrazo, quiero salir a bailar, quiero tocar la piel de la persona que me gusta, quiero reír con mis amigos, quiero llorar y sólo puedo hacer lo último.

*Día 41 de no cuarentena:* Todo se derrumba, mis planes parecen haber sido hechos en vano. Ya no he encontrado la motivación para hacer ejercicio ni para comer sano, tampoco he querido ser productiva y sólo quiero dormir. Mi danza me hace sentir insuficiente,

soy insuficiente. En este gran mundo soy diminuta, he tocado fondo.

Comienzo a llorar, a chillar, me encuentro inconsolable y nadie puede reparar el daño que me estoy haciendo a mí misma. Me siento sola, nunca había sentido tanta necesidad de estar con alguien, me siento dependiente de las personas y sólo quiero salir.

Le marco a una amiga, le digo todo lo que siento. No me había permitido decirle a alguien todos mis miedos, mis emociones, mis sentimientos. Finalmente me quité la máscara y me muestro como la persona vulnerable que soy.

*Día 42 de no cuarentena:* Estoy casi segura de que la cuenta de los días la llevo mal, las metas que me puse no están cumplidas en su mayoría y por más que intento estar de buen ánimo, me he dado cuenta de que estoy desganada.

“El día 15 de mayo se dará a conocer la posible fecha de normalidad en las actividades diarias”. Leo y mi rayito de esperanza brilla poquito, sabiendo que esto puede ser a finales de mayo, a finales de julio, a finales de octubre, a fin de año.

El día de hoy, día cuarenta y tantos, me enfrento a mí misma y me doy cuenta de que no controlo nada. La vida fluye y sigue su cauce, olvidamos que formamos parte de un mundo con naturaleza y con personas.

No le pertenecemos a nadie, pero necesitamos del otro, la tecnología nos ha salvado y nos ha hundido al mismo tiempo. Todo lo que nos importa al parecer no es tan importante.

El aislamiento nos ha dejado ver en los monstruos individualistas en los que nos hemos convertido, abusando del consumo y olvidándonos de los demás. Si

bien dicen por ahí, siempre es necesario el caos para llegar a la calma. La balanza está encontrando su equilibrio, así como nosotros.

*Día 43 de no cuarentena:* Me encuentro sentada escribiendo sobre mis pensamientos caóticos, esperando que alguien pueda identificarse conmigo.

Suelo ser una persona que aconseja a los demás y en este momento tengo algo que decirme:

Esto va a acabar cuando menos lo esperes, el tiempo no te pertenece. Si bien, es bueno tener un plan, hay que estar preparados para los imprevistos porque uno nunca sabe lo que la vida depara.

Dile a tus cercanos que los quieres, que los amas mucho, abrázalos fuerte en cuanto los veas. Amar es lo que necesito, amarme a mí y amar a los demás.

Cuida lo que tienes y lo que recibes, así como lo que das. Los recuerdos es lo único que se queda con nosotros para siempre.

Mientras tanto, seguiré contando los días, dormiré y volveré a comenzar un día más...

*¿Día 44...?*

## MIEDO SOBRE COVID-19: SIGNIFICADOS (SONETO CON ESTRIBILLO Y ACRÓSTICOS)

OSFELIP BAZANT  
Segundo lugar, Poesía

“¿Por qué estás, Mundo, en esta situación?”  
Hoy desde mi ventana te pregunto,  
Con más mentes en mi mente, en conjunto,  
Viendo calles sin almas en acción.

Y no encuentro ninguna información  
—de radio o tele, la internet  
Adjunto— que me consuele  
Sobre dicho asunto, sin  
Mancha o sombra, sino  
Precisión.

“¿Es cierto, Mundo, que hoy  
Estás difunto por un novato ser  
Sin compasión?”  
Y oigo, al instante, pues, de contrapunto:

“¡NO el VIRUS, pero, su  
Provocación de todo lo  
Que pasa al mismo punto,  
Y NO el MIEDO, aunque sí la incomprensión!”

—¿Verdad? ¿Ficción? Aquí resalto, en junto—:

1. Control Ovni: Virus Internacionalmente Dispersado -1nédita9andemia
2. Casa Obligatoria, Viviremos Indeterminadamente Distanciados -1nmediata9revención
3. ¡Cuidémonos Obrando Variablemente Irregular Desinfección! -1ndividual9ulcritud
4. Cardiopatías, Obesidad, Viejitos, Inmunopresión, Diabetes -1nsuficiencia9ulmonar
5. ¿Cuántos Óbitos Vendrán Incrementando Diariamente? -1ndeseables9ésames
6. Compras Opulentas Visualizan, Incitan, Determinan -1nnecesarios9roductos
7. Construcción Orbicular: Virus Inteligentemente Decodificado -1nmuno9lobulina
8. ¡Con Optimismo Venzamos Ínfimas Dolencias! -1nmunológicas9eleas

## ¡LIBERTAD EN LA PANDEMIA!

MARÍA JULIETA CRUZ NIETO

Mención honorífica, Poesía

No me siento libre,  
Soy presa en mi casa,  
Nada que equilibre,  
Todo lo que pasa.

Covid no destruyas mi infancia,  
Los niños no queremos la distancia,  
El miedo se respira en las calles,  
Las ciudades solas como valles.

Extraño jugar y a mis amigos,  
Varios días en cuarentena,  
El culpable es el coronavirus,  
Tomo té de yerbabuena.

Me pregunto, ¿volveré a ser feliz?  
Comer palomitas de maíz,  
Ver películas en el cine,  
Eso o algo que me anime.

No pierdo la esperanza,  
Que se acabe la pandemia,  
El saberlo me entusiasma,  
Te deseo libertad, apremia.

## CUARENTENA EN UN PAÍS EXTRAÑO

ANNETTE ANGÉLICA RIVERA VERA

Tercer lugar, Crónica

Aún no sé si esta historia comenzó cuando a alguien se le ocurrió comer una sopa de murciélagos o cuando estaba con mi mamá en la Plaza de Armas de Arequipa en Perú y recibí el mensaje de una amiga argentina que decía: “Yo creo que es mejor que te vuelvas a México, en Argentina todo está cerrado y ya han dicho que van a cerrar fronteras”.

Llevo ya varios años siendo una entusiasta de los viajes, pero nunca hubiera imaginado que un día me quedaría varada en otro país en plena contingencia sanitaria, preguntándome cuando podría volver a casa, extrañando México más que nunca y enfrentándome a la xenofobia que puede provocar una pandemia.

### CAMBIO DE PLANES

El 11 de marzo, cuando recién llegábamos a Paracas, en Perú, después de haber visto el atardecer en la playa, leí la noticia de que el Lollapalooza de Argentina se pospondría para evitar el incremento de contagios de Covid-19. Este festival de música había sido la excusa para al fin conocer Sudamérica y tenía los boletos

comprados desde octubre. Había pasado los últimos meses trabajando para ahorrar para el viaje y tenía comprados los boletos de avión de Santiago de Chile a Buenos Aires, así que volver a México en ese momento no era una opción, estaba decidida a seguir con el viaje y usar esos boletos. El itinerario era: Perú, Bolivia, Chile, Argentina y tal vez Brasil. Es hasta ahora, mes y medio después, que me entero de que ese día (11 de marzo) la OMS decretó el estado de pandemia.

## CIERRE DE FRONTERAS

La mañana del 15 de marzo mi mamá y yo llegamos en un autobús nocturno a Arequipa, Perú. Para entonces, llevábamos 12 días en Perú y todo había estado totalmente normal, sin restricciones para viajar o realizar turismo. Llegamos al hotel, salimos a almorzar, recorrimos la ciudad, apartamos un *tour* para el cañón del Colca para el día siguiente y fuimos por chocolate caliente a un restaurante con vista a la Plaza de Armas. Al atardecer el cielo se tornó rosa y después morado, nunca había visto algo así, no era un atardecer normal, parecía salido de una película de fantasía, era hermoso e imponente a la vez.

El plan era dormir temprano para despertar aproximadamente a las 2 am y tomar el *tour*, así que nos fuimos al hotel justo después del atardecer. Me preparaba para dormir cuando recibí una notificación de un grupo de viajeros de Facebook, fue así como me enteré de que el presidente de Perú acababa de anunciar el cierre de fronteras. Traté de buscar información al respecto, pero todas las noticias decían cosas diferentes. Un amigo de Lima me mandó un mensaje para

avisarme del anuncio y me dijo que teníamos 24 horas para poder movernos dentro de Perú pero que él recomendaba que nos quedáramos en Arequipa. Unos minutos después el encargado del *tour* me avisó que se cancelaba.

En ese momento decidí que no tenía caso quedarnos en Perú y empecé a buscar vuelos a México. Sólo encontré uno que salía de Lima y por alguna extraña razón que aun no entiendo, hacía una escala en Estados Unidos y nosotras no llevábamos nuestras visas americanas, así que ese vuelo no era una opción. Le pregunté al guía si sabía exactamente a qué hora cerrarían fronteras porque en algunas noticias decían que cerraban a las 0:00 de esa misma noche y en otras que a las 0:00 de la noche siguiente. Él me puso en contacto con una experta en vuelos internacionales y ella me dijo que las fronteras cerrarían el día 16 de marzo a las 3 pm. Le expliqué que queríamos salir de Perú antes de que cerraran fronteras y me informó de unos autobuses que salían a las 2 am hacia Puno y de ahí podríamos tomar un autobús a La Paz, Bolivia. Para entonces ya habían dado las 11 pm, empacamos rápidamente y preparamos unos sándwiches para el viaje. La chica de recepción del hotel nos pidió un taxi y nos dirigimos a la central de autobuses con la esperanza de alcanzar lugar en el autobús de las 2 am.

## **25 HORAS PARA HUIR**

Llegamos a la central de autobuses a la 1 am del 16 de marzo, nos quedaban 25 horas para salir de Perú. Lo primero que hice fue preguntar de dónde salían los autobuses de las 2 am a Puno y me señalaron que

entrando a la izquierda. Resultó que había varios autobuses con diferentes horarios, el más próximo era el de la 1:30 que al final salió pasando de las 2. Era muy diferente a los cómodos autobuses Cruz del Sur que habíamos estado tomando en todo el viaje, pero estábamos felices de ir en él. Era la segunda noche seguida que pasábamos en un autobús y el cansancio era demasiado, pero aun así dormir fue imposible por los nervios, por el frío, y por el camino lleno de baches, curvas y terracería.

Sabíamos que había un autobús que salía de Puno hacia La Paz a las 7:30 am y se suponía que lo alcanzaríamos, pero llegamos casi una hora después. De todas formas corrí hacia el mostrador a preguntar si saldría otro autobús. La encargada me dijo que no y que tampoco había salido el de 7:30. Ella parecía cansada y enojada, así que me abstuve de hacer más preguntas. Nos dirigimos a otro mostrador y ahí nos dijeron que podíamos tomar un colectivo hacia Desaguadero que es una localidad ya perteneciente a Bolivia, aunque el colectivo realmente deja a los pasajeros justo antes de cruzar la frontera.

### **“PREFIERO QUEDARME VARADA EN BOLIVIA QUE EN PERÚ”**

Las opciones para cruzar la frontera eran caminar con las maletas o tomar un bicitaxi. Tomamos el bicitaxi que nos llevó al área de migración donde nos tomaron la temperatura y sellaron la salida de Perú en nuestro pasaporte. Cambiamos los soles peruanos por pesos bolivianos y volvimos a subir al bicitaxi que cruzo un puente para llevarnos al área de migración del lado de Bolivia donde nos volvieron a tomar la

temperatura y nos hicieron firmar un documento donde afirmábamos no tener síntomas de Covid-19 ni haberlos tenido en los 14 días anteriores.

Había una fila como de 30 personas y tardamos casi una hora en pasar a que nos sellaran la entrada. Plati-qué con un español que no podía volver a su país y no sabía adónde ir. Me preguntó por qué habíamos decidido ir a Bolivia y le respondí: “prefiero quedarme varada en Bolivia que en Perú, porque al menos Bolivia no la conozco”. Él ya había viajado por Bolivia y Perú, y me dijo que el preferiría Perú, pero había llegado a Bolivia con la esperanza de encontrar un vuelo hacia otro lado. La expresión en su cara cuando dijo que preferiría estar varado en Perú me preocupó un poco.

Al pasar al sello de pasaporte, me preguntaron cuántos días planeábamos quedarnos, dije que cinco porque el plan era cruzar el país en un *tour* y llegar a Chile. “Le voy a poner 30 por si acaso” dijo el de aduana y selló mi pasaporte. En retrospectiva, eso debió haber sido una señal de que muy pronto cerrarían fronteras y era muy probable que todos los que estábamos entrando en ese momento no lograríamos salir.

## **AFERRADA ES MI TERCER NOMBRE**

Eran aproximadamente las 2 pm cuando llegamos en un colectivo al municipio El Alto en La Paz, a primera vista me recordó mucho al Estado de México; con muchos cerros repletos de viviendas y mucha contaminación, sólo con la diferencia de los teleféricos y la altura de más de 4000 metros sobre el nivel del mar. Encontramos un café-internet y entramos para revisar horarios de autobuses y decidir si nos íbamos a

quedar esa noche en La Paz o tomaríamos un autobús. Yo estaba aferrada a ir al Salar de Uyuni porque ése era el motivo por el cual habíamos incluido a Bolivia en el itinerario.

Mi mamá me pidió que buscara vuelos a México. Resultó que ella todo el tiempo había pensado que la intención de ir a Bolivia era tomar un vuelo a México, mientras que para mí se trataba de ir al Salar y tratar de apegarnos al itinerario inicial lo más que pudiéramos; clásico problema de comunicación entre madre e hija.

Todos los vuelos a México de los siguientes días eran extremadamente caros. El único precio decente que encontré era para el 24 de marzo, pero este vuelo hacía escala en Santiago, así que no estaba segura si sería cancelado. Después del susto de los precios, decidimos ir a Uyuni y tomar un *tour* de un solo día para ver el Salar y después dirigirnos a Santa Cruz en autobús (más o menos 20 horas) y esperar ahí hasta el 24 para poder tomar el vuelo.

## UYUNI

A las 8 pm del día 16 de marzo, tomamos el autobús de La Paz a Uyuni. Fue nuestra tercera noche consecutiva en un autobús, el lado positivo fue que no tuvimos que pagar noche de hospedaje y llegaríamos a Uyuni en la mañana con tiempo para tomar el *tour* al Salar. El autobús era de 2 pisos y los asientos eran reclinables y cómodos.

Después de un viaje de 9 horas, llegamos a Uyuni a las 5 am del 17 de marzo. Bajamos del autobús y todo estaba oscuro, no era una terminal, era la esquina de una calle. Comenzaba a preocuparme porque no tenía

idea de a dónde ir ni qué hacer cuando una chica de unos 18 años se nos acercó y nos preguntó si queríamos ir a una cafetería a desayunar en lo que abrían las agencias de *tours*. Inmediatamente dijimos que sí y la seguimos.

Caminamos algunas calles arrastrando nuestras maletas en la oscuridad y el frío. La cafetería estaba en el tercer piso de un edificio que parecía ser un hospital, antes de subir nos presentó a una señora que es dueña de una agencia de *tours* y ella nos ofreció un *tour* al salar de 2 días. Como el vuelo que queríamos era hasta el 24 de marzo, decidimos tomarlo.

### ¿Y SI MEJOR HACEMOS LOS 3 DÍAS?

A las 8 am llegó la señora del *tour* para informarnos que había la posibilidad de hacer el *tour* de 3 días, sin llegar a Chile, pero visitando todas las lagunas, géiseres y hasta las aguas termales. ¡Era el *tour* del itinerario original! La única diferencia era que lo haríamos al revés para llegar a tiempo a la reserva antes de que la cerraran, y en el último día iríamos al salar y nos regresarían a Uyuni. Me emocioné muchísimo porque después de todo sí podría ver todo lo que quería. Mi mamá me vio tan emocionada que inmediatamente aceptó. Parecía perfecto porque de todas formas ya teníamos planeado volver a México hasta el 24.

Iniciamos el *tour* a las 9 am porque ya estábamos las 6 personas y necesitábamos aprovechar el tiempo al máximo. El grupo se conformó por dos alemanas, una pareja de un francés y una belga, el conductor que también le tocó hacerla de guía, mi mamá y yo. ¡Lo otros viajeros llevaban más de dos meses viajando por

Sudamérica! Viajamos en una camioneta 4x4. Atrás de nosotros iban al menos otras dos camionetas haciendo el mismo *tour*.

## EL ESPEJO MÁS GRANDE DEL MUNDO

El 18 de marzo fue el segundo día del *tour*, el día en el que al fin visitamos el salar de Uyuni, también conocido como el espejo natural más grande del mundo. Llegamos un poco después de las 5 pm porque el guía manejó rápido y todos hicimos un esfuerzo por no tardar demasiado en cada parada.

El Salar estaba impresionante, inmenso, no le veía fin y no paraba de maravillarme al ver los reflejos del cielo, las nubes y el sol en él. No sabía dónde iniciaba el piso, es uno de los lugares más hermosos que he conocido. Era inevitable pensar que había valido la pena salir huyendo de Perú y haber pasado 3 noches seguidas en autobuses. Nos quedamos ahí a ver el atardecer y fue maravilloso. A todos les dio frío y se subieron a la camioneta a contemplar los colores y reflejos desde ahí, pero yo estaba fascinada con el paisaje y no sentía el frío, sólo quería grabar las imágenes en mi memoria para siempre.

## ¿NOS DARÁ TIEMPO DE HUIR ESTA VEZ?

Cuando íbamos camino al hotel de sal, el guía nos dijo que la presidenta acababa de anunciar el cierre de fronteras. Una vez más no había información concisa de cuánto tiempo teníamos para salir, mi celular no tenía señal y no había wifi en ningún lado. El guía me

prestó su celular para buscar información, autobuses y vuelos. Lo que encontré decía que el 19 de marzo (el día siguiente) era último día para salir, entrar a Bolivia y moverse dentro del país, pero ya habían implementado restricciones de movilidad que indicaban que estaba prohibido circular después de las 6 pm. En ese momento ya no podíamos ir a ningún lado. Las otras camionetas que estaban haciendo el mismo *tour* que nosotras ya habían sido detenidas por la policía por circular después de las 6 pm; no lograron llegar al Salar y estarían detenidos por 8 horas.

Busqué vuelos para el día siguiente y la opción era tomar un vuelo de Uyuni a Santa Cruz o a La Paz y de ahí a México o Brasil, pero el guía y el dueño del hotel aseguraban que el aeropuerto de Uyuni estaba cerrado. Tratamos de llamar para preguntar, pero no hubo respuesta. No había forma de llegar a otro aeropuerto a tiempo para tomar un vuelo. Poco a poco se iba volviendo claro que esta vez no lograríamos salir del país antes del cierre de fronteras. En verdad no queríamos quedarnos en Uyuni, pero nuestros compañeros de *tour* estaban tan calmados y resignados a quedarse varados que nos transmitieron paz. Era muy chistoso porque yo les preguntaba toda ansiosa “¿no van a tratar de irse de Bolivia?” Y me respondían con toda la calma del mundo “No, ¿por qué nos iríamos? Acabamos de llegar”. Estaban mucho más aferrados que yo a seguir con su viaje por Sudamérica.

Al día siguiente el guía nos avisó que los autobuses seguirían funcionando hasta el 20 de marzo y que ya nos habían reservado boletos para ir a Sucre. Al terminar el *tour*, nos quedamos en un hostel muy cerca de la terminal de autobuses para poder tomar el autobús en la madrugada del día siguiente. Reservé 3 noches

en un Airbnb, la reserva fue inmediata y me hicieron el cargo a la tarjeta. Unas horas después recibí un mensaje de la anfitriona preguntándome de dónde veníamos y en qué lugares habíamos estado. Sabía que me hacía esas preguntas como precaución por lo del virus, así que le respondí y empecé a buscar más opciones de hospedaje por si me cancelaba la reservación, pero no la canceló ni me volvió a escribir. Al día siguiente antes de salir del hostel le mandé un mensaje diciéndole que ya íbamos en camino y más o menos a qué hora llegaríamos.

El viernes 20 de marzo salimos en el autobús de las 5 am de Uyuni hacía Sucre junto con las alemanas del *tour*. Llegamos a Sucre a las 11 am. En la descripción de la casa de Airbnb decía que estaba a 15 minutos del centro de la ciudad, pero en realidad estaba a más de media hora, en una zona descuidada en las partes altas de la ciudad. Era una casa grande donde la familia rentaba cuartos a turistas para que tomaran clases de español, había un portón café en el que estuvimos tocando casi por 15 minutos y nadie salió.

Dos jóvenes llegaron con bolsas de compras y abrieron el portón, les dije que teníamos una reservación y, en un español muy limitado, uno de ellos trató de explicarme que eran huéspedes. No tenía la paciencia para su español, así que le respondí en inglés y ya me pudo explicar que la dueña no estaba. En eso llegaron otras dos personas, nos dijeron que eran maestros de español y nos invitaron a pasar.

Le llamaron a la dueña de la casa y cuando llegó nos dijo que me había mandado un mensaje ese día para decirme que no nos podría recibir porque no quería arriesgar a su familia ni a los huéspedes que ya tenía. Yo no pude ver el mensaje porque ya íbamos en

camino y el autobús no contaba con wifi. Resultó que, aunque me había mandado ese mensaje, no había cancelado la reservación, así que las 3 noches seguían pagadas. Al final tuvimos que quedarnos porque ya era muy tarde para cancelar.

Ese mismo día al fin se me ocurrió ver si la Embajada de México en Bolivia nos podía ayudar. Para entonces ya habían mandado un avión a Perú para devolver peruanos y rescatar mexicanos varados. En la página de Facebook de la embajada acababan de publicar que todos los mexicanos varados debían llenar un formato, lo llené y al otro día nos hablaron por teléfono para preguntar cómo estábamos y pedirnos que tuviéramos paciencia y que estaban trabajando en una forma de sacarnos de Bolivia.

## **MEDIDAS EXTREMAS**

El 21 de marzo se anunció la cuarentena total en el país. Nosotras nos enteramos por el radio del autobús en el que íbamos hacía el centro. Las nuevas medidas fueron:

- Las farmacias y hospitales atenderán con normalidad.
- Sábados y domingos está prohibido salir de casa, a quien se le encuentre en la calle será arrestado por la policía y podrá estar en detención por 8 horas.
- Un miembro por familia podrá salir a abastecerse de las 7 de la mañana hasta el mediodía, de acuerdo con el número de su carnet.
- Todos los mercados atenderán de lunes a viernes hasta el mediodía.

- El transporte público y privado quedan suspendidos.
- Se aplican diferentes bonos: Bono familia, Canasta Familiar, etc.
- Las fábricas, centros de producción y el transporte de productos de la canasta familiar seguirán funcionando.

Los días siguientes fueron muy monótonos, añoraba una guitarra y un libro para sentir que hacía algo productivo. Sólo tenía mi diario de viajes y trataba de escribir en él todos los días, pero a veces Netflix se interponía. Los únicos otros huéspedes eran un chico de Inglaterra que hablaba un poco de español y una alemana que estaba comenzando a aprender este idioma. Ella me cayó bien desde el principio, pues era divertido platicar con ella porque compartíamos memorias de viajes y la frustración de no poder continuar conociendo Sudamérica. Ambas habíamos renunciado a nuestros trabajos para viajar y ahora estábamos desempleadas y varadas en un país con medidas extremas donde el pánico aumentaba día con día y se podía sentir la xenofobia. Incluso dentro de la casa el ambiente era pesado. La dueña nos miraba como con cautela y molestia y les había indicado a sus hijos que no se nos acercaran. El único más o menos amable era el esposo.

### **POR MI CULPA, POR MI GRAN CULPA...**

El 27 de marzo Alemania envió un avión a Bolivia para repatriar a sus ciudadanos. Mi nueva amiga alemana se fue en ese avión y los días de cuarentena se tornaron

más aburridos. Un día antes de irse me contó que cuando le avisaron del vuelo, en lugar de emocionarse se enojó y lloró porque no sabía qué hacer; una parte de ella quería quedarse y esperar a que todo pasara para seguir viajando, pero no podía arriesgarse a permanecer varada por meses en un lugar tan feo como en el que estábamos.

La mayoría del tiempo me sentía culpable y no podía evitar pensar que si no me hubiera aferrado a ir al Salar tal vez hubiéramos podido volver a México, pero mi mamá me decía que no era mi culpa, que ella también había decidido tomar el *tour* y que había valido la pena. Y la verdad es que sólo recordar la hermosura del Salar me ayudaba a relajarme y dejar de culparme un poco.

Solo la idea de toparme a la dueña de la casa me generaba ansiedad, ya no aguantaba sus miradas vigilantes y sus reproches por cualquier cosa. Me asomaba por la ventana antes de salir de la habitación para asegurarme de no toparme con ella, pero estábamos todos encerrados en la misma casa y era inevitable encontrarnos de vez en cuando y tener que intercambiar saludos y sonrisas hipócritas.

## DE MEJORES LUGARES ME HAN CORRIDO

El martes 31 de marzo salimos a comprar comida porque mi pasaporte termina en 3 y podría entrar al mercado central. Los martes estaba permitido salir a gente cuyo documento de identidad terminara en 3 y 4, la verdad es que no revisaban en la calle, pero sí para entrar al mercado.

Cuando volvimos al Airbnb, la dueña nos preguntó

a dónde habíamos ido, le dije que al mercado central y entonces empezó a decir que no le gustaba que saliéramos porque no sabía con cuánta gente nos habíamos cruzado y podíamos llevar el virus a su casa. Se puso histérica y terminó corriéndonos. Esa noche ya estaba pagada, así que teníamos que irnos al día siguiente. Mi mamá le dijo que no teníamos a dónde ir y que ni siquiera había taxis para llevarnos a otro lado con las maletas. Yo no podía creer lo que estaba pasando ¿Cómo podía alguien ser tan inhumano? Mi mamá estaba en *shock*, vi su cara de angustia y supe que tenía que hacer algo, después de todo yo nos había metido en ese lío. Le dije a la señora que, si el problema era que le daba miedo que saliéramos, podíamos dejar de salir, pero que no nos corriera (no podía creer que estaba rogando por seguir dándole nuestro dinero y seguir en esa horrible casa). Cuando le dije eso la desarmé por completo, ya no había excusa para correrlos, así que todo parecía estar de vuelta *en la normalidad*. Cabe mencionar que no había ni un solo caso confirmado en Sucre. Eso se lo dije a la señora para tratar de calmarla, pero seguía repitiendo que la situación era grave y había que ser *muy muy* cuidadosos. Unos días después apareció el primer y único caso: era una persona que logró entrar ilegalmente a la ciudad porque las fronteras municipales ya estaban cerradas, pero lo aislaron inmediatamente y no pudo contagiar a nadie.

La cuarentena ya había sido extendida hasta el 15 de abril y yo ya estaba harta; no me imaginaba 15 días más en esa casa con esa señora que nos odiaba. Le mandé mensaje a los de la Embajada para informarles lo que había pasado y uno de ellos se comunicó con la señora para calmarla y pedirle que nos tuviera consi-

deración, pero resultó peor: la señora le dijo que sólo podríamos quedarnos si le pagábamos 3 dólares más al día. Pero después trató de aprovecharse de la situación y pidió 7 dólares más. Hicimos cuentas por los 15 días que quedaban de cuarentena y decidimos irnos. No sabíamos a dónde ni cómo, pero no podíamos seguir ahí. También nos había puesto reglas como no poder bañarnos diario ni jalarle al baño cada vez que lo usáramos porque no quería que le incrementara el cobro de agua. Lo incongruente es que el gobierno había suspendido el cobro de servicios como agua y luz. Su avaricia y ganas de molestar eran ya demasiado obvias.

## ¡SÍ HAY GENTE BUENA!

En plena desesperación empecé a hacer varias publicaciones en grupos de viajeros y en uno de “Mexicanos en Bolivia” pidiendo ayuda. Personas de muchas nacionalidades me escribieron tratando de ayudar, dándome consejos, recomendando hostales, dándome teléfonos de lugares en renta y hasta de vehículos autorizados para el transporte. Una mexicana que vive en La Paz me escribió diciendo que conocía gente en Sucre y que les pediría que nos ayudaran.

En la noche encontré un hostel en el centro a buen precio y ¡con desayuno incluido! Ahora sólo faltaba asegurar que estuviera funcionando. Encontré su página de Facebook y mandé un mensaje para preguntar si estaba abierto y si seguiría funcionando durante la cuarentena. Los encargados del hostel me respondieron muy rápido diciendo que sí y hasta me ofrecieron un descuento. Ya sólo faltaba ver cómo trasladarnos, pero en definitiva todo comenzaba a mejorar.

El 1 de abril fue el último día de ansiedad y estrés en Sucre. Nos levantamos temprano para empacar, pese a que aún no teníamos como trasladarnos. Eso me estresaba, así que le pedí ayuda a la Embajada, pero ellos no nos ayudaron. Empecé a dudar sobre nuestra decisión de irnos, pero mi mamá me dijo que era lo mejor y que lo íbamos a lograr aunque tuviéramos que arrastrar nuestras cosas hasta el centro. Obviamente no nos íbamos a ir sin unas deliciosas empanadas salteñas de la señora de la casa vecina, así que corrí a comprar unas y de paso le pregunté si conocía algún transporte autorizado que nos pudiera llevar. Ella no conocía ninguno, pero se ofreció a guardar nuestras maletas para que pudiéramos irnos con las mochilas y la despensa y volver al otro día por las maletas. Le agradecí mucho y corrí a decirle a mi mamá. Dejamos las maletas en casa de la señora de las empanadas y emprendimos nuestro camino a la tierra prometida (el hostel en el centro). En el camino, unos policías se apiadaron de nosotras y nos ayudaron a cargar el garrafón de agua y una bolsa de despensa. Llegamos al hostel pasando el toque de queda, pero no hubo problema.

### **“NO ESTÁN SOLAS”**

Al llegar al hostel, lo primero que nos dijo la dueña fue “Bienvenidas”; casi lloramos en ese momento, después de 11 días de haber estado en un lugar en donde nuestra presencia se consideraba un peligro, no había palabras para explicar lo bonito que se sentía que nos dijeran eso. El ambiente era totalmente diferente: estaban asando carne para comer todos juntos en el

patio y ya estábamos invitadas. Había 3 voluntarios: uno de Hong Kong, uno de Argentina y uno de Brasil. El último se convertiría en un amigo muy querido y el motivo de que ahora siga aprendiendo portugués. También había 3 huéspedes: 2 chicos de Corea y un señor de 77 años de Serbia. El señor tenía siempre las mejores historias de viajes, ¡Ha visitado 85 países!

Ese día en la noche, la mexicana que vive en La Paz me llamó por WhatsApp para decirme que su esposo había contactado a un amigo que vive en Sucre y que el amigo nos había conseguido precio especial para renta de un departamento y estaba dispuesto a compartir su comida con nosotras en caso de que necesitáramos. No sabía que hacer porque ya estábamos en el hostel, pero era hermoso sentir tanto apoyo, así que le agradecí mucho y esperé la llamada del señor de Sucre. Me llamó unos minutos después y me dijo que podíamos ir a ver el departamento al día siguiente y que había logrado que nos dejaran rentarlo sólo 15 días. Nos dijo que lamentaba mucho la mala experiencia que habíamos tenido, pero que no estábamos solas y que nos iba a apoyar en todo lo que pudiera.

El jueves 2 de abril fuimos a ver el departamento en la mañana porque el precio de la renta era muy bueno y nos convenía más que el hostel. Llegamos a un edificio muy grande y bonito con un patio y un jardín muy grande con muchos árboles. Ahí nos recibió el señor que nos había recomendado con la casera porque él renta en un departamento del edificio; nos invitó a desayunar y resultó que también es cristiano. Platicamos sobre cómo toda esta situación nos ha acercado más a Dios. Se portó superamable y nos repitió que no estábamos solas. Nos contó que él trabaja en Sucre, pero su familia vive en Santa Cruz. Él también

trató de volver a casa para la cuarentena, pero ya no pudo salir de Sucre.

El departamento era amplio, con dos recamaras, dos baños, cocina y sala comedor. Decidimos que nos mudaríamos al día siguiente y el señor nos dijo que podíamos mientras dejar nuestras maletas en su departamento para no tener que llevarlas al hostel y luego volver a sacarlas. Le agradecemos mucho por todo y nos fuimos por las maletas a casa de la señora de las empanadas. Empezamos a caminar con las maletas ya muy cerca de las 12 pm, pero no nos asustaba que nos detuviera la policía porque en caso de que lo hicieran no les iba a quedar más que ayudarnos con las maletas. En realidad queríamos que nos detuvieran para que tuvieran que ayudarnos, pero creo que olieron nuestras intenciones porque, aunque muchos carros de policía pasaron a lado nuestro, ninguno se detuvo a preguntar porque andábamos en la calle después del toque de queda.

## **CLAVEL BLANCO**

Cuando volvimos al hostel la dueña nos preguntó por nuestras maletas y con mucha pena tuvimos que decirle lo del departamento. Nos dijo que le hubiéramos comentado antes lo del precio, que ella podría habernos ofrecido el mismo precio. Ella había sido tan amable que me sentí mal por irnos y también estaba el detalle de que en el departamento no tendríamos wifi y lo necesitábamos para estar en contacto con la embajada, así que después de un buen rato de pensarlo decidimos quedarnos en el hostel con el nuevo precio rebajado. Y fue una de las mejores decisiones que tomamos en todo el viaje.

El viernes 3 de abril fuimos por nuestras maletas para ahora sí llevarlas al hostel, le agradecemos otra vez al señor y él dijo que estaba feliz de que hubiéramos logrado un mejor precio en el hostel. Me parecía increíble que habíamos pasado de estar en un lugar en donde nos sentíamos tan rechazadas a de repente tener opciones y gente queriendo ayudarnos. Mi concepto de Bolivia y su gente cambió mucho ese día.

Los siguientes 18 días en el hostel Clavel Blanco se pasaron volando, entre escuchar las historias del señor de Serbia, tener maestro de portugués, aprender a hacer empanadas argentinas, noches de juegos en el patio con todos los varados y la hija de la dueña, y jugar con las mascotas del hostel: un conejito hermoso llamado Jojo que se comía todos los restos de verduras y un perrito juguetero llamado Crypto que iba a rascar la puerta de mi habitación cuando quería que jugara con él. Estaba muy feliz de haber llegado al Clavel Blanco; por fin el versículo bíblico que dice “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28) adquirió sentido. Sí, había sido increíblemente estresante salir del Airbnb y cruzar la ciudad con equipaje, pero ahora estábamos en un lugar increíble donde el ambiente era tranquilo y los días se pasaban rápido, donde la dueña y su hija son un amor de personas y siempre nos hicieron sentir como en casa.

## LA DESPEDIDA

El viernes 17 de abril recibí una llamada de la Embajada, era la noticia que habíamos estado esperando: ¡Al fin nos repatriarían a México! El avión de la Fuerza Aérea Mexicana llegaría el martes 21 de abril al

aeropuerto de Santa Cruz trayendo bolivianos que se habían quedado varados en México y para regresar con 84 mexicanos desde Bolivia. En el vuelo, haríamos una escala en Lima para recoger más mexicanos y llegaríamos a la CDMX en la noche. También la embajada enviaría transporte para llevarnos desde el hostel hasta el aeropuerto de Santa Cruz. No lo podía creer; me quedé sin palabras, sólo podía pensar en lo mucho que iba a extrañar el hostel, la gente, a Jojito, a Crypto y hasta el país que alguna vez pensé odiar.

El lunes 20 de abril los coreanos y el de Hong Kong organizaron un almuerzo de despedida y prepararon dumplings al vapor y fritos, ¡les quedaron deliciosos! Almorzamos todos juntos en el patio como el día en que llegamos al hostel, con la diferencia de que ahora no éramos unas extrañas recién llegadas: ahora conocían nuestras historias y nosotras las de ellos. Nos tomamos fotos grupales y subimos a empacar.

La Van llegó por nosotras 5:45 pm. Dos amigos del hostel nos ayudaron a bajar las maletas y llegó la temida despedida; entre abrazos y buenos deseos logré contener las lágrimas, pero fue muy difícil seguir haciéndolo cuando la dueña nos volvió a abrazar y nos dijo “vayan orando en el camino, digan el Salmo que me enseñaron. Las vamos a extrañar mucho, que Dios las bendiga”. Ella también es cristiana y en alguna ocasión le habíamos recomendado decir el Salmo 91 antes de dormir.

## **AGRIDULCE**

Hubo días en los que estaba segura de que el día que lograra salir de Bolivia sería de los más felices de mi

vida, y si me hubieran dicho que el día que la Van llegara por nosotras para llevarnos al aeropuerto iba a llorar al ver cómo la dueña del hostel se asomaba desde la puerta y esperaba a que la Van desapareciera por la calle, no lo hubiera creído por un segundo. Pero así fue, me sentí triste cuando al fin nos fuimos porque había logrado encontrar la felicidad en una situación complicada, me había encariñado con personas que no esperaba conocer y con una ciudad que ahora se siente como un segundo hogar. Aprendí a valorar más que nunca cuando alguien me dice “Bienvenida” y cuando comparten sus historias, risas y recetas sin importar la nacionalidad o incluso el idioma. El sentimiento al irme era agri dulce, no lo podría describir de otra forma.

Primero pensé que esta pandemia estaba sacando lo peor de la humanidad, pero acabé dándome cuenta de que también está sacando a la luz lo mejor de todos. Aún me parece surreal que una mexicana a la que nunca he visto se haya movilizado para ayudarnos y que un señor boliviano al que no conocía nos haya invitado a desayunar, haya pedido favores para que nos rentaran un departamento a precio especial y estuviera dispuesto a compartir su comida con nosotras por toda la cuarentena. Siempre voy a recordar cuando nos decían “no están solas”. Quiero aferrarme a la humanidad y solidaridad que me hicieron sentir, a lo agradezco que estoy con Dios por habernos mandado a personas que nos enseñaron valentía, porque se necesita ser valiente para ayudar a dos desconocidas en plena contingencia, en medio del pánico y la xenofobia.

Me di cuenta de que siempre hay bondad, incluso en situaciones impensables y en momentos de contingencia mundial; aunque el miedo trate de dominarnos,

tenemos que aferrarnos a nuestra humanidad y tratar a los demás como queremos ser tratados, sin importar las circunstancias. Creo que si en tiempos de pandemia en un país extraño mi mamá y yo logramos encontrar esperanza, apoyo y amor en personas que no conocíamos, en definitiva, hay esperanza para la humanidad.

I

Hoy mi madre se enteró de la muerte de su hermana por Covid-19, allá en Cancún. En cuanto supe corrí a verla, aún en contra de las indicaciones de mi hermana mayor que me había prohibido visitar la casa de mis padres. Abrió la puerta papá, como si ya me esperara. Le pregunté por mamá y dijo que estaba bien, seguía en su cuarto. En el patio platiqué un rato con mi padre, tratando de alejarme lo más posible; tiene 74 años y es hipertenso, me daría pánico que se contagiara.

Poco después, en la cocina, tomándome una taza de café, mi mamá contó de forma atropellada y trunca lo que había sucedido. Sus ojos se le llenaron de lágrimas y yo, impotente, sabiendo que no debemos abrazarnos ni besarnos, me mantuve lejos de ella, recargado en el fregadero, parado ahí, estúpidamente, con mi taza de café en la mano. Pasaron segundos eternos, ella seguía sentada en la mesa del comedor, llorando por su hermana. Intenté dar consuelo inútilmente con mis palabras, pero éstas parecían caer imperceptiblemente, como partículas inertes, en el piso de la cocina. Mi madre recuperó el aire para decir más; el marido de

mi tía seguía internado, en completo aislamiento, muy probablemente contagiado e ignorando la muerte de su esposa. Mis primos, al parecer, no habían podido ver aún el cuerpo de su madre.

Todo aquello me parece extraño, lejano, intento tranquilizarme de forma egoísta, pensando que en Quintana Roo, según las noticias, hay más casos de contagio que aquí en Puebla. Pienso también (y me avergüenzo por hacerlo) que al ser Testigos de Jehová y no haber interrumpido sus reuniones dominicales, pese a la Jornada Nacional de Sana Distancia, mis tíos fueron más propensos al contagio. Me descubro pensando eso y me detengo: es ruin culparlos. Miro mi taza de café nuevamente, ya vacía. No quiero permanecer más tiempo en casa de mis padres, les pido la lista de las cosas que quieren que compre en el supermercado y me despido abruptamente, aún sintiéndome tonto en medio del duelo de mamá. Al salir intento decirle con la mirada que la quiero. Salgo de ahí, los transeúntes llevan tapabocas y pasean a sus perros en aquel fraccionamiento. Manejo rumbo a mi casa pensando en lo cercano que parece ahora el virus, me distraigo, equivoco la ruta, aprovecho para dirigirme al supermercado.

Al llegar a la tienda, un guardia de seguridad se coloca en frente de mí y reacciono por instinto; mi miedo al contagio y el cuidado extremo que he intentado tener para alejarme de la gente me hacen eludirlo fácilmente, como un gato que no quiere ser tocado. Cuando me doy cuenta de que el guardia me sigue ya es demasiado tarde; estoy adentro, camino más rápido. Él se quita el cubrebocas para repetirme, esta vez de forma más audible, que no puedo entrar sin cubrebocas. Yo le digo que es ridículo, que el virus también se

contagia por los ojos. Él insiste, son medidas de seguridad, él sólo cumple órdenes. Yo le digo, agitado y contrariado por la irrupción de su presencia, que es una medida ridícula, que ya el subsecretario, el doctor Hugo López-Gatell, ha dicho que no debíamos sentirnos protegidos por esa cosa. Él me mira extrañado, me da la impresión de que no entiende nada de lo que digo, alega como disco rayado que son disposiciones de la empresa. Yo digo que es anticonstitucional, la palabra suena rara en mi boca y más aún en sus oídos, pues se me queda mirando como si estuviera mirando a un loco. Para entonces ya hemos avanzado varios metros, discutimos elevando la voz, yo siempre intentando guardar mi sana distancia, pidiéndole que se aleje, que me puede contagiar.

La escena me daría risa de no ser algo grave, él mismo no sabe si perseguirme por toda la tienda o no, si volverse a colocar el tapabocas que trae en la papada o no. Amenaza con llamar a la policía, saca un *walkie-talkie* y se comunica con no sé quién. Trato de apurarme, sólo llevo los productos que puedo cargar con las manos, cajas de leche, latas de frijoles, galletas, tortillas de harina. Me siento perseguido, los demás clientes me miran como unapestado, ¿acaso soy el único en todo el supermercado que no porta cubrebocas?, al parecer sí.

Intento apurarme, hago malabares con los productos que están a punto de caerse de mis brazos. Pienso que por huir del guardia no me puse gel antibacterial. Las miradas de los demás son condenatorias, como si yo fuera un enfermo confirmado, portador de la muerte. Mi paranoia crece, siento que en un cuarto lleno de cámaras siguen puntualmente todos mis movimientos, que me están grabando; me llevarán preso, pienso

estúpidamente, o me tirarán al suelo y me golpearán, me subirán a una patrulla esposado, me contagiare en los separos donde habrá muchos infractores como yo, amontonados.

Llego, sudando, a la caja rápida, que en realidad se aprecia lenta. En el piso hay grandes marcas en forma de X que señalan los puntos donde debemos pararnos los clientes para asegurarnos de que estamos debidamente distanciados. El guardia que me ha perseguido y del que según yo me había librado, ahora está ahí mirándome de frente, otra vez, esperándome. Para mi tranquilidad, me indica discretamente que pase a la caja de la esquina, le hace una seña a la cajera para que me reciba, se trata de la caja para mujeres embarazadas, discapacitados y adultos de la tercera edad.

Salgo confundido del supermercado, ¿por qué si el uso del cubrebocas no es una medida eficaz algunos asumen que debe ser obligatorio? Mi sentido común no logra disipar el sentido de culpabilidad que siento. Al subirme al auto, lavo rápidamente mis manos con gel y pienso en lo que acaba de pasar; me siento tonto y respiro. Reviso la lista, faltaron muchas cosas, no compré ni la tercera parte de lo que necesitan mis padres. Vuelvo a ver la escena de la cocina: mi madre sentada en la mesa, con sus setenta años a cuestas, un poco encorvada, llorando por su hermana y con lista de víveres en sus manos, temblando absurdamente.

## II

Voy a otra cadena de supermercados, aún no consigo un cubrebocas, aprovecho una distracción del tipo que custodia la entrada. Muchos de estos establecimientos

no pagan impuestos al gobierno o violan los derechos de sus trabajadores, pero se dan el lujo de imponer medidas casi de terror por cuenta propia. Sé de municipios donde decidieron que habría ley seca, alcaldes enloquecidos que hablaron de toque de queda, restricción de horarios, como si el virus los tuviera, y cercos espontáneos de civiles supersticiosos que en algunas comunidades hicieron que se cerraran las fronteras o se golpearan a los que se atrevían a salir a las calles.

En esta empresa, al parecer, aún no han impuesto el uso riguroso de cubrebocas, miro en los pasillos a otros clientes que no lo portan. De cualquier forma, me apuro. Faltan pocas cosas para completar la lista del mandado, un cartón de huevo con doce piezas, brócoli y toronjas. Camino como si lo hiciera contra reloj; las toronjas están feas, pienso que mejor eso lo debería comprar en la verdulería que está cerca de mi casa o esperar al fin de semana para ir al mercado. Así ayudaría a la economía local. Sí, lo decido, dejo las toronjas feas. En la lista decía claramente toronjas rosas y éstas eran más bien amarillas, con manchitas cafés. Sólo hay cartones de huevo de veinticuatro piezas y a un precio exagerado. Ojalá y los denuncien ante la Profeco, pienso, éstos aprovechan la contingencia para subirle el precio. Busco los mentados floretes de brócoli como un enajenado, no los encuentro. Le pregunto a un empleado dónde encontrarlos; desde su tapabocas y con una voz apagada, alcanzo a entender, a dos metros de distancia, la palabra congelados. Recorro los congelados, no los encuentro. Mi obsesión por llevarles exactamente todo lo que me anotaron en la lista pronto desaparece, me siento frustrado. Corro, pago, miro a la señorita de la caja detrás de un acrílico

transparente, como si fuera la criatura incomunicada de un acuario.

Las pantallas de los teléfonos celulares, de las computadoras, de las tabletas, son también las paredes de nuestros acuarios improvisados, jaulas especulares de criaturas en cautiverio. Me da miedo que detrás de esos acrílicos y cristales líquidos se esparza el otro virus, el de las noticias falsas, el del odio, el del gopismo.

Pienso en *El ángel exterminador* de Buñuel, la película de la que hablaré la próxima semana, vía telefónica, en un programa de radio. Una clase social atrapada en su casa, dándose cuenta de lo insuficiente que resulta el dinero y los lujos, cuando el afuera acecha. Este virus que ha encerrado surrealísticamente a la gente en sus casas recuerda la pared invisible que separa, en la película de Buñuel, a los veinte comensales de la alta burguesía de la realidad exterior. El virus actúa como una cortina invisible, casi abstracta, que nos separa del resto, como los monitores, que también nos convierten en axolotls cortazarianos, atrapados en el aislamiento.

Sin embargo, pienso, este aislamiento lo vivimos todos de forma muy distinta. Debe de haber puentes para decirnos y comunicarnos este aislamiento. Los personajes de Buñuel sufren porque se sentían inmunes, completamente libres, todo poderosos, mucho tiempo antes del confinamiento. No dejo de pensar en aquellos que trajeron en un inicio el virus a nuestro país, después de haber ido a esquiar al extranjero. Los personajes de Buñuel sufren porque son individualistas, porque piensan en todo lo que no están pudiendo hacer en ese momento allá afuera, lejos de esa mansión convertida en cárcel. En cambio, la gente trabajadora, como los meseros, cocineros y sirvientas, que al inicio de la

película sospecha que algo malo pasará, se salvan juntos. Hablaré de esa película por el aniversario luctuoso de Gabriel Figueroa, que se celebra el 27 de abril, pero pienso en la maravillosa sincronicidad entre aquel filme y nuestra realidad actual.

¿Cuándo saldremos a la calle nuevamente?, ¿cuándo recuperaremos con normalidad eso que estábamos haciendo? Las clases, un programa de radio, pegar ladrillos en un muro. Veo los ojos miedosos de la cajera, allá, lejos, perdidos detrás del acrílico protector, únicos elementos humanos en un rostro cubierto por un gran tapabocas. Agradezco en silencio, de nuevo, el gel al salir de la tienda, en un acto casi ritual, de conjuro; gel antibacterial frotado en las manos insistentemente, entre los dedos, en el dorso, en las muñecas, imaginando que uno va matando los millones de virus que hay en el billete y las monedas que nos acaban de dar.

Lo que antes nos unía, hoy nos separa: el amor por el prójimo hoy se traduce en un distanciamiento físico y no dejo de pensar en esa paradoja. Pienso que a todo distanciamiento también le corresponde un acercamiento y entonces me gusta imaginar una unión solidaria invisible, como el virus, que nos mantendrá a flote. En otras circunstancias, como en los sismos devastadores que hemos vivido, ya ha aparecido esa cercanía, cívica, emocional, psicológica y espiritual. Tiene que volver a aparecer, me digo.

### III

Al regresar a mi casa, circulo por el bulevar en donde está la Universidad. Hace poco más de un mes aún daba

clases ahí. Extraño la dinámica presencial de las aulas, el café matutino, el ruido del gis en el pizarrón. También paso, a unos metros de ahí, por el Hospital del Niño Poblano, que, por la reconversión hospitalaria, pronto será considerado un hospital Covid, es decir, vendrán decenas, o quizá centenas, de personas que necesitarán hospitalización y probablemente una cama de terapia intensiva o un ventilador. La gente del barrio lo ha tomado bien. Afortunadamente no veo elementos de la Guardia Nacional resguardando las instalaciones o algún operativo excepcional, todo luce normal, tampoco sé de agresiones a enfermeros o enfermeras, aunque a unos vecinos que trabajan ahí ahora los he visto caminando sin sus uniformes.

Pienso en todos ellos, hombres y mujeres que eligieron hace mucho esa profesión, pensando que su lucha sería contra las enfermedades, que eligieron ese trabajo a pesar de los riesgos y que lo hicieron porque pensaron que valía la pena, que la sociedad se los agradecería. Ahora, absurdamente, tendrán que salir de los hospitales con miedo, no a los virus y bacterias, sino a otros humanos, con sus ropas guardadas cuidadosamente en sus mochilas, con miedo de que los reconozcan como trabajadores de la salud y también con el miedo de llevar el virus a sus casas, donde viven sus hijos, sus padres y sus parejas. Paso por ahí y los imagino como soldados que nos defienden estoicamente, en silencio. Pienso en lo ingratos que estamos siendo, que hemos sido, con todas y todos ellos.

Llego poco antes de las siete a mi casa, justo a tiempo para ver la conferencia de prensa del Dr. López-Gatell. Al llegar al conjunto habitacional en donde vivo, veo el parque iluminado, franqueado por la mancha marrón que forman el montón de casas de

interés social. En el centro del parque alcanzo a ver a muchos niños jugando, corren en la cancha de básquetbol detrás de un balón. Un poco más allá, unas niñas pasean a sus perros, los miran jugar y desenredan de cuando en cuando las correas. Otros más platican en los columpios y pasamanos. También hay adultos, un señor fuma recargado en un poste, una pareja empuja una carriola, tres adolescentes caminan alrededor de la cancha sobre el andador. Un grupito de niños y niñas ruedan sobre el pasto, luego se paran y se persiguen, se empujan, ríen y gritan.

Yo no puedo dejar de pensar en la sana distancia, distancia vital que no están guardando; aquí no hay calcomanías de cruces en el piso como en el supermercado para marcar la distancia que deberían de guardar entre ellos, y seguramente bastaría con que uno de ellos estuviera infectado para que todos lo estuvieran en unos cuantos días. Pero ¿por qué es tan difícil quedarse en casa? Me enojo primero con todos ellos, me gustaría con un altavoz repetirles que deben quedarse en sus casas, que no salgan más, pero luego vuelvo a sentirme mal, quién soy yo para juzgar. Después de todo yo también vengo de estar afuera de mi casa, de ir al supermercado, de visitar a mis padres. Pienso en la información que emite el gobierno con exactitud científica, diario, con expertos y sin embargo hay un sector de la población ensordecido y enceguecido. ¿Cómo hacer que la información fluya, baje, se disperse, mucho más rápido que las tonterías que llegan por el WhatsApp? ¿Cómo contrarrestar a los colaboracionistas del virus? ¿Cómo cerrar filas? ¿Cómo ser más fuertes que nuestros miedos y los falsificadores?

En la noche, antes de dormir, cansado, pienso en lo liberador que puede ser el sueño en estos días. Al ini-

cio de la epidemia soñé con árboles, que unían sus raíces en lo profundo para resistir el viento sobre una tierra hostil, árida. Me desperté consciente de ese hermoso signo que el sueño me dio. Hoy particularmente quisiera soñar de nuevo algo reparador. Pero el virus, que no descansa, mañana nos traerá nuevas cifras y mi tía estará en ellas y también muchas personas que no conozco.

Cierro los ojos, imagino la escalada de los números negros, pero me tranquiliza pensar que también muchas mujeres y hombres que no conozco están ahora mismo colocándose sus uniformes y saliendo a trabajar; desconocidos que están revisando y adecuando instalaciones hospitalarias y que están sanitizando mercados y oficinas públicas, parques y edificios; personas que están alistándose para el plan DN-III-E colocando filtros sanitarios y puestos de control, midiendo la temperatura a los automovilistas, regalando gel antibacterial y kits de limpieza, haciendo caretas y cubrebocas, regalando toneladas de comida para personas que lo necesitan; servicios de taxi para el personal médico; personas ofreciendo servicios gratuitos de todo tipo vía remota y acudiendo a donar sangre; y finalmente quienes poniendo su conocimiento científico y tecnológico al servicio de la nación, construyendo respiradores artificiales, creando personajes como Susana Distancia, haciendo infografías y replicando la información oficial y útil cuidan a otros quedándose en sus casas.

Me recuesto sobre mi cama. Algo dentro de mí vibra, respiro y agradezco poder hacerlo, pienso en los alveolos dentro de mis pulmones, en lo frágil que es esta unidad orgánica y al mismo tiempo misteriosa y perfecta. Pienso en el cuerpo social, en lo extraño que

resulta pensarnos como parte de él, sabernos parte de ese tejido, esas cavernas laberínticas, esos vasos comunicantes, esas superficies que forman algo más grande, mucho más grande que nosotros; ni el *tú* ni el *yo*, un *nosotros que es uno*. Pienso en mi novia, en mis padres y en mis hermanas, quienes también respiran, y que deben de estar en sus camas con la misma incertidumbre y pensamientos similares rondando en sus cabezas. Pienso que en estos momentos su salud es la mía y viceversa, que su aire es el mío y que mañana, más allá de las cifras y más allá de las ausencias que nos dolerán, algo, algo muy fuerte, habrá crecido entre nosotros y nos sabremos uno.

## LAS TRES PANDEMIAS

LAURA OLIMPIA MARTÍNEZ RAMÍREZ

Obra seleccionada, Crónica

En febrero las noticias parecían lejanas. Un nuevo virus apareció, no era bursátil, ni tecnológico, ni ambiental, tampoco político. O eso creíamos. Una cepa de coronavirus mutó y encontró la incubadora perfecta en el ser humano. Se apersonó. Se formó su propio carácter y pronto se volvió *trending topic*. Desplazó a otras grandes amenazas convirtiéndose en el enemigo número uno del mundo. Pocas son las características que se saben de este virus, pero de lo que sí tenemos certeza es que ha trastocado hasta las entrañas la vida que hasta ahora nos parecía normal. Desde China se trasladó a las Europas —o esa es la teoría— y veíamos estupefactos cómo el Primer Mundo colapsaba. Inimaginable. Indescriptible. Demoledor.

En México, la primera fase fue casi como un suspiro, escuchábamos que los casos eran aislados, importados. Que la cuarentena estricta era para las personas contrayentes de la enfermedad. Sin embargo, la Covid-19 se propaga rápido y nos lleva una ventaja de 14 días en lo que se manifiesta públicamente, si es que lo hace. Es sigilosa, silenciosa, hábil.

Seguíamos en marzo cuando se decretó la fase dos y con ello el llamado al confinamiento voluntario, ge-

neralizado y masivo. Se cancelaron actividades en escuelas, centros de trabajo y espacios públicos. Se pospusieron, se postergaron, casi como la vida misma. En medio de la desconfianza, el miedo, la zozobra e incertidumbre sobre la existencia del coronavirus y su letalidad, todas y todos debíamos quedarnos en casa. Pero la realidad mexicana es muy diferente a otras experiencias mundiales: quienes pueden, se guardan. Quienes tienen los medios y las condiciones, se guardan. Es decir, muy pocos.

El barrio no se guarda. No puede guardarse. En mi unidad el señor de los cocoles sigue pasando puntualmente a las 6 pm, grita y vuelve a gritar. Ya casi nadie le abre la puerta. Carmen sigue sacando su puesto al que llegamos algunos vecinxs para abastecernos de queso, huevo, jamón y lácteos en general. Y ahí se rumorea: “Eso nomás les da a los ricos, no se junte con ellos y no le pasa nada. Ellos que pueden viajar y luego nos traen sus bichos o vaya a saber qué enfermedad”. Otro dice “¡Qué va, si esto es cosa de Obrador, de su gobierno! No hace nada bien y quiere taparle el ojo al macho”.

Quienes pueden se guardan. Pero Carmen, que es la mera jefa del hogar, sabe que sin sus ingresos la familia simplemente no se alimenta. Sale religiosamente de lunes a sábado de 11 am a 5 pm. Con lluvia, calor extremo, dolor de espalda, con enfermedad y con o sin pandemia. Además, como la mayoría de las mujeres en este país (76.4% según INEGI) que tiene doble jornada laboral y destina 39 horas semanales de trabajo no remunerado, llega a casa y tiene que lavar, hacer de comer, revisar tareas de los hijos, porque, como la SEP adelantó el periodo vacacional, los morros están en casa.

Algunos claro, sobre todo los que tienen a quién les eche un ojo mientras los padres trabajan. Los que no, andan a la buena de Dios, jugando entre los andadores. A veces escucho sus risitas por mi ventana. Carmen está un poco incrédula, yo creo que lo prefiere así para no salir con miedo a trabajar, miedo a enfermar o contagiar a los suyos porque ahí sí sería catastrófico. ¿Cómo que quédate en tu casa?

Luego está Lupita, quien a sus 68 años acaba de vencer el cáncer de mama. Los que vamos a comprar a su tienda conocemos el drama de sobra. Tiene 3 hijos, uno anda en el gábacho, otro no se sabe bien dónde anda, pero le dejó al nieto y el tercero se enganchó con las drogas. Este último va y viene de cana y, al igual que el nieto cuando no le roba productos le quita el dinero de lo que vende. Ya lo hemos denunciado varias veces, incluso por violencia, pero ella les otorga el perdón. “Familia es familia”, dice. Como la guerrera que es, se siente inmune al corona. Dice: “Ya qué más me puede pasar”. A ella ya nada la vence. Me queda claro. Excepto el hambre y el miedo de no juntar los pesos necesarios para pagarle al proveedor de Coca-Cola.

A don Gil yo le cálculo unos 70. Es albañil, plomero, electricista y hasta jardinero si hace falta. Todos los días va y viene en bici desde Chalco. Es famoso en la CTM de toda la vida. Confiable, chambeador y solidario. Va al día, como los 43 millones de pobres en este país que no tienen ingresos fijos ni seguridad social. No entiende muy bien por qué hay que quedarse en casa. Los gastos no paran, no se guardan, no se congelan. Anda con cubrebocas, eso sí, por recomendación de su esposa. Tocando puertas, como nunca antes había pasado, buscando trabajitos. Sabe que ya no lo

contratan ni a destajo por su edad y, como casi todo mundo anda temeroso del virus, la gente mejor se posterga los arreglos no necesarios. Don Gil forma parte del 56.7% de la población mexicana que trabaja en la informalidad, pero sostiene con su trabajo a la mermada y fracturada economía nacional.

Nunca se sabe si la Covid-19 es una herramienta conspiracionista de las potencias mundiales que se disputan el poder político o recursos económicos, si es cosa del gobierno, una cortina de humo para distraernos de lo realmente importante o si sólo les da a los ricos, como dicen aquí, porque al parecer a nadie del barrio le ha dado. Y si le da pues ni modo, habrá que apechugar. Por lo pronto siguen saliendo la seño de los elotes, las quesadillas y la de los postres. Claro que no venden como hace 2 o 3 semanas, pero no tienen tiempo de asociarlo a la pandemia. No hay cabeza para nada más que no sea tener certeza de que mañana podrán alimentar a los hijos, ver sanos a los padres y abuelos y aguantar vara, para que no llegue ese momento de romper el cochinito (si lo hay) para ir al *Simi* u otro doctor porque alguien en casa se enfermó.

La Susana Distancia aquí parece ajena, al igual que el *hashtag* #QuédateEnCasa, el mensaje es lejano y poco efectivo. Aquí en el barrio vivimos de primera mano la desigualdad, esa brecha histórica e histriónica donde las condiciones son diametralmente distintas incluso entre departamentos. Y puede que aquí no se conozca mucho sobre conceptos teóricos, pero sí existe la claridad de que quedarse en casa es para los ricos, para los medianamente ricos o los menos pobres.

No terminábamos de reflexionar e intentar adaptarnos a esta nueva realidad tan abrupta y abrumadora cuando el camino a la fase tres de la contingencia

sanitaria se completó. Ya el distanciamiento social se nota. El mensaje llegó, el miedo y la angustia se recrudecieron y, ahora sí, parece que va en serio. La cuarentena se prolongó y la incertidumbre también. Lo veo en el rostro de Carmen, Lupita y don Gil; ellos se resisten, subsisten, aguantan hasta donde más se pueda. Lo siento en el ambiente denso y silencioso de las madrugadas que antes se opacaban por los sonideros de la cuadra. Para ellos sus actividades son esenciales, pero no para el Consejo de Salubridad General que además lo sabe y tiene que establecer criterios para lograr aplanar la curva de contagios. Ponderar. Intentar salvar la economía. Intentar salvar la mayor cantidad de vidas ¿Habría un punto de equilibrio? Los temores se profundizan.

Mientras, las noticias son confusas, impera la desinformación, los vecinxs comparten cadenas en WhatsApp que siempre resultan ser falsas. En medio de tanto *gölpeteo* mediático y político es difícil mantener la mente clara y aún más difícil transmitirlo. Pero hay que hacerlo, hay que refutar las *fake news* y la desinformación de boca en boca o más bien de chat a chat. Porque eso siembra y cultiva el pánico que es sumamente peligroso justo cuando todas las personas nos sentimos vulnerables ante lo que no podemos ver, solucionar o combatir frontal, individual y rápidamente, como este sistema capitalista nos tiene acostumbrados.

Estamos preparados para la acción inmediata que nos arroja resultados medibles, a considerar necesaria una cadena de consumo que actualmente es altamente cuestionable. Consideramos privilegios o concesiones aquellos que deben ser derechos. Todo esto cambió. Está cambiando. Tiene que cambiar. Ahora tenemos

que optar sí o sí por detenernos, dejar de pensar que saldremos adelante de esta pandemia solxs, aisladx y asumir esta crisis como es: un proceso largo, lento, clarooscuro y tenebroso, pero con la posibilidad de permitirnxs repensar cómo habitamos este sistema-mundo. Pensar e idear otra realidad posible donde dejemos de ser rehenes de nuestra propia muerte programada.

Es cierto, el virus se ha llevado a miles y no sabemos a cuántos más se llevará. En contraste, el sistema económico neoliberal nos ha asesinado lenta y cruelmente durante años, pero nada nos había detenido como hoy, nada nos había hecho reconocernos como humanamente iguales como lo hace la Covid; hay hasta quienes creen que esta enfermedad es “democrática” porque lo mismo se lleva a ricos y pobres. Yo sostengo que no es así. El reconocimiento de la diferencia, de las diferencias estructurales, es fundamental si queremos y aspiramos no sólo a sobrevivir a esta pandemia, sino a hacerlo en mejores condiciones de vida o tener la claridad para luchar por ello. Para todxs, todo.

La Covid-19 ha hecho visible lo cotidiano. Las desigualdades, tangibles. De la violencia y el racismo una posible arma. De la pobreza, un apocalipsis. Del estancamiento y la parálisis, un movimiento alterno.

Desigualdad, violencia y pobreza son nuestras tres pandemias que, por el contexto, tienden a potencializarse aún más con la peste del SARS-CoV-2. Sin embargo, para la cura de esta enfermedad podemos hacer uso —además de la respuesta inmunológica— de tres poderosas herramientas: colectividad, solidaridad y cooperación.

Ahora que en el barrio las problemáticas nos aquejan a todxs, colectivizar cuidados, alimentos, informa-

ción útil han servido para sobrellevar la cuarentena. Cualquier acto solidario por mínimo que parezca, ahora nos fortalece. Compartir un plato de sopa con el vecino, hacerle las compras a la persona adulta mayor que está sola y no puede salir por el riesgo. Hacerle saber a tu amiga, o a la chica que vive dos pisos arriba de ti, que no está sola, que reconoces la situación de violencia que atraviesa y te las ingenias para echarle una mano.

Sí, este mensaje también viene desde el Estado, pero él no lo materializa, no lo vuelve vivencial, ni tampoco político. Entre más conscientes seamos de la profunda inequidad, desigualdad, del dolor y de las injusticias que existen, mejores armas tendremos para afrontar lo que queda y lo que viene. Resistámonos a seguir tratando a las personas fallecidas a causa de Covid-19 como una simple estadística, no naturalicemos (como lo hemos hecho con la violencia) la muerte. Hagamos vida, abracemos la otredad, no como amenaza sino como realidad. Politicemos las diferencias para que pronto podamos convivir desde la empatía. Humanicemos nuestras acciones individuales y colectivas. Que se imponga no una necesidad de estado de excepción, vigilancia descontrolada y medidas punitivas, sino la urgencia de crear comunidad (virtual, por el momento), acciones de concientización, del sentido de cuidado, pero desde nosotrxs para nosotrxs. Fomentemos la esperanza, pero también, y al mismo tiempo, el pensamiento crítico.

## EL DESAMOR EN TIEMPOS DE COVID-19

MARÍA ANGÉLICA CONTRERAS JIMÉNEZ

Segundo lugar, Cuento

Me despertó el tintineo del monitor que estaba detrás de mí. Volví a cerrar los ojos. Quería sumirme de nuevo en el sueño, pero esta vez escuché con mayor claridad el constante subir y bajar de las válvulas. A la vista, aún después de parpadear varias veces. Todo era confuso.

Agudicé el oído esta vez. Sólo distinguí un discreto burbujeo. Me quedaba aún el olfato. Nada. En realidad sí había algo, no podía olerlo, pero lo sentía, ese pequeño aire. Esa sensación un tanto dolorosa que iba desde mi nariz, pasaba por mi garganta y se instalaba cerca del corazón.

Irradiaba lo que pensé era la luz del sol. De pronto distinguí una enorme sombra, casi como la de un astronauta. “Estás muy enferma, ¿puedes decirme tu nombre?”, soltó la voz delicada pero firme de una mujer dentro de un traje blanco, sin dejar de mirar los monitores.

En mi cabeza un sinfín de cuestionamientos no me permitía esbozar ni siquiera un enunciado simple. Sólo salió de esos labios partidos y lacerados con costras un quejido apenas audible, cuando introdujo en ese pequeño tubo transparente un líquido hacia mi torrente sanguíneo. Dolió.

Me puse en alerta. Intenté incorporarme. Manotear. “Tranquila, estás en un hospital. No te haremos daño. Es más fácil que tú nos mates a nosotros. Tienes Covid-19”, espetó la mujer, mientras se disparaban los pitidos en un monitor de la cortina contigua y ella con destreza, a pesar de ese estorbo blanco, corría a la par que gritaba desesperadamente: “¡Código azul! ¡Código azul!”.

Un zumbido se instaló en mis oídos. Miraba a todos correr en la misma dirección. Dejé de escuchar y por primera vez observé con más detenimiento mi cuerpo postrado. Centré mi atención en cómo la mascarilla de oxígeno se empañaba una y otra vez.

El dolor en el pecho se intensificó. Me costaba respirar. No comprendía si era la enfermedad física o aquella desolación en el alma que existía desde antes de estar aquí. Esa que empezó todo. Esa que rompió como una ola mi mundo. En esa pequeña fracción de segundo mis ojos desbordaron llanto, como si mi cuerpo estuviera tan lleno de él que fuera imposible contenerlo.

Me extrañó la sensación de las lágrimas sobre mis mejillas. Había pasado tanto sin sentir realmente. Sin pensar. Entonces, un brutal aturdimiento conmocionó mi cerebro. Los recuerdos vinieron a mi mente uno tras otro.

Se interpuso un silencio genuino. Una pausa en este universo. La mente se conectó en una frecuencia distinta. Sin datos, sin sonido, sin movimiento. De pronto surgió una repetición al infinito de imágenes inconexas. Sangre. Manos. Cabello. Le siguieron con fiel claridad los gritos desesperados, sentí su respiración agitada casi alcanzándome, y a lo lejos unos pies descalzos sorteando sin éxito los charcos.

El monitor delató al pulso. Mi cuerpo temblaba. La presión subía. Ahora no son imágenes ni sonidos. Es la percepción pura de los sentidos. Conexiones de neuronas que arrojan un palpito que sube de intensidad una y otra vez. No hubo más. “Ya no podemos controlar la fiebre”, se escuchó a lo lejos nuevamente esa voz.

“Covid-19”. En aquel delirio se repetía esa palabra. No sabía su significado, pero lo recordaba bien. Lo había leído muchas veces en los puestos de periódicos del centro de la CDMX. Algunas otras veces, mientras el organillero interpretaba sus peculiares melodías, los religiosos hablaban del fin del mundo por culpa de ese “Covid”.

Otros tantos ofrecían cubrebocas a todo el que pasara a la par que gritaban “bara bara, llévele llévele pa’l Covid-19”. Mientras que nosotros, el grupo de indigentes, al que en ese momento no sabía desde cuándo ni por qué pertenecía, tomábamos el sol en las bancas de la Alameda, contentos de haber encontrado comida en la basura, así que a quién le importaba qué era la “Covid”.

Con el cuerpo hecho un guiñapo, en medio de esa fría sala de hospital, poco a poco mis recuerdos volvían. Aunque la voz, por más que me esforzaba, no lograba hacerla aparecer. La muda me llamaban los de la calle, ese grupo que me adoptó, quizá como una mascota, quizá por lástima.

Recuerdo que eran cuatro: el Tuti, el Bairon, el Chimuelo y la Abuela. La noche de mi llegada justo terminaban de acomodar sus cartones, harapos y cobijas para dormir, en la medida en que la lluvia se los permitía, cuando pasada la una de la mañana, una sombra tambaleante se acercaba en su dirección sin cambiar de rumbo. Yo.

El Tuti, que padecía Síndrome de Down, señalaba sin parar de gritar “un zombie, un zombie”. Todos voltearon, un tanto impresionados y confusos por el aspecto de “eso” que se movía ya sin tanto equilibrio, pero que no paraba de acercarse.

Estaban sentados, mirándome con tanta perplejidad, que apenas tuvieron tiempo de encoger las piernas y meter las manos para protegerse cuando les caí encima. Se levantaron asustados y cada uno adoptó su posición de ataque, pero relajaron su instinto en cuanto miraron. Sí, la desnudez de mi cuerpo, pero sobre todo, la sangre que cubría gran parte de mi piel blanca.

“Nos va a comer el zombie”, gritó de nuevo el Tuti. Con un gesto breve la Abuela lo hizo callar, se acercó lentamente y con cuidado, se aseguró de que estuviera viva. Al corroborarlo, les pidió a los otros traer más harapos para taparme. “Hay que hacerle un lugar, mañana que despierte veremos qué hacer”, sentenció la lideresa del grupo. Pasaron casi dos días para que “la Zombie”, como al principio me apodaron, pudiera abrir un ojo; el otro no pude abrirlo por más que intentara, la hinchazón no me lo permitió.

No podría decir cuáles fueron las razones exactas para que me dejaran entrar al grupo, pero hasta el Bairon, que era el menos sensible, me ayudaba a buscar comida cuando era mi turno, porque eso sí, igual que todos, tuve que colaborar hurgando en la basura y en la recolección de cartón.

Tampoco puedo decir que era una parte medular en el clan, porque aunque lo intentaba constantemente, no podía emitir una palabra y mucho menos evocar algún recuerdo que pudiera explicar qué me había sucedido.

“Debió ser una madriza. No hay de otra”, teorizaba

el Chimuelo, con su peculiar sonrisa, cada vez que, sentados a un costado de Bellas Artes, se preparaba para mirar el espectáculo de los payasos que tanto nos hacía reír. Pese a que yo no hablara, se las ingeniaban para incluirme en casi todo. Me sentía como en casa, pero también buscaba mis momentos de soledad, porque aún sin encontrar respuestas en ellos, en aquellos silencios me gustaba imaginar y escuchar mi voz, aunque sólo fuera en mi mente.

Me sentaba en algún sitio de la calle Madero. La luz del sol me resultaba fortificante, aunque al levantar el rostro los rayos intensos ponían al descubierto la piel verdosa e incluso negra de algunas partes de mi piel. Intentaba disimularlo con el gorro de mi sudadera morada, descolorida y sucia, estampada con pequeñas manchas de cloro, pero algunas veces los transeúntes que se percataban de mi existencia, me miraban con desconsuelo y otras con desagrado.

Con el pasar de los días, ya sin los moretones, me acostumbré a la vida de indigente, dejé de preocuparme por mi pasado. De alguna forma me sentía libre en esa calle peatonal. Mi calle de la paz. Me vibraba el corazón al escuchar a Caifanes o a Soda Stereo. No me hacía gracia el reguetón, pero lo olvidaba al posar mi vista en cómo la Torre Latino tocaba las nubes de algodón y el viento las hacía correr lejos. Otras veces me colaba en la exposición de formar palabras con letras al azar en el Atrio de San Francisco.

Ese era mi mundo. Me resultaba mágico, porque aunque un mar de gente siempre deambulaba, para mí era como si sólo existiese yo. Hasta que se hizo real. Primero acordonaron mi calle y sus alrededores. Los autos desaparecieron. Era divino escuchar las aves en vez de los cláxones. Luego la gente dejó de caminar

por el centro. El cielo se despejó y había silencios prolongados. Ya nadie cruzaba el Eje Central. No entendíamos qué ocurría, quizás era cierto el rumor sobre el fin del mundo. Y nosotros, los indigentes, nos sentimos dueños de la ciudad.

Se escucharon los rayos. Me deterioraba con rapidez. Pronto una lluvia torrencial hacía parpadear las luces. El dolor era intenso. El oxígeno dolía cada vez más, desde que pasaba por mi nariz hasta que sucumbía en mis pulmones, como si se clavaran en mi espalda un puño de navajas. Tronó de nuevo el cielo y el relámpago iluminó la noche.

Clareó mi memoria también. Esa pieza le daba sentido a todo. Entonces, mi cuerpo que se negaba a que el alma sufriera, comenzó a convulsionar. Esa súbita actividad eléctrica en mi cerebro liberó los recuerdos estancados de la forma más vivencial posible.

Los médicos intentaban frenar los espasmos. La mente llevó al cuerpo, o quizá al revés, a aquella habitación oscura del departamento. Ahí estaba yo, mirándome en retrospectiva. En esa tarde lluviosa en la que te conocí a fondo por primera vez.

Tenía la maleta hecha. Me había bastado la discusión de la noche anterior para decidirlo, recién terminaba la carta que explicaba mi partida. Estaba triste, pero firme a mis convicciones. Me alisté y me miré al espejo: me sequé la pequeña lágrima en el rabillo del ojo, desvanecí un poco el rubor en las mejillas y dejé el rostro descubierto al atar en una coleta el cabello negro y largo.

Abriste la puerta. Nos miramos fijamente en el pasillo que lleva a la sala de estar. Luego fingiste no ver la maleta. Ambos sabíamos lo que significaba, así que di el primer paso, pero tú ya tenías planeada tu jugada. Primero fueron las súplicas y al ignorarlas, te enfureciste.

Tras la tercera patada dejé de escuchar tus insultos y apenas distinguía tu sombra. De un puñetazo paralizaste mis cuerdas vocales y dejé de pedir ayuda. Por un instante, me miré en un espacio y tiempo distintos. Seguía en el hospital, pero podía verte, con el rostro salpicado de sangre. Mi sangre. Ahora sabía por qué huía. Quería salvar mi vida. Ahora lo recordaba.

Dolió profundo, intenso, real. No tus golpes. Ni recordarlo todo. Dolió una explosión dentro mí. De esas en que necesariamente algo cambiará y lo sabes. Aquél estruendo en mi cuerpo me dio fuerza, pero al mismo tiempo me quitaba la respiración.

Me sentí en una transformación intempestiva. No entendía si me debilitaba o me fortalecía. A ojos cerrados confié en lo segundo. Empezaba a sentirme revitalizada, cuando se desataron unas sacudidas impetuosas en mi cuerpo. Una. Dos. Tres veces. El corazón me dio de tumbos. Sentí frío. Dejé de escuchar.

Y cuando menos lo creí estaba de pie: fuerte, altiva, segura. La mujer que siempre fui con labios de carmín. Lista para dejar salir una tormenta contenida. Escuché mi voz, primero entrecortada, poco a poco más firme. Necesitaba decírtelo. Gritarte a la cara. Palabra tras palabra:

“No importa cuánto lastimaste mi templo, ni cómo te apoderaste de mi piel. No importa cómo forzaste esta boca, ni cómo inhalaste hasta mi último aliento. No importa cuánto desnudaste este cuerpo, ni cómo te robaste mi tibio calor”.

“No importa cómo te abriste paso sobre mí, ni cómo lograste mancharme de ti. No importa cuánto te sentiste dueño de mí, ni cómo te embriagaste de mi aroma. No importa cómo me cubriste de ti, ni cómo por más que luché...no paraste”.

“No importa cuánto me clavaste tus garras, ni cómo te divertía verme llorar. No importa cómo gozabas con mi dolor, ni cómo creías que así me tenías. No importa el púrpura de mis hombros, ni lo adolorido de mis muñecas, ni siquiera las huellas de tus dedos en mi ser y mucho menos las cicatrices del ataque”.

“No importa el golpe que me dejó sin fuerzas, ni el ardor en las mejillas tras abofetearme, ni siquiera la sangre que corría de mi nariz y mucho menos haber quedado casi inconsciente. ¿Sabes por qué nada de eso importa?”

“Porque a pesar de tomar mi cuerpo, no te acercaste ni un milímetro a mi alma. Porque a pesar de robar mis besos, mi corazón no estuvo a tu alcance. ¿Sabes por qué nada de eso importa? Porque aun sintiéndome sucia soy capaz de mirar a mis adentros y saber que nada realmente te perteneció, que mi esencia está aquí recuperándose”.

“¿Sabes por qué nada de eso importa? Porque a pesar de que fui frágil, hoy soy más fuerte que ayer, porque a pesar de que eres una cruel pesadilla, hoy más que nunca creo en mis sueños. Y sé que estás al acecho. Sé que buscas todo eso por lo que no importó, porque tú y yo sabemos que aunque tomaste este cuerpo, yo nunca fui tuya”.

A lo lejos, en la pequeña estación de enfermeras, en el radio una voz de terciopelo sentencia: “No tenemos dónde ir, somos como un área devastada. Carreteras sin sentido. Religiones sin motivo. Cómo podremos sobrevivir... Siempre seremos prófugos”. Entonces alguien interrumpe, casi en suspiro: “Cuánta razón tenía Cerati, se acaba de ir la indigente. Hora del deceso, 21:45”.

# LOS DUELOS DE LA PANDEMIA

ROSARIO PINELO  
Primer lugar, Crónica

## 1

Diana miraba por la ventana cómo pasaba la vida frente a sus ojos. El del gas desde muy temprano; las combis con su característico sonido al acelerar para pasar los topes de la calle; el tamalero; la basura, tocando la campana varias veces al día; la gente en su agitado ir y venir; las risas de los niños; el panadero con el pan. Un desfile interminable que no disminuía ni por la noche, porque entonces salían los vendedores de todo tipo de antojitos. La verbena cotidiana. Para la mujer que acababa de perder su empleo los días se habían vuelto interminables desde el 23 de marzo, y parte del tiempo lo ocupaba en mirar por la ventana, pues ya no podía salir tanto como le hubiera gustado.

Debido a la emergencia sanitaria, la actividad había empezado a disminuir; las escuelas, museos y cines habían cerrado en la Ciudad de México. Así lo decían las noticias, pero de este lado de la zona conurbada nada cambió, al principio.

El supermercado cercano estaba más lleno sin ser quincena. Y la gente que acudía, como si fueran días

festivos, llevaba todo tipo de botanas: bolsas de chicharrones, pan, jamón, helado, refrescos.

El mercado tampoco mostraba muchos cambios, sólo había más niños con sus padres y hasta con los abuelos, como en vacaciones. Muchos vecinos incluso hacían fiestas que duraban hasta la madrugada.

Diana era una mujer de complexión delgada, baja de estatura y bastante aprensiva, cumpliría 57 años en estas fechas y por primera vez lo haría encerrada en casa. Habían hecho planes para su festejo, pero ante la emergencia todo se canceló y ella no pudo evitar sentirse frustrada. “Lo que me faltaba”, pensó, “una pandemia”.

Los primeros días escuchaba las noticias a diario para saber cómo avanzaba el virus por el mundo. Leía las notas en Facebook y se reía con los memes. Después poco a poco las abandonó porque notó que la ansiedad que padecía desde hacía unos años empezaba a manifestarse de nueva cuenta.

Lo supo también porque, después del cierre de su empresa, su ánimo empezó a decaer. Se sentía angustiada, triste, sin ganas de nada y además le preocupaban muchas cosas: su economía, su hijo y esposo que tenían que seguir saliendo a trabajar, su madre...

Pero también fue porque las medidas de higiene recomendadas se volvían más restrictivas, creándole paranoia: que si desinfectar con cloro, que si bañarte al regresar de la calle, que lavar toda la ropa expuesta...

En la segunda semana de abril se sintió más triste y ansiosa. No hubo procesión ni misas en su colonia; por primera vez el Viacrucis de Iztapalapa se transmitió por televisión en solitario. No fue igual para ella, que esperaba con singular gozo estas fechas. Sintió que algo le faltaba.

Empezó a salir a hacer las compras para escapar del encierro; quería ver a la gente caminar por la calle. Eso le traía un poco de calma. Aunque también un poco de temor. No quería estar muy cerca y las personas insistían en estarlo. “¡Rayos!”, pensaba. Una que otra incluso estornudó o tosió a unos centímetros. Después de eso se sentía enferma, con la garganta irritada. “Esta gente no entiende, ¡por Dios!”. Las tachaba de ignorantes y necias. Pero al llegar a casa respiraba profundo y se repetía: “No pasa nada, es mi ansiedad”, concluía.

Los días se hicieron eternos, y más cuando al escuchar las noticias supo que el encierro se prolongaría hasta junio. “¡No podremos festejar a mi madre!”, suspiró; porque tenía esperanza de que todo terminara para entonces. Y además ¡tenía tantas cosas que resolver!

Le angustiaba el futuro, sin trabajo se sentía incompleta. Empezó a dormir mal, a despertar varias veces en la madrugada, angustiada. También a estar de malhumor durante el día. O a veces se entristecía al recordar que al terminar todo esto ella no tendría a dónde regresar a trabajar. Se sentía enojada.

Y más con aquellos que, sin nada que hacer en la calle y teniendo la posibilidad de quedarse en casa, andaban en la fiesta prolongándole a los demás el encierro. Pero quizá en su interior los envidiaba por ser tan inconscientes. Hablaba y hablaba con su hija de la situación diaria, pero tuvo que darse cuenta de que eso no hacía sino intoxicar su ambiente. Que los que salían sin necesidad de hacerlo, que aquellos que no podían evitarlo, o de los demás que sus empresas no los habían dejado encerrarse. La situación era difícil para todos.

En medio de todo el caos una noticia triste llegó a su vida; llegó temprano, con un timbre triste, agudo y

prolongado del teléfono: uno de sus sobrinos había muerto. Estaba enfermo del corazón desde hacía un tiempo, pero había salido adelante. Sin embargo, esa mañana de miércoles simplemente se fue mientras platicaba con su esposa.

## 2

Diana no lo tomó bien. Se quedó pasmada, se sintió enferma. Quiso estar sola para llorar, para pensar, para recordar. Quería correr e ir con su familia, con su hermana, con su madre, unirse en un solo abrazo. Saber. Pero no podía hacerlo y sólo se quedó quieta, sentada junto a la ventana, acariciando a uno de sus muchos gatos.

La cercanía con el felino le trajo tranquilidad y empezó a entender que bajo estas circunstancias la familia no podría reunirse. Lloró silenciosamente sintiendo cómo las lágrimas escurrían por sus mejillas. No las secó, no quiso hacerlo. Y tuvo que esperar, tuvo que conformarse con ver los WhatsApp en el grupo familiar, con los comentarios de desaliento. Ver cómo las emociones se transformaron en emoticones y la voz en palabras que intentaban transmitir el sentimiento de la pérdida. Ese día todo se detuvo. Hizo lo cotidiano en automático, la comida, su aseo.

Para entonces las medidas se habían hecho más rigurosas. El país estaba en la fase 2 de la pandemia. Las concentraciones de personas estaban limitadas y la familia no pudo reunirse. Lo más triste fue que todos querían ir a despedirlo y no pudo ser. En medio del dolor, hubo que tomar decisiones. Solo los más jóvenes acudirían al velorio. Faltaron muchos, porque los adultos mayores y los enfermos crónicos eran varios.

Con el fin de respetar los protocolos de sana distancia implementados por la Secretaría de Salud para proteger a los más vulnerables.

Todo cambió. Incluso el período de espera en la cremación, fue mayor que en tiempos normales. Y el Rosario, ese ritual que permite reunir a la familia doliente en la oración para lograr un poco de alivio, también fue distinto.

Gracias al uso de la tecnología, muchos de los familiares pudieron estar presentes en la transmisión en vivo de la levantada de cruz y en el último Rosario. Para Diana ese fue un momento único porque aún a la distancia pudo orar por su sobrino, siguiendo el ritmo de los ahí presentes que lloraban mientras guardaban la cruz de cal y rosas en una caja. Ellos no podían, oírlo pero eso no le importó porque en su corazón ella sabía que él sí. Además aunque estuvieran lejos unos de otros, los sentimientos de todos estaban conectados.

Con la despedida de su sobrino llegó la fase 3 de la pandemia, la más crítica, y las medidas se agudizaron. El mercado local antes tan visitado implementó el uso riguroso de cubrebocas y gel antibacterial, prohibiendo además la entrada con niños y mascotas.

La gente empezó a usar el cubrebocas a regañadientes, pero no impidió que la mayoría siguiera reuniéndose en la calle o en sus casas para organizar fiestas con música hasta las primeras horas de la mañana.

### 3

Diana ya no quiso pensar en el futuro. La repentina muerte de su sobrino —al que apenas había visto para festejar la llegada del Año Nuevo— la hizo hacer un

alto y llegar a una conclusión: “Las cosas se resolverán en su momento”.

Ahora estaba doblemente triste, ansiaba ver a su madre y a sus hermanos. También a sus sobrinos para abrazarlos. Empezó a ver a la pandemia no como una calamidad, sino como un proceso de duelo, del que podía salir fortalecida si aprendía las lecciones que quería enseñarle.

No tenía poder sobre las decisiones de los demás. Pero sí sobre las de ella.

Notó que había abandonado sus rutinas de zumba, yoga y tai chi, que antes practicaba con empeño, y que en su momento la habían ayudado tanto. Después del cierre de la empresa en la que laboró por más de 30 años, le había costado trabajo retomarlas. Así que decidió empezar de nuevo.

La emergencia no tenía fecha para terminar. Se decía que hasta fines de mayo, pero no era una certeza. Decidió tomárselo con calma. Tenía muchas cosas que hacer en casa: limpiar, lavar, organizar documentos, estar con la hija más tiempo, hablar con su hijo y con su madre por teléfono o videollamada —aprovechando las maravillas de la tecnología—, leer, escribir, sonreír...

Porque contra todo lo negativo, había cosas positivas por las cuales ser feliz. Por ejemplo la alegraba saber que la naturaleza se estaba recuperando de la huella humana: podía ver imágenes de los mares limpios y azules; de animales deambulando sin temor por lugares donde antes no se hubieran acercado; de un cielo azul libre de contaminantes; pero lo mejor para ella fue ver cómo un colibrí había elegido su jardín para hacer su nido. Ese jardín que durante mucho tiempo no había dado sino unas pocas papayas un

tanto desabridas y un limón que tardó años en florear. Ahora pronto daría frutos.

El ave empezó por hacer visitas esporádicas como buscando algo. Diana incluso elaboró un bebedero para que pudiera tomar agua azucarada, el cual ignoró totalmente. Por varios días el colibrí sólo se posaba en alguna ramita y observaba. Después sin más empezó a llegar varias veces al día y fue cuando la mujer descubrió el objetivo.

A la pequeña ave le llevó apenas unos días tejer su nido en una de las ramas del árbol de limón. Lo hizo con pequeñas ramitas y pelo de gato, sin prisas, sin ayuda. A Diana la asombró su paciencia y entereza. Había leído que estos pajaritos necesitan comer cada diez minutos, pues gastan demasiada energía debido a lo rápido de su aleteo. Ella no sabía dónde comía, sólo que iba y venía varias veces al día, con apenas unos minutos de descanso. Fue maravilloso ver cómo tejía con su pico la cuna de sus crías, y cómo ahora empujaba dos diminutos huevos, mientras se quedaba toda la noche inmóvil bajo las ramas, impasible ante el viento y las lluvias, que ya habían empezado a llegar.

Gracias a una breve investigación supo que las crías tardarían entre 14 y 23 días en nacer. Quizá para mediados de mayo, cuando a decir de los especialistas podría estarse saliendo de la etapa crítica de la pandemia.

Diana sabía que esa era una buena señal, muy buena, porque había escuchado algunas leyendas en torno a los colibríes y la mayoría coincidía en señalar que estos diminutos pajaritos son portadores de buenas noticias. Y ella tenía esperanza de que así fuera. Confía en ello.

## CONTACTO

RAÚL MENDOZA JUSTO  
Mención honorífica, Crónica

Julieta Sacbé nació en el agua. Nació en casa, como se hacía antes. Al salir del vientre de Verónica, mi esposa, Julieta quedó inmersa en el agua, en la pequeña alberca que habilitamos para su nacimiento. Verónica me pidió que estuviera detrás de ella para que se apoyara, en medio de mis piernas. La sentía cansada por el trabajo de parto de más de doce horas. Pese a ello, al ver salir a la bebé, nos envolvió una enorme alegría. De inmediato, con ayuda de la partera, Julieta tuvo su primer contacto fuera del agua, su primer contacto en este mundo, en el regazo de mamá. Julieta Sacbé abrió los ojos, nos miró y, acto seguido, después de un silencio, lloró.

Allí estaban mi suegra, mi cuñada y mi otra hija, Angélica, quienes apoyaron a Vero en el último tramo de las contracciones. Llenos de asombro, reímos, lloremos, respiramos: Julieta Sacbé sin duda percibía esa energía de quienes la esperaban desde hace nueve meses. Acaricié su cabeza mientras su mamá la abrazaba, aún con el cordón umbilical latiendo. Afuera del cuarto, mi cuñado, mis sobrinos, los tíos y tías, aguardaban contentos al haber oído el llanto. Uno a uno pasó a verla, a darle la bienvenida. La nieta y sobrina de-

seada, la hija esperada era ya una realidad. Minutos después, envuelta en sus primeras cobijas, comenzó el ritual; Julieta pasó a tener contacto con los brazos de cada uno de los presentes, más de uno con nerviosismo y otros más con lágrimas de dicha la cargaron, la abrazaron y besaron en una especie de bienvenida a la comunidad, a la humanidad, al universo.

A partir del 15 de marzo de 2020, Julieta no ha podido volver a tener contacto con el clan. Estamos en cuarentena. Día treinta.

La idea del parto en agua era justo para eso, para tener un parto humanizado, para que una vez que naciera Saché no pasara de manera inmediata a una mesa fría a ser revisada y llevada a un cunero hasta esperar la recuperación de mamá; más de un ginecólogo había pronosticado cesárea obligada. El parto en agua nos garantizaba eso: tener el primer contacto físico con Saché, hacer un trabajo de parto tranquilo, sin cesárea, pausado, tenerla cerca, sentirla, hablarle. Y así fue.

Durante casi seis meses nuestra casa ha sido el lugar de encuentro. Amigos y familiares han llegado a testificar el milagro de la vida, la bendición de la que hemos sido partícipes, además de observar y descubrir, y sobre todo asegurar, el parecido que tiene Julieta a mí. Bueno eso dicen.

Desde los primeros días, mi cuñado y su familia, conocidos como los “Chepes” (José Manuel el líder, Verónica mi cuñada, Josep el hijo mayor e Isaías el hijo menor), Mamá V, como le dicen a mi suegra Verónica Romano (sí, son tres Verónicas) y el abuelo Don Armando han estado cerca y al pendiente del desarrollo de Julieta; al avance en su peso, al crecimiento de su cabello, a la primera sonrisa, a su ropa y a su alimen-

tación. Por lo menos cinco días a la semana todo ello ha sido tema de conversación. Haciendo un *flashback*, como en el cine, esta gran familia ha sido cómplice de haber arropado a Julieta desde antes del nacimiento, querida y tocada desde la pancita han sido acompañantes de miedos, de esperanzas, de sueños, aliados en la fiesta de revelación del sexo del bebe, en el *baby shower* y el bautizo. A este último, por cierto, llegaron los Torres, los Romanos, los Mendoza, los Justo, los Bautista y los Lavoignet como en tiempos recientes no se había visto.

“Por algo fue festejada en demasía”, dice la mamá de Julieta, “si hubiera estado embarazada en esta cuarentena me cuelgo de la lámpara”, “adiós seguimiento de embarazo en Ciudad de México”, “adiós curso psicoprofiláctico”, “adiós parto en agua”. Se vuelcan los miedos y ansiedades del trauma del coronavirus.

El primer paso lo dimos entre el 12 y 14 de marzo, las noticias ya anunciaban que los adultos mayores estaban en riesgo de contraer el virus. Verónica Romano, la abuela materna, era quien nos apoyaba en el cuidado de Saché, por lo menos cuatro días a la semana. Julieta Saché a los cuarenta días entró a la guardería del IMSS.

Para la abuela, Julieta se había convertido en su consuelo, en su alegría, las mil posibilidades, de trascender y/o tal vez resarcir, como todos, un pasado que no entendemos cuando es presente. Tejerle vestidos, comprarle diademas, preocuparse por llegar temprano a la guardería y tener el privilegio de ser la primera en abrazarle y consentirla con su cariño. Se habían convertido en una rutina en esos meses, aunque realmente para ella no era rutina, sino que era la vida misma.

Como padres veíamos a Julieta empatazarse con la

abuela. Fueron creando su propio código de costumbres durante el día: las mamilas, las horas de sueño, el baño, el tiempo para reír y para cantarle. Ella misma hacía una reflexión en torno al abuelo Armando: “*cada que viene a verla le hace fiesta, le habla como bebe, y le hace desfiguros para hacerla reír*”. Tal vez se refería a que el cuerpo se transforma para dar paso a un lenguaje gestual y único que comunica y que sólo los abuelos pueden dar, expresar, sentir e interpretar.

El 14 de marzo mi esposa angustiada y preocupada habló con Mamá V para decirle que habría que cuidarse, que habría que hacer caso al Dr. Gatell, que tomáramos la recomendación sugerida, que era por su bien, que a sus 60 años podría ser un riesgo que se trasladara a casa, que el lunes ya no viniera, que podríamos contagiarla; pues ambos trabajábamos y, al estar en contacto con muchas personas, nos convertía en factores de riesgo. Yo escuchaba el diálogo que por unos instantes parecía monólogo. Mamá V se quedó en silencio, no alcanzaba en ese momento a comprender qué le estábamos pidiendo. Solo se oyó llanto detrás del celular y un “*los voy a extrañar, los amo*”. Mamá V quedó inconsolable. Fuimos a dormir, o tal vez sólo cerramos los ojos esa noche para pensar e intentar entender qué era lo que se venía.

Verónica y yo intentamos organizar las tareas laborales para poder regresar por Julieta a la guardería y ya no salir por la tarde, a menos que sucediera algo urgente.

Al pasar una semana, se anuncia la segunda fase de la pandemia y con ella las medidas de distanciamiento social “*Quédate en casa*”, lo que implica el cierre de escuelas. A Verónica en su colegio le dan salida y trabajo en casa; Julieta Sacbé estará a su cuidado. La

guardería también cerraría y eso tiene fuertes implicaciones con su segundo espacio de vida social. Con las educadoras, en particular, las de la sala A de menores de seis meses ha establecido un lazo y aprendido diversas cosas; rutinas, horas de vigilia, de sueño, juegos de estimulación temprana, horarios de alimentación que, aunque no pareciera relevante, se hacen notar en sus frecuentes reportes, en un registro colocado en la recepción, donde se indica que avances ha logrado en el día, desde mirar un objeto, seguirlo, poner atención, escuchar la música, hasta el reconocimiento de sus voces y rostros. En pocos meses nos ha regalado esa expresión maravillosa en los bebés que es la sonrisa y que está presente en su llegada a la guardería como en la salida.

La familia Chepe hasta esos momentos del mes no podía comprender cómo será dejar de ver a Julieta. Casi todos los días después de sus respectivos trabajos venían a la casa a saludarla, cagarla, dormirla, hablarle, sonreírle, a estar con ella y de paso a cenar para contar las anécdotas del día, tomar una cerveza y hacer de cada visita una fiesta. Julieta por su parte corresponde con su alegría al verlos llegar, su sonrisa, su quietud en sus brazos y su paz.

Por ahora todo se ha esfumado.

¿Cómo construir una primera infancia sin vínculos familiares? Hace una semana vinieron los Chepes, respetando la sana distancia querían ver a la niña. Ellos se quedaron en la entrada del pequeño jardín de la casa y Julieta y su mamá desde la puerta saludaban. Con esos grandes y oscuros ojos, Julieta Sacbé intentaba entender qué pasaba; vi su carita tratando de identificar a quienes del otro lado se esforzaban por hacerla reír, con muecas, voces, diálogos para bebés, lenguaje

gestual, pero no, Julieta no sonrió. ¿Acaso estará olvidando los rostros? ¿Qué pasa con su memoria? ¿Qué puede registrar? ¿Con qué se queda?

No puedo dejar de pensar, aunque guardando las distancias, las lecturas en clase de psicología del desarrollo sobre el impacto emocional en niños que habían sido privados de contacto social, como Víctor el niño de L'Aveyron o los experimentos con monos privados del contacto físico. Recordaba también la historia de Mowgli de Kipling. ¿Cómo nos marcará esta falta de contacto social? ¿En el futuro se podrá ver este registro en algún lugar de nuestro cerebro? Como cuando en la corteza de los árboles los especialistas pueden ver si fueron años de lluvia o sequía, o como en las rocas el geólogo puede ver los sucesos críticos de la formación de la tierra. Yo me imagino que este aislamiento en Julieta dejará una huella emocional que habrá que ayudar a sanar.

Los días de encierro inevitablemente te llevan a pensar en la muerte ¿Qué pasaría si fuera yo quien enfermara? A mis 46 años, con hipertensión, estoy en riesgo. Hace un mes murió mi compadre, compañero y amigo de trabajo, después de seis meses de haber sufrido un asalto violento y quedado en silla de ruedas, víctima de esa violencia heredada. Y ahora con esta pandemia me asaltan nuevamente esos pensamientos ¿Cómo dejar arregladas y en orden las cosas de esta vida? ¿Cómo cerrar ciclos? ¿Cómo pedir perdón? ¿Cómo ser mejor persona? ¿Cómo no dañar? ¿Cómo vivir cada día sin pendientes que me agobien y tratando de hacer lo mejor en lo que me toca? No ver crecer a Julieta me aterra. Vivo hoy dos momentos mágicos: la vida con una hija (Angélica) de 17 años con todos los pormenores que trae la edad, la toma de decisiones

universitarias y el amor, y por otro lado, Julieta el inicio de la vida, la crianza en tiempos de pandemia y de un planeta que necesitamos mejorar. ¿Me dará tiempo? ¿Nos dará tiempo? Con esas preguntas duermo un día y el otro también.

A pesar del miedo uno agradece que todo esto nos acerque a las personas que uno aprecia. La pandemia es el tema cotidiano; el preocuparnos por la salud del otro ha sido una conversación que antes no se daba, preguntar por su presión, por el seguimiento de su diabetes, por su alimentación y por sus alergias. Ello va siendo un tema que a pesar de la distancia y a través del teléfono y correo nos acerca, nos hace vernos sensibles al otro y reconocernos vulnerables y finitos, con necesidades de salud, con una familia a nuestro alrededor y con preocupaciones, y no tanto como el jefe, el maestro, el licenciado, el compañero de rutina en el trabajo, al que antes no veía y no reconocía.

Hoy es el día 39 de cuarentena. No salir, no tener contacto, trae consecuencias, Verónica y yo discutimos. A ella le preocupa mi salud y yo violenté una regla. Me doy cuenta de que es necesario respirar, que no estamos hechos para el aislamiento, que lo que no se mueve se muere.

Vero y yo cada noche como un ritual nos sentamos a ver la conferencia del Dr. Hugo López-Gatell. Nos emociona su comportamiento, su saber. Como un bailarín de ballet sobre hielo, sortea preguntas. Ágil en la interpretación, es nuestro punto de seguridad. No sería igual dormirse sin esa conferencia. A veces Sacbé se sienta y observa la pantalla; me gusta imaginar que comprende y espera las palabras del Dr. López-Gatell que anuncian el fin de la cuarentena. Me imagino que dirá: “Buenas noches. Son las diecinueve horas. Esta-

mos en Palacio Nacional de México. Vamos a iniciar la conferencia diaria sobre la situación de Covid, la pandemia causada por el virus SARS-CoV-2 en México. A partir de los datos que hoy hemos presentado y por la gran participación de la ciudadanía, de su comportamiento y solidaridad, se levanta la cuarentena. Con precaución, vayan y abracen a sus seres queridos”. Como cuando se va la luz y regresa, en cada colonia, en cada barrio se escucharán aplausos, gritos de alegría, risas, habrá llanto, habrá fiesta en el corazón.

Julieta Sacbé sonreirá ya con huellas inequívocas de su primer diente. Mamá V llamará para hacernos saber que llegará el día de mañana a ver a su muñeca. Don Armando no esperará, llegará esa misma noche. Verónica dará gracias a Dios, la abrazará fuerte, yo le besaré y le escribiré un pequeño cuento, para que, cuando aprenda a leer, con sorpresa pueda conocer lo que le tocó vivir de bebé. Después hablaré a los Chepes y con Angélica para abrazarnos con el alma.

Séguro estoy de que la gente que me rodea será solidaria. Resarciremos y tejaremos juntos. Tendremos nuestros encuentros, contactos, abrazos y risas pendientes. Julieta volverá a reconocer a cada uno. Y con cada uno, encaminaremos a Julieta a una mejor familia, a una mejor sociedad, más humilde, más cuidadosa, más solidaria y más crítica.

Se llama Sacbé porque en maya significa *camino blanco* y esos caminos blancos para los mayas unían lo sagrado. Que así sea, que cada contacto con Julieta Sacbé sea camino que nos congrege a ser mejores personas, que los espejos en los que nos vimos reflejados en esta cuarentena los trabajemos de manera personal y social

Me gusta pensar que cada contacto físico y emocio-

nal en Julieta quedará grabado, registrado en su memoria, como la corteza en los árboles y la huella en las rocas. El reto será que la huella del afecto, de la sensibilidad, del contacto con el otro, del amor, sea más ancha, mucho más ancha que la de la cuarentena, más nos vale que así sea, porque no habrá más tiempo.

¿Qué hora es? Son las siete, me dice Vero, ya empezó la conferencia.

## DESCONSUELO

ARTURO SARMIENTO TAMAYO

Tercer lugar, Poesía

Cuando sientes que las fuerzas te abandonan, cuando  
duele... Y no puedes más llorar...

Cuando aquella brasa dentro de tu pecho no te deja ni  
siquiera respirar...

Cuando no tiene sentido ya la vida, cuando un rayo te  
ha partido a la mitad...

Cuando es grande y muy profunda aquella herida...

Que por ella ya no puedes ni sangrar...

Cuando ves que todo acaba y se derrumba, y tú sientes  
que ni Dios tiene piedad, cuando todo alrededor  
parece tumba...

Y la noche cae trayendo soledad...

Cuando miras hacia el cielo y no hay estrellas, y las  
flores ya no pueden perfumar...

Cuando todo son quebrantos y querellas, y del sueño ya  
no quieres despertar...

Cuando piensas que el Señor te ha abandonado y en el  
alma ya no queda voluntad...

Cuando todo, todo, todo, te ha fallado...  
Y la senda ya no puedes encontrar...

Busca adentro... muy adentro... de tu pecho,  
Y la fuerza de tu ser... revivirá...  
Y levantándote cual Fénix... por derecho...  
A ese infame sino adverso... ¡VENCERÁS!

**II. LOS QUE PUEDEN  
QUEDARSE EN CASA  
Y LOS QUE NO**



## CRÓNICA DE UNA COMBATIENTE

CARLOS EDUARDO CHÁVEZ ORTEGA

Mención honorífica, Crónica

4:00 am, se activa la alarma, mi madre sale lentamente de su cama, desactiva la alarma y prende la luz. Afuera los grillos cantan y uno que otro perro ladra frenético a quién sabe qué. Intercambia la pijama por un pantalón blanco que acompaña con una filipina del mismo color. Su maquillaje no le falta. Cerca de las 5 de la mañana sale a prisa a tomar el primero de los 3 transportes que la aguardan. Por calles apenas alumbradas anda con miedo, ya no sólo de los feminicidios, sino también de los crímenes de odio que la emergencia sanitaria por el coronavirus ha despertado en la población hacia el personal de la salud.

Sube al camión, las cabezas se ladean, como queriendo rehuir de la presencia del otrora ángel percibido ahora como demonio. Encuentra en la parte de atrás un asiento libre, así permanece todo el camino a pesar de que muchos van de pie, junto a ella nadie se sienta. Lo mismo ocurre en el siguiente transporte. En el tercero no pasa eso porque le negaron la subida. A pesar de que el sol ha comenzado a salir, su semblante es oscuro, triste, la blancura se ha tornado grisácea. A lo lejos se aprecia otra enfermera. Antes de que ella llegue, el olor a cloro de su ropa da los buenos días por ella.

Mi madre se entera, por voz de la otra enfermera, que, al estar esperando el camión junto a su casa, una persona que dice no conocer le lanzó, desde un auto, cloro sobre su ropa. Quisiera abrazarla, pero no puede, las indicaciones sanitarias son claras. Eso no importa, su palabra la envuelve y la apapacha.

Al ver hacia la avenida, y contra toda esperanza, descubre un auto de colores rojos y dorados que se detiene. Es un hombre mayor que lleva por protección un tapabocas de color azul, desobedece las indicaciones de la Secretaría de Salud, pero “pues hay que comer, señorita”, dice cuando le pregunta lo otra enfermera que por qué no está en su casa. “Súbanse, señoritas, yo las acerco al hospital”. El tiempo las impulsa a subir, hay que llegar a tiempo, los enfermos no paran de llegar. Les ofrece gel antibacterial, dichosas aceptan.

Se acercan al hospital. Ellas insisten en pagar. El hombre se niega, “ya es demasiado con lo que están haciendo por todos nosotros”. Agradecidas bajan del auto. “Sigán combatiendo, mis guerreras, que esta batalla no la podemos perder”, les dice el señor, para luego cerrar la puerta y alejarse junto con la desesperanza y el temor.

Alegre se aleja el hombre. No sólo llevó a las enfermeras a un hospital. No, además de eso, les regresó la esperanza y les dio una razón más para combatir a esa enfermedad, pues en los tiempos del coronavirus cualquier muestra de apoyo o de gratitud es un aliciente que nos acerca a ganar la batalla. Y es que, ya sea por dicha o desdicha, la pandemia nos ha permitido conocer la maldad de la humanidad, pero también su bondad.

## MONETA

MARIANA GÓMEZ VARGAS  
Mención honorífica, Cuento

Hoy desperté con un poco de flojera. Intenté abrir mis ojos, pero parece que están pegados. No quiero ir a trabajar y mis hijos secundan la idea. “Hoy no vayas, casi todos están en casa, tú también quédate...”. No es así de fácil, si no salgo hoy nos veremos muy apretados con los gastos mañana, eso y no tendré mucha gasolina, que por cierto es la materia prima para este trabajo.

Por fin me levanté, me bañé, desayuné y busqué algunas monedas que me sirvieran para dar cambio a los pasajeros y sí, los niños tienen razón, casi todos están en casa y por ese *casi* es que todavía salgo. Mientras revisaba las monedas encontré una “especial”, bueno así les dice mi hija a las monedas que parecen nuevecitas, como recién salidas de la fábrica, bien brillosas. Mi hija las guarda como amuleto y por un tiempo las conserva, las guarda en una alcancía de monedas “especiales” y después de un tiempo las deja salir a recorrer el mundo. A veces tengo la impresión de que les da algunos consejos antes de sacarlas, pero en esta ocasión no se la di a guardar. Esta moneda de golpe salió a recorrer el mundo.

Mis compañeros diabéticos, hipertensos, las que están embarazadas y los que tienen hijos pequeños

pueden quedarse en casa, yo no cumplo ninguna de esas características, así que me toca presentarme en el consultorio lista para atender a todos los que lleguen.

El trabajo en el hospital siempre es así, demandante, cansado, movido y estresante. Pese a todo, me encanta. La situación en el mundo hoy es muy crítica, el personal encargado de la salud está muy solicitado.

Hoy es un buen día. Tomé un taxi para llegar temprano. El sol ya está iluminando todo a su alcance. “Que tenga buen día y cuídese”, me dijo el chófer mientras bajaba del auto y recibía mi cambio, un billete y tres monedas. Cuí-de-se. Hoy más que nunca resuenan esas palabras en mi cabeza; no son sólo una despedida cordial, es un consejo. “*Si me cuido yo, te cuido a ti y juntos nos cuidamos...*”, el slogan de estos días.

No siempre llego tan temprano, pero hoy quería orar con mis compañeros, aquellos que confiamos en la omnisciencia y omnipotencia de Dios. En estos días vivimos una situación que ocupa y preocupa a muchos alrededor del mundo, algunos hemos decidido pedir ayuda extra.

Me siento como si fuera mi primer día de trabajo, nerviosa, pero también me siento fuerte, me siento feliz, me siento hermosa, me siento viva.

El semestre en la universidad iba genial, en mi último examen de cálculo saqué 9, está vez sí tenía todas mis tareas al corriente y llegaba temprano a las clases. Ahora sigue casi genial, aunque mi rutina ha cambiado un poco. Sigo llegando temprano, pero a la plataforma para la clase y envío al *mail* de mis profes las tareas y exámenes.

Eso de tomar clases en línea no está tan mal, es más, todo se ve muy normal. La última clase un com-

pañero dijo que llevaba galletas para vender y compartió la pantalla para ofrecer galletas de Minecraft. Hace unos días me invitaron a colaborar para reconstruir toda la facultad y el anexo con Minecraft. Utilizamos bloques de *cobblestone*, *sandstone* y *stone bricks* para hacer paredes, pasillos y escaleras lo más parecidos a los de nuestra escuela. Le mostré a mi hermana el resultado y empezó a reírse, no tuve que decir nada, de inmediato reconoció el lugar, eso me hace pensar que elegimos los materiales más parecidos que el servidor podía ofrecer.

Entre las clases en línea, tareas, memes, *challenges*, limpiar, ver películas y comer se me han ido las semanas. A veces tengo la impresión de que el mundo no es tan grande y que no estamos tan lejos uno del otro. Todo el tiempo estamos creando contenido, en momentos de incertidumbre usamos la risa para aliviar la tensión, seguimos subiendo información y reaccionando a lo que vemos.

Eventualmente he salido a hacer algunas ¡compras de pánico! Bien, no son compras de pánico, sino que vamos por cosas para la despensa. Aunque un poco vacías las calles, el súper sigue puertas abiertas. Fui el viernes pasado, la fila para las cajas era impresionante, respiré profundamente para llenarme de paciencia y después de un largo rato llegué a la caja, pagué y guardé todo en una bolsa. Mi cambio fueron dos monedas una de diez y otra de cinco. La de cinco está súper padre parece que da brillo por sí misma.

Un día antes de que se declarara la segunda fase de la pandemia, fui a trabajar como cada día. Subí al transporte y llegué mucho más rápido que cualquier otro día. Incluso me tocó ir sentada y había varios asientos libres. Desde hace una semana que las clases

en las escuelas se han suspendido de manera presencial y en muchos trabajos les han pedido que se queden en casa, pero yo todavía voy.

A la hora de la comida salí a caminar, ya han cerrado varios negocios, así que no tenía muchas opciones. Llevé un libro y cinco galletas de avena de buen tamaño, muy ricas, tienen pequeños trozos de chocolate y arándanos que les dan un toque delicioso. Yo misma las preparé siguiendo una receta que encontré en internet.

Me senté en una banca, comí una galleta y, mientras la masticaba, miré alrededor: todo tan tranquilo, nada parecido a cualquier otro día, nadie corriendo a *x* o *y* lugar, ningún estudiante caminando lento de regreso a casa en compañía de amigos, ningún vendedor de papas, ni congeladas, sólo estamos unos cuantos.

Un hombre sordo se acercó a mí y me dio una tarjeta con una pequeña leyenda, eso junto con la gesticulación de su rostro y el movimiento de sus manos me hicieron entender que estaba vendiendo las tarjetas, el precio yo lo determinaba. Aunque hubiera querido comprar no podía, conmigo llevaba las galletas y el libro, pero ninguna moneda. Ojalá conociera un poco de LSM, pero con las señas la mejor sonrisa que pude dibujar en mi cara le intenté decir que no podía comprar, pero podía invitarle una de mis deliciosas galletas y aceptó.

Estaba a punto de abrir mi libro cuando otra persona se acercó a mí. Esta vez era una mujer, vestía un suéter azul marino y una falda tableada color gris. En sus manos cargaba una bolsa negra de gran tamaño, llena de servilletas bordadas. Servilletas de tela blanca, su bordado no parecía de hilo para bordar, era más como un tipo de fino estambre de colores brillantes,

los diseños eran flores. Me intentó vender alguna de sus servilletas, una vez más dije que no llevaba dinero para comprar. Ella me insistió diciendo que no había vendido nada en todo el día porque había muy poca gente en la calle, pero en verdad no podía, entonces me dijo que si podía cooperar con alguna moneda para comprar algo de comer y no es que no quisiera es que no había ni una moneda en la bolsa de mi pantalón. Le dije que no tenía más que unas galletas de avena que yo misma había preparado, le invité a comer conmigo y aceptó.

La señora se sentó junto a mí en la banca y, mientras comíamos las pocas galletas que tenía, platicamos de los eventos de salud mundial que hasta la fecha son la noticia del día, compartimos nuestros temores, la conversación tuvo un giro y comenzamos a hablar de nuestras familias y “nuestros pueblos”. Bueno, toda mi vida he radicado en la Ciudad de México, pero ella vive en un lugar cercano a Toluca donde hablan otomí. Después nos despedimos y cada una se levantó de la banca para continuar con su camino.

Resiliencia también es escuchar al otro, vaciar los temores y hablar de las cosas o la gente que nos anima cada día. Resiliencia también es sentarse con alguien a tomar un respiro y compartir una galleta para agarrar fuerzas y seguir. De esa experiencia ya han pasado dos semanas y desde entonces he estado en casa. He salido unas veces para comprar alimentos.

Ayer salí a la calle para hacer unas compras y en el suelo brillaba un pedazo de metal reluciente. Era una moneda casi perdida entre el polvo. Llegué a casa lavé mis manos, limpié la moneda y mis compras. Justo hace unos días leía que en algunas culturas se regalan monedas como una forma de desear buena

fortuna y bienestar al otro, por eso algunos guardan monedas como amuleto de buena suerte. No conozco a la persona que tenía esta moneda antes de mí, pero lo voy a considerar como un regalo que habla de un buen augurio para los días por venir.

## CUANDO LOS MARGINALES SOMOS CENTRALES

JOSÉ ARREOLA

Tercer lugar, Ensayo

El barrio tiene 40 colonias. Algunas, donde se ubican las avenidas consideradas principales, no lucen tan mal de a tiro. Acá todos los caminos te llevan al palacio municipal; a su alrededor hay mucho comercio: una abarrotera grande, unas salas de cine, una famosa parroquia con el nombre del compa indio que se comunicó con la Virgen de Guadalupe y al que han ido blanqueando para que entrara al negocio eclesiástico. Hay también un hospital general, un Tecnológico Universitario privado, una pastelería La Esperanza, un banco, una clínica del IMSS, un Coppel, un Elektra, el Soriana y varios lugares para echar la chela. No tan lejos están las oficinas de CFE y el súmmum del progreso conocido como Sendero, aunque ha tenido varios nombres. Allí hay, como en todos los *malls* que se respeten, un área de comida rápida, un cine, área de juegos, otro Coppel, tiendas de ropa y de muebles, un Walmart, un Toks y todo luce, cómo no, bien mono. Cerquita del Sendero está un Aurrerá, una clínica del ISSEMYM, un campus de la UAEM, un Ceeytem y varios lugares para echar la chela. Así visto, con sus avenidas principales alumbradas y remozaditas, Valle de Chalco se muestra bien *cool*: educación, comercio, trabajo y

recreación, todo cerquita, todo juntito. Pero gran parte de esa realidad oculta, cómo no, otra realidad más cruda, ruda y con menos glamour.

\* \* \*

Mi Valle de Chalco, constituido como municipio en el mero 1994 (el año del asesinato de Colosio, de la crisis económica más aguda de México y del levantamiento zapatista en el sur de nuestros suelos), pilar del proyecto salinista cuyo slogan decía “Solidaridad, unidos para progresar”, forma parte del cinturón de miseria en la zona oriente pegada a la ciudad monstruo. Valle de Chalco Solidaridad, el nombre oficial del barrio, es primo hermano de Neza. Se trata de uno de esos lugares dormitorio: una buena parte de sus habitantes nomás llega a descansar y luego al trabajo o a la escuela. Y se entiende: el empleo “mejor” pagado no anda por acá, sino en la Ciudad de México; quienes van a la chamba gastan más o menos 30 varitos de pasaje, nomás de ida... así que hay que sumarle la vuelta. Para llegar al trabajo la inversión de tiempo es, según la distancia, no menor a una hora, pero hay quienes se hacen hasta tres, nomás de ida... así que hay que sumarle la vuelta. Las mismas cuentas de gasto en dinero y tiempo deben hacerse para aquellos que salen a estudiar a la UAM, a la prepa, al Poli, a la vocacional, al CCH... a CU.

\* \* \*

Muchas calles de distintas colonias no cuentan con pavimentación, especialmente las más alejadas del palacio municipal y de reciente nacimiento. En días de viento, el terregal es impresionante y hace estragos

en los techos de cartón y lámina; en días de lluvia el lodazal no acaba nunca. No hay drenaje y el servicio de agua potable es mínimo. El transporte escasea y la luz también. Existen poquísimas escuelas de nivel básico que pelean por no sucumbir en tales condiciones. Esas colonias están como suspendidas en el tiempo: así era todo el municipio, antes de llamarse como se llama, allá por los años finales de los ochenta y principios de los noventa del siglo xx. Son las favelas vallechalquenses, sinónimo de olvido entre el olvido.<sup>1</sup>

\* \* \*

Con el “problemita” de la pandemia las avenidas del barrio lucen, ciertamente, más vacías. No tanto como se debería en la crisis actual. La gente sale, se reúne, compra y come en los locales que permanecen abiertos. El señor de la pollería dice, con un gesto preocupado, que las ventas bajaron y en puerta está el pago de la renta, la luz, el agua y otro largo etcétera. Él es parte de la banda que sí tiene chamba y que está en edad de tenerla. Si los datos del INEGI en 2010 no mienten, la población económicamente activa andaba por ahí de 31 755 personas y de ellas la mitad se dedicaba al comercio que va de lo formal a lo informal.<sup>2</sup> El señor

<sup>1</sup> Para una radiografía del municipio puede consultarse la tesina de Violeta García Ramos, *El papel de la política social en México: entre la pobreza y el olvido, “análisis descriptivo sobre la evolución del Pronasol a Oportunidades en el municipio de Valle de Chalco Solidaridad”*, UNAM, México, 2019. Disponible en <<http://132.248.9.195/ptd2019/junio/0790231/Index.html>>. Consultado el 21 de abril, 2020.

<sup>2</sup> Véase INEGI, “Indicadores de Valle de Chalco Solidaridad”. Disponible en <<https://www.inegi.org.mx/app/indicadores/?t=0070&ag=15122#D00700060>>. Consultado el 19 de abril de 2020.

del pollo es de esos “privilegiados” que tiene, por esfuerzo descomunal de toda su familia, un modesto negocio propio ya establecido. ¿Y la banda que no? En el barrio día a día hay —había— tianguis, unos grandes, unos pequeños. Ahora con la pandemia ya no todos los días son de tianguis. La banda se quedó sin ese ingreso, pero no se arredra y va y le busca porque si no, ¿cómo vive? O sea que necesita salir de casa que, no pocas veces, es rentada. Y por habitar un lugarcito, ya se sabe, se cobra. Un cuarto, así anunciado, cuesta entre los 900 y los 1 200 pesos, sin internet y con baño compartido por otros arrendatarios; el agua y la luz se cobran aparte. Un departamento, depende de la zona, va de los 2 000 a los 3 000 pesos con servicios incluidos, o sea baño propio, regadera, agua, luz e internet. Quizá, dicho así, no suena tan de a tiro mal, pero sucede que, según los datos del Informe Anual sobre la situación de Pobreza y Rezago Social de Sedesol y el Coneval, “en 2010, 134 177 individuos (58.3% del total de la población) se encontraban en pobreza, de los cuales 106 235 (46.2%) presentaban pobreza moderada y 27 942 (12.1%) estaban en pobreza extrema”. ¿Se entiende la necesidad de salir aunque no se quiera? A decir del INEGI,<sup>3</sup> en 2015 éramos 396 157 vallechalquenses, o sea que, como la tendencia no ha cambiado, casi 60% del vallechalquerío vivimos en pobreza, en cualquiera de sus modalidades.<sup>4</sup>

\* \* \*

<sup>3</sup> Informe Anual Sobre La Situación de Pobreza y Rezago Social 2010. Disponible en <[https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/42759/Mexico\\_122.pdf](https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/42759/Mexico_122.pdf)>. Consultado el 19 de abril de 2020.

<sup>4</sup> INEGI, *op. cit.*

En cuanto a la salud, el informe citado de Sedesol y Coneval señala lo siguiente: “en el mismo año, el porcentaje de personas sin acceso a servicios de salud fue de 50%, equivalente a 114 961 personas”. Así que la mitad de los vallechalquenses ni siquiera podemos decir aquello de que lo importante es que hay [servicios de] salud.<sup>5</sup> ¿Y si esto lo pensamos para todo el país? ¿Y si no olvidamos a los culpables de esta situación a nivel nacional?

\* \* \*

Los datos del INEGI de 2015 apuntan que el promedio de años escolares cursados es de 8.5, es decir, cerca de concluir la secundaria. Hay pocos centros culturales y las bibliotecas están en anemia perpetua.<sup>6</sup> La mayoría de los espacios dedicados a la cultura son independientes y aunque su labor es no sólo titánica y profunda tienen, por desgracia, muy poca incidencia entre los miles que somos.

\* \* \*

Cuando el 17 de abril el conductor de televisión Javier Alatorre dijo lo de que las cifras del Subsecretario de Salud, Hugo López-Gatell, eran “irrelevantes” y llamó, “con todas sus palabras”, a no hacerle caso, lo hizo porque, aunque nos pese, el gran duopolio televisivo sigue siendo el canal de “información” de muchos millones de personas. No se trató, simplemente, de un error sino de un verdadero ataque cuyo fin, irrespon-

<sup>5</sup> Informe Anual Sobre La Situación de Pobreza y Reza-  
go Social 2010.

<sup>6</sup> INEGI, *op. cit.*

sable a todas luces, fue generar todavía más caos en esta crisis.<sup>7</sup> Alatorre les hablaba a los suyos —aquellos que no están de acuerdo con tener pérdidas millonarias y sí a favor de proteger sus ganancias sin importar la vida de los mexicanos—, pero también a los nuestros, al vallechalquerío de todo el país. ¿Cómo, entonces, convencernos de no hacer caso al “periodista” del noticiero y sí, en cambio, al buen López-Gatell? ¿Cómo entonces combatir también la pandemia de la desinformación y la mentira cuando lo más importante es que la Covid no avance y, por eso, no avance la muerte?

\* \* \*

En medio de la pandemia, entre el caos de la crisis y perdiéndonos en las cifras del aumento de casos confirmados y los decesos a causa de la Covid-19, los marginales pasamos a ser centrales porque, se dice, municipios como éste representan un grave peligro, una zona de riesgo, un hormiguero de mortandad. Y somos centrales porque, se dice con preocupación, desde acá, por la movilidad, las condiciones insalubres y otros apegones, podemos contagiar a los nuestros con más facilidad, pero también a aquellos con los que lejos del barrio se convive. Somos centrales porque, oh desdicha, la crisis *covideana* nos ha puesto en la mira no por lo que éramos y somos, sino por lo que podemos provocar y ser. ¿Y antes de la Covid-19 no existíamos?, ¿antes no éramos centrales porque en el póker de la vida de por sí estábamos destinados a ser ignorados?, ¿antes solamente éramos datos de delincuencia y peligrosidad

<sup>7</sup> “Javier Alatorre ataca a Hugo López Gatell”. Disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=UnPvFmJF168>>. Consultado el 22 de abril de 2020.

social?, ¿antes no éramos más que los marginales de los que se podían hacer chistes sobre el canal de agua sucia, las inundaciones y la violencia?

\* \* \*

Es cierto que, como ocurre en varios lugares del país, una parte de la población no “cree” en la Covid-19, pero ante eso la reacción ha sido o la burla o el regaño. La burla porque no poca gente cree en la virgencita morena o en San Judas, pero no en el virus; el regaño porque, en lugar de hacer caso, desdichados inconscientes, intentan sobrevivir incluso en condiciones todavía más complicadas de las que de por sí ya hacen difícil la existencia. Hay que burlarnos menos y querernos más. Hay que regañarnos menos y entendernos más. Y para este tema, como en muchos otros, hay que saber debatir con el barrio y compartir con él lo que hemos aprendido con un poquito menos de soberbia y en mayor pie de igualdad.

\* \* \*

La historia de México es también la historia de los marginales, es la historia del vallechalquerío de todas nuestras tierras. Al margen de la historia oficial, vivimos. Los marginales, aunque a los poderosos que nos condujeron a esta situación les mal pese, somos centrales. Nomás por no morir, que ya mucho mérito tiene en un país como México, hoy se habla de nosotros. Y, no se dude, saldremos adelante a pesar de las mentiras, el odio y el egoísmo de quienes se preocupan por sus empresas y riquezas y no por aquellos que las hacen producir. Y saldremos adelante, porque, entre otras cosas, los marginales sabemos resistir.

## FUENTES CONSULTADAS

García Ramos, Violeta, *El papel de la política social en México: entre la pobreza y el olvido, “análisis descriptivo sobre la evolución del Pronasol a Oportunidades en el municipio de Valle de Chalco Solidaridad”* (Tesina), UNAM, México, 2019. Disponible en <<http://132.248.9.195/ptd2019/junio/0790231/Index.html>>. Consultado el 21 de abril, 2020.

*Informe Anual Sobre La Situación de Pobreza y Rezago Social, 2010*. Disponible en <[https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/42759/Mexico\\_122.pdf](https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/42759/Mexico_122.pdf)>. Consultado el 19 de abril, 2020.

INEGI, “Indicadores de Valle de Chalco Solidaridad”. Disponible en <<https://www.inegi.org.mx/app/indicadores/?t=0070&ag=15122#D00700060>>. Consultado el 19 de abril, 2020.

# **III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD**



# REMEDIOS PARA LA SOLEDAD

DIEGO ALONSO SÁNCHEZ TEC

Primer lugar, Ensayo

## INTRODUCCIÓN

La siguiente recopilación de remedios, consejos, cuentos y menjurjes para la soledad es traída a usted “cuarentoso” lector para aliviar (o como me gusta decir “re-sanar”) esas molestias causadas por la contingencia que trae a nosotros el encuentro directo con uno mismo, y también por la cuarentena claramente, pero principalmente por mirarse a la cara y enfrentarse (no de manera violenta, sino frente a frente) con ese ser que vemos en el espejo. Cabe señalar que si bien estas letras tienen especial dedicatoria a aquellos que se encuentran en soledad, no tema tomárselo en serio aunque se encuentre rodeado de gente, que como ya veremos, existen muchos tipos de soledad. Por último, es importante distinguir el significado de “remedio” que en primera instancia podría entenderse como algo ubicado muy en el centro, es decir, algo neutral (desde la mirada de este miope autor suyo) aunque como definición el diccionario nos regala estas palabras:

1. Acción de remediar (dar una solución a un daño, un problema u otra cosa).

2. Medio o medida que se toma para evitar o reparar un daño.

Queda claro el objetivo de un remedio, sin embargo estas letras no alcanzan a abrazar en su totalidad la palabra, ya que este texto no pretende dar “una solución”, “evitar” o “reparar” la soledad. Más bien, como mencioné anteriormente, busca un punto medio, uno que construya puentes y nos permita (en la cabida de las posibilidades de cada uno) transitar la soledad. Dicho esto, este texto bien podría llamarse “transitando la soledad” o “el justo medio de estar solo”, incluso “consejos para una sana soledad”. Dejo a su criterio, justo lector, el decidir el título que más le complazca una vez termine de leer las distintas propuestas/sugerencias/consejos que aquí le regalo. Sin más que agregar le deseo de todo corazón, amable lector, una pronta y saludable re-unión con su soledad.

## ANTES DE EMPEZAR

La soledad es un acontecer de lo más singular, ya que hablamos de percibir la ausencia, cosa que podría resultar de lo más contradictoria. Es decir, si algo no se encuentra presente, si no existe, ¿cómo es posible saber que no está? Como solía preguntarme un maestro ¿cómo haces para saber aquello que desconoces?

Lo inventamos a través de muchas formas de hacer y vivir. Lo mismo ocurre con la soledad, la inventamos. Desde ahí podríamos entender la soledad como un ejercicio imaginario donde proyectamos una realidad distinta a la que vivimos. Podríamos tomar esto como algo negativo, como una completa negación (y

como dice Jorge Bucay, de ahí nacen las patologías mentales).<sup>1</sup> Sin embargo, si ya estamos en el juego de la imaginación (de la locura como sugiere Hugo Hiriart)<sup>2</sup> podemos transmutar esta significación y encontrar en el malestar (en el problema) la cura (la solución, como nos invita a reflexionar Bruno Munari).<sup>3</sup>

Entonces, al hablar de identificar nuestra soledad, me refiero a mirar con honestidad nuestro interior para revelar aquellas mentiras que nos hemos autoimpuesto. Sólo tú, paciente lector, eres capaz de entenderte, así que te invito a mirarte y redescubrirte. No temas ignorar, cambiar, regalar o quemar lo que estás por leer, que al fin y al cabo son fruto de la soledad de un loco.

Ahora hablemos de aceptar la soledad pero antes paremos un momento y dejemos algo claro. Nadie está solo realmente. Algo que me ha enseñado la ciencia es que existe el espacio entre átomos, es decir que no estoy totalmente conectado conmigo, pero de alguna forma me mantengo unido. Ese vacío entre átomos crea la unión entre mis células, de la misma forma que me une a mi hogar, a mis amigos y al mundo. Incluso justo ahora, atento lector, me une a ti a través de estas letras. Esto quiere decir que todos estamos juntitos, como en una enorme ensalada (diría Galeano)<sup>4</sup> y que realmente aquellos que amo están a mi lado, justo ahora. Esto bien podría estar al inicio y te hubiera ahorrado la lectura hasta aquí (pero estoy solo y quie-

<sup>1</sup> Jorge Bucay, *Cuentos para pensar*, Océano, México, 2016.

<sup>2</sup> Hugo Hiriart, *El juego del arte*, Tusquets, México, 2015.

<sup>3</sup> Bruno Munari, *¿Cómo nacen los objetos?*, 2ª ed., Gustavo Gili, México, 2016.

<sup>4</sup> Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, México, 1993.

ro que me acompañes), así que, contradiciendo lo dicho, aun así existe la soledad, quizá porque inventamos la palabra “soledad” o quién sabe por qué, pero no voy a negar que es algo que se siente (y se siente regacho), así que aceptemos el hecho de que estamos solos y al mismo tiempo no, a ver qué pasa.

Por último, no olvides que puedes pedir ayuda. Hasta este punto podría decirte que eres capaz de lidiar con la soledad tú solo (contradictoriamente). Sin embargo, hay que tener el corazón abierto y ser valientes para aceptar/entender que en ocasiones la vida nos supera y no tiene nada de malo pedir ayuda a un amigo, a un familiar, a un desconocido o a un profesional. Valiente lector, como seguro lo leerás más adelante, la compañía es un gran regalo y remedio para la soledad, no temas pedirla. Es por esto (entre otras razones) que esta recopilación incluye consejos y demás cuentos de amigos y otros seres que espero te aporten tanto como a mí. Disfruta.

## REMEDIOS PARA LA SOLEDAD

*Tener plantas.* Dicen los intelectuales que la compañía es el mejor remedio para la soledad y no están equivocados. Acompañarnos de vida es sin duda un gran remedio, sólo hay que recordar (y ésta es parte del encanto del remedio) la responsabilidad que es tener una vida a nuestro cargo. Éste es un buen punto para reflexionar sobre lo que significa tener; como las personas, las plantas necesitan de muchos cuidados, alimentación, tiempo, cariño, trabajo e incluso disciplina. Tener plantas implica (entre tantas cosas) poner nuestra vida en equilibrio con la de otro.

Fuera de todas las posibilidades (que como sabes, te invito a explorar) aquí te comparto algunas que podrías intentar para construir un vínculo más fuerte y profundo con tus plantitas:

1. Charla con ellas. Encontrarás que hablar es un tema recurrente en este texto y, con mayor razón, descubrir todo lo que tenemos que decir es una de las más grandes aventuras que podemos disfrutar. Hay tantas maneras de comunicarnos como palabras, como personas, y las combinaciones son infinitas.
2. Cultivar. Como hombre, jamás sabré lo que se siente traer al mundo otra vida, al menos no desde mis entrañas. Ahí es donde entra el bello acontecer de cultivar; acompañar una vida a este mundo es un ejercicio precioso que te invito a intentar, aprender y sobre todo reflexionar.

Respira. *Pasos para sobrevivir un ataque de ansiedad; 1. No entre en pánico (tan rápido). 2. Siéntese en el suelo con las piernas recogidas, imitando la posición de un feto. 3. Respire profundamente reteniendo el aire unos segundos. 4. Saque el aire por la boca. 5. Vuelva a repetir el paso 3 y 4 constantemente. Funciona mejor el remedio si se concentra en el presente y hace a un lado sus preocupaciones. Se dice que después de intentarlo varias veces empieza a funcionar. No se rinda.* (M. Concepción Trejo)

*¿Sabías que hay un mar inmenso dentro de ti? Si no me crees, siéntate en un lugar cómodo, tapa una fosa nasal —inhala—, cambia, tapa el otro lado soltando el que estaba apretado —exhala—, ¿lo oíste? Una vez más, respira por esa misma fosa (fosa sig-*

nifica hoyo profundo), *tapa y exhala por la otra ¿ves? Te dije que estaba ahí, puedes repetir esto varias veces. Ahora respira por ambas fosas nasales, jalando el aire desde tu garganta; imagina que el centro de tu tráquea demanda aire y movimiento, como si con tu boca cerrada quisieras empañar un vidrio. Una vez más el mar está ahí, con todo su silencio y su música. Eres la fuerza del mar, sólo que no te acordabas.* (Carolina Ríos)

*Llorar.* Es un gran remedio para éste y otros malestares ya que su misma naturaleza lo vuelve un acontecer bello y efímero. Tratándose de la soledad, llorar es de lo más eficiente, ya que nadie se dará cuenta, así que si usted es una persona orgullosa puede perder cuidado al respecto. Como aquel viejo dicho “si un árbol cae en medio de la nada...”. Usted ni siquiera notará que llora, pero sí sentirá un árbol menos en ese solitario bosque.

*La mejor manera para mí de reparar esa soledad es un perrito (mascota) y el bienestar mental y físico que te genera hacer ejercicio (actividad física). Son las cosas que más me funcionan en general hablando dentro y fuera de una pandemia. La limpieza siempre es mi terapia para todo, si me he sentido mal o perdida en algún punto me pongo a limpiar y a ordenar, sacar cosas que ya no quiero, etc. Algo que escuché muy trillado en esta pandemia es “la única salida, es hacia dentro”, como humanos siento que no nos damos esa oportunidad nunca, de estar solos, de conocernos, de escucharnos, de sentirnos, etc. Y pienso que es lo más IMPORTANTE y el punto clave de poder estar bien en muchos aspectos: que la soledad no te llegue de golpe y tenga repercu-*

*siones malas en tu salud mental y en tu inteligencia sentimental.* (Renata Ramírez)

*Comer.* Esta actividad se suele relacionar con “llenar vacíos”, así que si encuentras que tu soledad se vincula a un vacío, puede ser que esta sección te interese. Debes saber, discreto lector, que la comida es algo que amo, pero debo hacer una importante aclaración; es distinto la comida a la acción de comer. Dicho de otro modo, no todo lo que es comida se come y no todo lo que se come es comida (debo agregar la genial nota que me hace el auto corrector de Word, sugiriendo que “no todo lo que se come es comido” porque claro que no todo lo que uno engulle es digerido y procesado para nutrir al cuerpo). Alimentar a nuestro cuerpo es fundamental para re-sanar la soledad (principalmente porque sin él no podríamos hacerlo), por lo que es muy importante reflexionar qué comemos. Además de vitaminas y minerales, alimentamos nuestro cuerpo de contenido; música, videos, personas, emociones, sensaciones, etc. En fin, algunas sugerencias para “mejorar tus hábitos alimenticios”:

1. Comer acompañado. La mayoría tenemos teléfonos con cámara, puedes llamar a alguien y comer virtualmente juntos. Ahora, la compañía no siempre tiene que ser perceptible con los sentidos; puedes imaginar estar con alguien, incluso charlar. Si se te dificulta puedes utilizar una foto, ponerla frente a ti.
2. Preparar el lugar. Tener compañía es un bello regalo. Inventa un pequeño ritual que responda a lo que estás haciendo. Dicen los arquitectos que el espacio es una invención y claro que

tienen razón. Podemos comer en donde sea, pues un comedor sólo es otro lugar inventado: la cocina, la sala, el cuarto. Cualquier lugar es bueno porque cualquier lugar se puede volver un hogar, un espacio de sanación para uno, dos (o más). Este punto bien podría llamarse “Crea el lugar”, ya que trata de que inventes lo necesario para recibir al otro.

*Tomarte una tarde para ti mismo, cocinar algo, ver una peli o serie que te guste y un vino o una chela ¡ahh! te hará sentir mejor.* (Rodrigo Piña)

*Preparar un té.* Debo ser honesto al decirte (como acabas de leer) que cualquier bebida que te regales puede ser un gran remedio. Sin embargo, trataré de enfatizar el hecho de “preparar” la bebida, en este caso, un té. Cuando hablo de preparar, me refiero a ese pequeño ritual que toma hacer-té. Hervir agua es relativamente sencillo gracias a la modernidad en que vivimos, pero prender fuego es sin duda una gran experiencia de creación. Añadir hierbas, o algún otro ingrediente, es algo que en otras épocas podríamos llamar alquimia (dicen que la química/alquimia nació en la cocina). Sé consciente del hecho que ocurre frente a ti: “transformas” la materia para crear algo nuevo, un regalo único.

*Leer.* Dice el maestro Cervantes que la lectura causa divertimento y nos lleva a otros mundos.<sup>5</sup> Vaya, no por nada el Quijote se volvió loco de tanto leer libros de

<sup>5</sup> Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso Don Quijote de la mancha parte*, Real Academia Española, Alfégar, Madrid, 2016.

caballería y por eso salió al mundo a vivir sus propias aventuras. Nosotros no podemos salir al mundo a vivir aventuras por ahora, pero leer nos puede llevar a imaginarlas, a desprendernos un poco de este ocioso exilio que nos creamos. Te invito a volvernos locos, a imaginar, a soñar y a creer que otras realidades son posibles y, si quieres, a:

*Escribir.* Para mí, ésta es una de las actividades más recreativas que existen. Cuando era niño me ensañaron a escribir (como a ti supongo, con planas y repeticiones), pero no me ensañaron a plasmar lo que pienso/siento. Por un lado, lo veo como algo bueno, no creo que nadie nos pueda enseñar eso de verdad, para mí eso es parte del viaje de cada uno. Sin embargo la monotonía sistémica con la que aprendí, me causo un “repele” a las letras. Fue hasta hace poco que me di cuenta de que con ellas puedo decir lo que está dentro de mí. No por nada de aquí nace este pequeño ecosistema llamado “Remedios para la soledad”, que no sólo han ayudado a verme, sino a acercarme a otros para saber cómo les va con este tema. Lector, si de algo te sirve, escribe lo que sientes, compártelo o quémallo, es tu decisión. Siempre es tu decisión.

*Con los hábitos que tenías generabas las endorfinas que necesitabas para lograr tus tareas. A mis estudiantes los animo a crear nuevos hábitos que les ayude a crear esas endorfinas que les faltan, trukear su mente. Al final el cuerpo funciona con químicos y las endorfinas son creadas por el cuerpo a la hora de hacer ejercicio, masturbarse, tener sexo o jugar un videojuego; cualquier cosa que genera una sensación de logro. (Miguel Aguilar)*

*Mueve tu cuerpo.* En nuestro cuerpo ocurren un montón de cosas todo el tiempo; células nacen y mueren, de hecho dicen que cada cierto tiempo todas nuestras células son nuevas. La vida es un bello acontecer que siempre está en movimiento, y cuando deja de moverse, muere. Me pasa durante esta cuarentena, que no me dan ganas de levantarme de la cama. Esos días suelen ser geniales, pero muy aburridos, y solitarios (qué maravillosa época vivimos, que nos deja poder no hacer nada un día completo... privilegio que no todos tienen). Cuando logro pararme y preparar el desayuno, barrer las hojas, limpiar... recuerdo la belleza del movimiento y me lleno de energía. Dice la maestra Cristina Medellín que toda danza es expresión corporal, pero no toda expresión corporal es danza.<sup>6</sup> La principal diferencia se encuentra en el significado. La danza es movimiento, que es vida. Pienso en eso a la hora de hacer mis actividades... y entonces, todo se vuelve una magnífica danza de mí para mí.

*Retorno a la infancia. Haz una lista de las cosas en tu vida que no tienen respuesta, hazlo de forma clara. Puedes preguntarte cualquier clase de cosa, como ¿qué hacer para no estar triste?, ¿qué pasa si un brócoli fuese tan grande como un árbol?, ¿si somos polvo de estrellas está sucio el universo?, no sé, eres libre, escribe lo que deseas. Si eres uno de los afortunados que le tocó estar en contingencia con un niño pequeño, acércate a él/ella, si no (lo siento, yo tampoco), puedes llamarle a uno o de lo contrario siéntate contigo, imagina lo que eres, pero que a veces no recuerdas; tu niño/a. Pregúntale todas esas cosas locas que normalmente no te explicas, quizás tengas*

<sup>6</sup> Ana Cristina Medellín Gómez, *Manual de danza y expresión corporal*, Edición de autor, México, 2015, p. 17.

*que aguantar la distracción constante y seguramente las respuestas concretas, pero sin duda alguna habrás encontrado más de una forma para transitar la resolución a esas preguntas. Magia pura.* (Carolina Ríos)

*Dormir.* Ésta es una de mis actividades favoritas, principalmente porque no tienes que hacer nada, y la sabiduría de tu cuerpo se hace cargo de todo. En fin, algunos consejos para dormir mejor:

1. En lugar de utilizar tu almohada de forma habitual, colócala encima de ti, al mismo tiempo que ayuda a tu postura, sentirás el gentil peso de “otro” sobre ti (no como ese terrorífico peso de un ente que te impide moverte).
2. Si cuentas con más de una almohada, utiliza la segunda para abrazarla. Puedes rellenarla de prendas para aumentar su volumen al igual que esto brinda un aroma humano que te hará sentir acompañado.
3. Habla en voz baja, como si contaras un secreto, platica contigo sobre lo que sientes, lo que hiciste en el día o lo que quieras.

*Engaña a tu cerebro. Cuando he estado sola en mi casa lo que hago es hablarme en voz alta, platicarle cosas a mi perrito, poner música y bailar frente al espejo. Retarme a hacer cosas que me cuestan trabajo hacer (para crear nuevos hábitos).* (Laura Sánchez)

Por último (y no por eso menos significativo) te regalo este consejo que la vida me acaba de regalar. Ayuda a los demás. Tal vez te pase como a mí, al olvi-

darnos olvidamos al otro. Cuando nos encerramos en nuestros propios problemas perdemos de vista que en el mundo hay muchas personas que también la están pasando mal (muchas veces peor).

*Yo en lo personal no lo he visto como soledad porque mi estilo de vida no ha cambiado en casi nada, hasta me sirvió para tomarme un break de la chamba y pues ahora convivio más con mis viejitos. (Alejandro Sánchez)*

Nada nos coloca tanto en el presente como hacernos presentes en la vida de los demás. No tengas miedo en preguntar si hay algo que puedas hacer, si están bien, si necesitan ayuda. Hay quienes dicen que no se puede dar lo que no se tiene, y por sabio y verdadero que pueda ser este dicho (o sentencia breve, como diría Don Quijote), como seres creativos que somos, creo que podemos crear ese impulso por aportar en la vida de los demás. Participa en la vida, ayuda a ayudarte ayudando. Amigo, sol(dad)o en definitiva vivimos una época poco usual, una crisis como nunca antes se había visto (no porque sea singularmente singular, sino que simplemente este momento no se había dado nunca en la historia) y como todo momento de la vida, exige de nosotros todo nuestro ser, nuestra atención y nuestro amor.

Ya corren por ahí millones de letras, videos, ensayos, publicaciones y demás contenidos que dicen qué hacer, qué pensar, qué decir o qué sentir... Sé crítico, piensa y siente con co(razón). Descubre qué cosas has dejado olvidadas, en soledad, atrévete a vivir la experiencia inaudita de conocerte, de vivirte y de vivir al otro una vez que todo esto termine, incluso de una buena vez, que todo momento es bueno para sanar.

Estemos solos juntos  
quizá de esa forma  
remedemos la soledad.

Consejo oculto: gratitud. Ser agradecido es un regalo que no sólo se les puede dar a los otros, también a uno mismo, obsequio que nos trae al presente, al acontecer de la vida. Con todo mi afecto y cariño, agradezco a todas las personas que hicieron y hacen posibles estas letras que hoy te dono, solitario lector, con la esperanza de acompañarte en esta realidad y, con suerte, resanarla.

#### FUENTES CONSULTADAS

- Bucay Jorge, *Cuentos para pensar*, Océano, México, 2016.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso Don Quijote de la mancha parte*, Real Academia Española, Alfaguara, Madrid, 2016.
- Galeano, Eduardo, *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, México, 1993.
- Hiriart, Hugó, *El juego del arte*, Tusquets, México, 2015.
- Medellín Gómez, Ana Cristina, *Manual de danza y expresión corporal*, Edición de autor, México, 2015.
- Munari, Bruno, *¿Cómo nacen los objetos?*, 2ª ed., Gustavo Gili, México, 2016.

# MANUAL PARA EL ENCIERRO

EMMA DEL CARMEN MARTÍNEZ YANES

Segundo Lugar, Ensayo

Se presenta ante usted el Manual para el encierro número 2020, editado en la Ciudad de México, ideado y compuesto únicamente por las mejores mentes millenials de la famosísima editorial “ME QUEDO EN CASA”, entre cuyos textos más reconocidos se encuentran “YOGA EN LAS MAÑANAS” y “SON POBRES PORQUE QUIEREN”.

El presente Manual para el encierro número 2020 lo ayudará a usted, persona muy abierta, a meter en un cajón sus emociones, ansiedades, temores y demás para convertirse en un pionero de la productividad hogareña (no vaya a ser que alguien más lo opaque). Al guardar dichas sustancias tan nocivas, usted podrá llegar a un encierro eficaz y fructífero, el cual, le aseguramos, no se verá afectado por su amor propio o cuidado mental.

Por favor, siga las instrucciones al pie de la letra. No nos hacemos cargo de ningún daño ocasionado a la integridad física, mental y/o emocional del usuario.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Efectos secundarios: depresión, suicidio, baja autoestima, abstinencia sexual, disfunción eréctil, vómito, ansiedad, ataques de pánico y, en casos muy severos, la muerte. Si siente irritación en los ojos consulte de inmediato a un médico. Déjese fuera del alcance de los perros, gatos, o cualquier ser viviente sin mayor dignidad.

1. Camarón que se duerme no produce, camarón que no produce, se pudre: No intente dormir, dormir es para los que viven soñando. Usted, persona muy abierta, levántese de la cama y trabaje, trabaje, trabaje, trabaje, hasta que los ojos de dolor se adormezcan. El insomnio y los nervios altos son la clave para combatir la Covid-19.
2. El veneno más dañino es la estabilidad de la realidad: Ingiera más sustancias de lo habitual. Si lo que usted está buscando es un despertar creativo e intelectual, jamás lo encontrará dentro de esas cuatro paredes. ¡Abra usted su propio universo! ¡Qué importa lo que digan los psiquiatras! ¡Beba alcohol, fume marihuana, inhale cocaína! Habremos de encontrar en las drogas aquella dimensión que nos separa de la realidad.
3. El amor en tiempos de la Covid-19: Si usted tiene pareja (y desde lo más profundo de nuestros corazones esperamos que no sea así), evite la comunicación a toda costa. Aquellos que dicen que la comunicación es la base de toda relación humana, es porque aún no conocen el silencio. Además, si usted quiere ser productivo, una máquina de poder computacional, debe alejarse por completo de las emociones humanas: ¡Que muera la empatía! ¡Que muera la sensibilidad! El egocentrismo es la vitamina C de la última generación.
4. El corazón de la madre es la jaula del niño: Si usted tiene hijos (y desde lo más profundo, profundo, profundo, de nuestro corazón esperamos que no sea así), entreténgalos con cualquier

aparato de último modelo para cerrar sus bocas (puede consultar todos nuestros aparatos anti-molestias externas en nuestra página web: ([www.manualdelencierro/quehacer-sitengo-hijosynomedejantrabajar.com.mx](http://www.manualdelencierro/quehacer-sitengo-hijosynomedejantrabajar.com.mx)) y déjelos que solos acudan a sus emociones. Usted no tiene por qué hacerse cargo de nadie que no sea usted mismo.

5. Si quiere trabajadores creativos, no les dé tiempo para jugar: ¡No tenga tiempo libre! ¿Qué está haciendo? ¿Acaso quiere fracasar? Para ser el mejor y más productivo ser humano debe rellenar su cerebro de recalentado mental. Escucho bien: ¡Recalentado mental! Si usted desea divertirse, trabaje. Si desea llorar, trabaje más. Si desea dormir, trabaje el triple. Todos estos deseos no son más que estrategias impuestas por el gobierno (ahora reinado por el virus Covid-19 AKA Hugo López-Gatell) para que cuando usted tenga ocio y piense en sus emociones sea una presa más fácil.
6. RECUERDE: Las emociones son lo que hace al humano débil. Pregúntese ahora: ¿Es usted un humano débil? ¿Verdaderamente quiere tiempo libre?
7. La caja puede dejar de ser estúpida si sólo cambia de canal: Vea solamente televisión de paga. No caiga en falsas acusaciones: ¡El cine de arte es la herramienta del engaño! Si a usted se le ocurre pensar más de lo recomendado, olvidará trabajar. La televisión de paga (o programas pagados) le acreditan exactamente el tipo de idiotez que usted, persona muy abierta, necesita para cerrarse.

8. “Deja de pensar en la vida y resuélvete a vivirla”, Paulo Coelho: ¡Ni se le ocurra leer! La lectura es el mal que nos aleja de nuestras ocupaciones humanas. Si quiere leer y necesita ver letras a través de sus párpados, le recomendamos que solamente haga lecturas de AUTOAYUDA. Puede encontrar nuestros mejores libros de autoayuda en el siguiente enlace: [www.librosdeautoayudaparanocaerenlaliteratura.com](http://www.librosdeautoayudaparanocaerenlaliteratura.com). Si está muy desesperado, puede darse el gusto de leer a Paulo Coelho como una aportación extra a su vida en el encierro.
9. Escoba que no se gasta, casa que no se limpia: No limpie su hogar. Si usted teme que el virus invada su alma y su espacio, recuerde que éste enfurece con la limpieza. Si usted, persona muy abierta, deja que el virus tome conciencia de que usted es su aliado, no se le acercará. No lave platos, no limpie, no barra, mucho menos se le ocurra usar gel antibacterial. El bicho encuentra un hogar en los lugares empolvados y bien sabemos que un hogar no se destruye.

Si usted sigue estos pasos al pie de la letra, le garantizamos, no encontrará falla alguna en su nueva vida como encerrado. Y, quién sabe, quizá cuando todo esto termine, no quiera volver a salir.



# **IV. EL TIEMPO PASA DISTINTO**



## MI CIUDAD

JONATHAN MARTÍN ABREGO CAMACHO

Mención honorífica, Crónica

Mi ciudad con eterno insomnio, ¿qué te pasa que te encuentro tan callada? Tú que siempre estás contenta hoy no me dices nada, tú que siempre le sonríes al visitante hoy le volteas la cara, diciéndole quédate en tu casa. Mi ciudad, refugio del sabio y del perdido, del rico y del mendigo, del tranza y del amigo, hoy sólo tus calles son testigos de un obligado olvido. Acostumbrada estás al ruido, a la alegría de tus hijos que andan por tus entrañas, de San Cosme a Pantitlán, de Tacuba al Peñón, de Tepito a la Escandón, en el metro o en camión a patín o de aventón, escuchando una canción, platicando de fútbol o del kilo de limón. Mi ciudad, concubina del borracho, del poli corrupto, del muchacho, del galán o el que está gacho, del godín y el marracho, del paisano y del gabacho se ha quedado entre penumbras, vacía y triste vigilando.

Mi ciudad es la más buena, hoy está en cuarentena, y nos embriaga la pena, de mirar la luna llena, tan redonda y tan serena sólo a través de la ventana. Hoy como Poncio ella se lava las manos y les pide a sus hijos que lo hagan para volver a abrazarlos. Mi ciudad inquieta quiere volver a ver por sus inolvidables calles al poli mordelón, al cura santurrón, al junior compra-

dor, al vago fumador, al poeta soñador, al viejo jugador, al albañil albureador, al chavo fortachón, al mecánico jalador, al taxista valedor, al niño juguétón, pero todos sin infección.

Mi ciudad, mi querida ciudad, mi eterna ciudad, no te dejes vencer por la terrible enfermedad, tú que derrotaste al invasor extraño en la noche triste más feliz que tuviste, tú que te levantas con más fuerza cada vez que te sacude un terremoto, tú que soportas inundaciones y contaminación, sequías y corrupción, no te dejes vencer por la infección. Iza orgullosa tu bandera por los hospitales dónde luchan tus guerreros y guerreras modernos vestidos de blanco arriesgando la vida como los antiguos aztecas para calmar la sed de los dioses.

Mi ciudad, mi romántica ciudad, mi auténtica ciudad que vendes recuerdos y regalas amores, que ofreces pasiones y compras colchones o algo de fierro viejo que venda. Nuestro idilio no tendrá fin, pronto volveremos a reír, a escuchar juntos las sabrosas risas de los niños en un jardín, las notas melancólicas de una vieja canción que sale de un organillero un medio día rojo en la Alameda. Pronto volveremos a escuchar las voces graves de un mariachi tequilero en tu plaza Garibaldi un viernes sensual, pronto volveremos a encontrarnos en esa eterna trajinera en Xochimilco un domingo caluroso, pronto correremos juntos por tu inconmensurable bosque de Chapultepec. Pronto, pronto, pronto.

# EL TIEMPO EN PAUSA. UN ENSAYO SOBRE NUESTRA FORMA DE HABITAR EL TIEMPO EN LA PANDEMIA

XICOTÉNCATL SERVÍN  
Mención honorífica, Ensayo

*Entonces comprendíamos que nuestra separación tenía que durar y que no nos quedaba más remedio que reconciliarnos con el tiempo. Entonces aceptábamos nuestra condición de prisioneros, quedábamos reducidos a nuestro pasado, y si algunos tenían la tentación de vivir en el futuro, tenían que renunciar muy pronto, al menos, en la medida de lo posible, sufriendo finalmente las heridas que la imaginación inflige a los que se confían a ella.*

**ALBERT CAMUS, *La peste*.**

En medio de esta pandemia el tiempo parece retroceder, estar en pausa, ir más lento. No, no es el tiempo el que se ha hecho más espeso ni más duradero, somos nosotros los que nos hemos detenido. Como si toda esta situación fuera un filme de acción o tragedia, el mundo se ha detenido de su marcha normal, le hemos puesto pausa a este largometraje que nos tiene a todos

pendientes de su curso. Y es que, hoy ya no nos preocupa tanto el virus que ha iniciado la pandemia, hoy lo que nos preocupa es el tiempo.

Ante algunas semanas de aislamiento voluntario u obligatorio, uno de los principales cuestionamientos que hoy nos preocupa es, ¿cuánto durará todo esto?, ¿cuánto tiempo más de mi vida consumirá este indeseable virus?, ¿cuánto tiempo falta para regresar a la “normalidad”? El tiempo que hoy resulta ser el ápice de nuestra atención, parece demorarse más, parece que ha adquirido una duración diferente. Muchas personas han cambiado por completo su rutina diaria, los despertadores han dejado de sonar, la prisa hoy parece estar en pausa, detenida. Y tal como afirmaba Camus, “no nos queda más remedio que reconciliarnos con el tiempo”.<sup>1</sup>

La expresión de Camus sugiere la recuperación de un tiempo perdido, un tiempo al que le habíamos declarado la guerra, al que habíamos puesto en conflicto con nuestra propia vida. ¿Cuál es ese tiempo con el que, como nos sugiere Camus tenemos que reconciliarnos? ¿Cuál es aquel tiempo perdido que hoy, en momentos de pandemia vuelve a susurrar a nuestros oídos?

Aunque hoy nos parezca distinto, el tiempo sigue siendo el mismo, sin embargo, lo experimentamos como si fuera otro. En estos días, en los que hemos acotado el número de actividades y hemos desacelerado nuestro andar, casi sin pensarlo ni percibirlo, nos hemos enfrentado al estruendoso *silencio* y *quietud* de la vida. Dimensiones temporales que siempre habían estado ahí, pero se encontraban envueltas bajo la extenuante rapidez y el ruido agobiante de nuestras vidas. Lo que

<sup>1</sup> Albert Camus, *La peste*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2017, p.166.

experimentamos de una manera distinta no es el tiempo propiamente, sino el propio ritmo de nuestras vidas.

La pandemia nos ha llevado a un aislamiento del mundo en donde nos hemos encontrado con la percepción de la quietud, el reposo y la lentitud. La rapidez en la que estábamos inmersos nos había cejado de esta transitoriedad del tiempo, de esta duración temporal. ¿Cómo se enfrenta una sociedad de la *hiperactividad* a la quietud, el reposo y la lentitud que supone el aislamiento si no está acostumbrada a ello?, ¿cómo aparece este nuevo ritmo temporal en la percepción del tiempo de una sociedad acostumbrada a la prisa y lo momentáneo?

El brinco repentino de la *hipercinesia* al reposo ha contribuido al aumento de alteraciones mentales y emocionales en una sociedad que de por sí ya los padecía.<sup>2</sup> Patologías como ansiedad, insomnio, miedo y depresión hoy parecen surgir con mayor fuerza. Esto es así porque hemos brincado repentinamente de una percepción temporal a otra sin estar preparados para ello. Hemos pasado de la percepción de la aceleración a la quietud impuesta por una repentina pausa en nuestra vida, hemos pasado de una “falta de tiempo” a un “demasiado tiempo”. ¿No resulta paradójico que lo que antes provocaba estas patologías era la percepción de la aceleración de nuestra vida y hoy lo esté provocando la quietud y la lentitud del tiempo? Hoy habitamos la quietud, el reposo y el silencio sin haberlos cultivado. Simplemente llegaron repentinamente

<sup>2</sup> El término de *hipercinesia* hace referencia a la hiperactividad de nuestra sociedad. En psicología el término se refiere a una forma de inquietud psicomotriz que se expresa principalmente a través de cierta agitación o inquietud incontenible.

como consecuencia del virus. Hubiese sido totalmente distinto si nuestra sociedad estuviera acostumbrada a experimentar estas esferas temporales.

Las formas más sutiles de existencia tienen que aprenderse a cultivar, conllevan tiempo. De este modo, la quietud y el aislamiento que nos fueron impuestos por el virus y que llegaron repentinamente se transforman en algo totalmente opuesto, se experimentan como una forma de coacción. Revocan nuestra antigua percepción del tiempo y nos hacen experimentar un tiempo distinto al cual no estábamos acostumbrados. Esta pausa que hoy todos experimentamos ha puesto en manifiesto lo sometidos que estábamos ante los imperativos de una sociedad del rendimiento,<sup>3</sup> bajo las normas de la productividad y el consumo, ante el derroche de nuestra vida a manos de un tiempo sin significación ni sentido.

Es verdad que nuestra percepción temporal ha cambiado, por lo menos momentáneamente, pero esto se debe también a que le hemos prestado mayor atención al discurrir de nuestra vida a través del tiempo. Hemos puesto mayor atención al desenvolvimiento de este en tanto experiencia subjetiva y no ya en referencia a las actividades del trabajo y la vida hiperactiva que no consumía. El “vivir pausado” que la pandemia nos ha impuesto, nos coloca en la incertidumbre del tiempo, aunque sabemos que todo tendrá que recuperar su curso natural hoy nos sentimos brevemente en pausa sin saber realmente cómo actuar ante esta duración temporal, ante las circunstancias de estar en

<sup>3</sup> Para entender más a fondo este concepto, son interesantes las reflexiones que hace el filósofo surcoreano Byung-Chul Han. Cf. Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2017.

cerrados con nosotros mismos sin huir al tiempo vacío y fugaz de nuestros aparatos digitales.

La vorágine del mundo digital en nuestra vida nos ha atado a un tiempo carente de significación. Los aparatos digitales han capturado gran parte de nuestro tiempo, entregándonos en gran medida a un tiempo fugaz. “Matar el tiempo” es una expresión que nos condena a nosotros mismos; quien quiere “matar el tiempo” en realidad se está condenando a sí mismo, pues el tiempo no está en ninguna realidad externa, el tiempo deviene en nosotros mismos, lo vivimos.

Estar frente a una pantalla compulsivamente no presupone ningún habitar el tiempo, sino una huida fugaz de la soledad, brincar el aburrimiento.<sup>4</sup> La enajenación de las series, la fugacidad de las redes sociales y el torrente masivo de información nos alejan aún más de nuestro propio tiempo, más bien contribuyen a aumentar la incertidumbre y el miedo debido al exceso de información y la enorme cantidad de noticias falsas.

Hoy tenemos más tiempo para pensar en nosotros, pero por complicado que parezca este “demasiado tiempo” nos arroja a fantasmas temporales. Nos vuelca sobre el pasado y nos transporta hacia el futuro. Por eso surgen con mayor fuerza patologías mentales y colapsos emocionales sumadas al hecho mismo del encierro. La depresión está relacionada íntimamente con el pasado, con todo aquello que fue, con todo aquello que pude haber hecho y no hice. La ansiedad por el contrario está íntimamente relacionada con el

<sup>4</sup> El aburrimiento ha sido catalogado por diversos pensadores como un estado de ánimo capaz de abrir la posibilidad para una actividad reflexiva y creativa. Prácticamente hoy nos aterra aburrirnos, no permitimos explorar esta dimensión del tiempo sin huir de prisa a las múltiples distracciones que hoy tenemos a la mano.

futuro, con todas las proyecciones, deseos y anhelos por lo que vendrá. No nos alojamos nunca en el momento presente, en lo que está ocurriendo aquí y ahora. Vivir en el futuro en un contexto de aislamiento nos condena, como afirmaría Camus, a soportar las heridas que la imaginación inflige.

Es entendible que este suceso nos lleve a pensar en lo que vendrá después de la pandemia, en cómo nos recuperaremos de todo esto, en cómo saldremos de esta crisis. Pero si quedamos prisioneros de estos pensamientos, quedamos condenados a un presente lleno de miedo y ansiedades, lleno de angustia y desdicha. Experimentar la quietud y el reposo del tiempo supone saber habitar el presente, ser conscientes de su transcurrir sin quedar prisioneros del pasado ni del futuro.

No hay crisis o tragedia que nos exima de enfrentarnos directamente con nuestra verdad primordial: la experiencia del acaecimiento repentino de la muerte. La cual se reduce también a una cuestión temporal. Nos aterra pensar que la muerte nos llegue a *destiempo*. Todos imaginamos o por lo menos deseamos una muerte tranquila, serena, *a tiempo*. Llegada nuestra vejez es que nos sentimos preparados para morir, ¿esto es en realidad así? ¿Estamos alguna vez preparados para morir? Si nunca nos preocupamos por tener una vida tranquila, serena, a tiempo, ¿cómo podríamos tener una muerte consciente, tranquila y serena?

La pausa que nos ha traído esta pandemia puede ser un momento perfecto para recuperar aquella noción del tiempo perdida, para aprender a cultivar el silencio y la quietud en nuestras vidas. Lo que está ocurriendo en estos momentos nos afecta a todos de distintas maneras, no sólo a un nivel individual, sino que las verdaderas repercusiones sociales serán vistas a largo plazo. Sin

embargo, la mejor manera de prepararnos para el futuro es ocuparnos del presente. Tenemos que prepararnos para lo que vendrá, pero debemos hacerlo desde la consciencia de nuestro presente porque es aquí en donde reside únicamente la existencia. Debemos ser conscientes de que el acontecimiento de la vida se encuentra únicamente en el instante en el que estamos viviendo, es en el aquí y ahora en donde reside nuestra realidad.

El virus llegó sigilosamente y se expande a través de lo más sutil de los humanos: nuestro afecto. Nunca nos habíamos hecho tan conscientes de lo necesario y vital de nuestro contacto con los otros. Pero el distanciamiento al que nos ha obligado el virus puede suponer también una forma de cercanía. La distancia del otro y de lo otro, supone también una cercanía a nosotros mismos, un momento oportuno para regresar a ese lugar abandonado, para regresar a nuestro único y verdadero refugio: nuestro propio interior.

Quizás esta pausa nos lleve a comprender lo importante que resulta aprender a cultivar el silencio, la quietud, volver a nosotros mismos. Reconciliarse con el tiempo —como sugiere Camus— significa reconciliarse con la experiencia del tiempo en la que se hace posible experimentarse así mismo, escucharse y sentirse, y que involucra necesariamente volver al momento presente. Significa volver a cultivar las formas primigenias de nuestro tiempo, reencontrar el vaivén natural de nuestro devenir. El encuentro con este tiempo significa en un sentido más profundo reconciliarse consigo mismo, con su presente, su pasado y su futuro. Reconciliarse con los fantasmas que desbordan en ocasiones nuestra vida.

Reconciliarse con el tiempo, finalmente, supone reconciliarnos con la actualidad, con todo lo que está

pasando, con las circunstancias de nuestro presente. Aceptar el hecho de que este virus nos ha devuelto un tiempo perdido, una percepción del tiempo consumida por nuestra actual forma de vida *hiperactiva*. El virus nos ha devuelto la percepción de quietud, de serenidad, de silencio.

Tales hechos debieran hacernos reflexionar a fondo y adquirir consciencia plena de los desequilibrios y cambios que estamos ocasionando en la naturaleza, de lo interconectados que estamos con nuestro planeta y con las distintas formas de vida y que, su bienestar supone también el nuestro. De la fragilidad de nuestros sistemas políticos y económicos ante crisis como ésta. Es momento para pensar que, si queremos sobrevivir a los cambios repentinos y caudalosos de la naturaleza, tenemos que empezar a reflexionar sobre una verdadera solidaridad global, sobre nuestra cooperación como especie y sobre nuestra responsabilidad y compromiso con nuestro planeta y todos sus habitantes. Pues quizá la única forma de estar preparados para un futuro incierto sea reconciliarnos con el tiempo, aprender a estar en silencio, escucharnos, sentirnos y al mismo tiempo, sentir al otro.

## FUENTES CONSULTADAS

- Camus, Albert, *La peste en Obras maestras: Albert Camus*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2017.
- Han, Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2017.
- , *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder, Barcelona, 2015.

## DE DICIEMBRE A LA FECHA

KARLA CRUZ TORRES

Obra seleccionada, Crónica

Las memorias me parecen ahora tan lejanas, unas veces me parecen una fantasía, otras los despojos de un sueño. El tiempo se me ha ido de entre las manos, implacable, imperioso, infatigable. Apenas era diciembre. Recuerdo aún sus mañanas frías y calladas, los dedos temblorosos y los pies adormilados, una salpicada de agua fría por las mañanas era más que suficiente para abrir los ojos.

En verdad me parece un sueño distante, unas cuantas palabras en la radio que parecían describir ficciones, notas aisladas en los noticieros que parecían sacadas de una novela, recuentos de muertes que parecían noticias falsas, en diversos medios se hablaba ya de un brote de coronavirus en la distante China. Incluso hacíamos bromas entre compañeros de la oficina en la cena de año nuevo “Y el murciélagos, ¿a qué hora lo sirven?” o “Ni que fuéramos chinos, ¡pendejo!”. Todos reíamos, disfrutábamos la cena y compartíamos nuestros mejores memes sobre el coronavirus. Iniciado 2020, los meses avanzaron vertiginosamente y, a escasos días de junio, se siente se han ido en un parpadeo.

Durante todo enero, Julia no reparó en vocear la información más relevante sobre el coronavirus en el

mundo, se mantuvo fiel a su compromiso de mantenernos informados aún contra nuestra voluntad. Pero, quién podría culparla, debíamos estar enterados. Después de todo, la oficina corporativa se encontraba en China, y en los correos se nos notificaba del progresivo proceso de aislamiento por el que debían pasar nuestros colegas en el este asiático.

Por momentos el fantasma de la inicialmente llamada *gripe porcina* de 2009 rondaba. Supongo que la mayoría aún lo sentía así. Yo era entonces una adolescente, recuerdo que se cancelaron las clases de secundaria y las medidas a nuestro retorno parecían un tanto exageradas. Pero lo cierto es que uno alcanza a vislumbrar el caos que se avecina hasta que pasa. Seguramente no fui la única que se imaginaba que esto sería de nuevo como el 2009, unas cuantas semanas y luego a regresar a la normalidad.

Cuando empezaron a incrementarse las cifras de infectados y muertos en otras regiones fuera de Asia, la situación parecía un tanto más grave. Los privilegiados que iríamos a Panamá la primera semana de febrero, ya no nos sentíamos tan privilegiados; esa barrera invisible que uno se crea para mantener el peligro alejado se sentía cada vez más endeble, al menos yo así lo sentía, no era la única.

Lo platiqué varias veces con Fernanda en nuestra hora de comida, la creciente preocupación y la de nuestras familias ante el riesgo del contagio en el aeropuerto. Yo en realidad nunca había estado en uno, mi entusiasmo era más fuerte que el miedo, pero Fernanda insistía en que debíamos cancelarlo, negarnos a asistir, al menos comprar cubrebocas y de ser posible ir en traje aislante. Quizá su miedo venía de las llamadas diarias que le hacía su madre desde Francia para

decirle que no fuera al viaje, o quizá su hermana, estudiante de medicina en España, le había confiado algo que yo ignoraba.

Al final, con temores e incertidumbres compartidas, el viaje se llevó a cabo tal como estaba programado. Me había preparado para un escenario un tanto más dramático, pero la verdad, en los aeropuertos, sólo unas cuantas personas llevaban cubrebocas. Durante el abordaje muchas personas miraban con desconfianza a quienes denotaban algún rasgo asiático, no he de negar que yo también mostraba cierto recelo.

Verónica y yo lo contamos después como una anécdota de *sobreviviente*, pero cuando por unos minutos nos quedamos atascadas en la zona de bebidas junto a los sanitarios, tratábamos de mantenernos lo más alejadas posible de una mujer asiática que quedó varada junto a nosotras. No sé si fue mi imaginación, pero parecía que Verónica contenía la respiración, lo del traje aislante parecía entonces una magnífica idea. Recordé una escena de la última película de zombis que miré y así empezaba, me reí histérica conmigo misma.

Nadie lo decía en voz alta, pero se temía que la dueña de la empresa y su esposo, ambos residentes en Hong Kong, pudieran estar contagiados y a su vez contagiar a los miembros de las cinco oficinas latinoamericanas reunidas. Ellos eran los convocantes, quién podría negarse a estrechar sus manos, rehuir de un abrazo si la actividad lo ameritaba, sentarse en su misma mesa si era requerido. Tras retornar al país y mantenernos en vilo durante los 14 días siguientes, respiramos aliviados de no habernos contagiado, aún con los abrazos fraternales, con las convivencias matutinas y nocturnas, con las noches de fiesta y las actividades compartidas, no sucedió.

Cuando alguien estornudaba dentro de la oficina se gritaba en coro “coronavirus”, una suerte de conjuro para que al bromear se mantuviera alejada la enfermedad. Recordar el rostro de la jefa cada que alguien mencionaba el tema del coronavirus y los muertos en China lo hacía sentir más real, la preocupación de su mirada, la forma en que se acariciaba las manos, saber que ya había contagios registrados en Estados Unidos y en Brasil, eso nos confirmaba su existencia. Incluso los escépticos ya dudaban.

A finales de febrero se anunciaba en México el primer contagio, al poco tiempo casos reportados en el Estado de México. Coronavirus era el tema de las mañanas, del mediodía y de las tardes, entre líneas podía escucharse el eco de un “estamos jodidos”, que nadie pronunciaba, aún hacíamos bromas, aún reíamos, pero cada uno ya se preocupaba a su manera.

Me rehusaba a saludar de beso en la oficina, no faltaba quien se ofendía. Incluso procuraba la distancia con los jefes que habían realizado un viaje a Monterrey a mediados de febrero. Si desde ese momento hubieran presentado a *Susana Distancia*, tal vez no me habrían tachado de exagerada, pero en realidad eso ya no importa.

Lo que para mí significó *home office* en marzo, luego de declarada la pandemia mundial y la segunda fase en México, para otros significó despidos, cese de sus actividades y temor. No se me borra la tristeza en la cara de doña Rita cuando supo que dejaríamos de asistir a la oficina. “Sí, ustedes pueden trabajar desde casa, pero yo sin trabajo ¿qué voy a hacer?”, nos reclamaba angustiada cuando nos mostrábamos felices de poder aislarnos.

La verdad ninguno pensaba en la señora de la lim-

pieza cuando exclamábamos jubilosamente que nos mandaran a trabajar desde nuestras casas, en algunos casos más por pereza que por preocupación al contagio. Su miedo era totalmente fundado, cómo haría ella para ganarse la vida y poder comprar alimentos que al menos nosotros nos garantizábamos con nuestras quincenas, ni asegurada está la pobre, a ella le pagan por semana. Trabajar para recibir un pago, eso es lo indispensable para ella.

Me sentí un tanto más aliviada cuando la vi el 13 de abril, última vez que fui a la oficina por la caja de cubrebocas que nos obsequió la empresa y un monitor que necesitaba. Supe que ayudaba en una tienda de conveniencia que está en la parte baja del edificio, una de esas tiendas que nunca cierran. Ella sigue expuesta al contagio, pero de no trabajar quién se responsabilizaría de ella. Ese día le di unos cuantos pesos que llevaba encima y luego pensé que pude haberle regalado también unos cubrebocas; yo tendría menos necesidad de salir y ella los necesitaría todos los días. Poco vale lamentarme, un dejo de egoísmo me aborda cuando pienso que en realidad nada de esto es mi culpa.

Del mes de abril recuerdo muy poco. Algunas veces me invade la locura y me siento a punto de perder la cabeza. En las horas de trabajo trato de mantenerme enfocada. A veces parece que las paredes se estrechan y que el aire se acaba, pero responder correos, hacer llamadas y mantenerse en contacto con los compañeros de la oficina ayuda a no pensar tanto.

Durante las tardes trato de plasmar el caos de mi cabeza en letras, intento dibujar, mirar una serie o dedicarme a alguno de mis tantos *hobbies*, pero cada día cuesta trabajo sentir que ayuda en algo quedarse

en casa, sobre todo cuando hay niños jugando en la calle, grupos de jóvenes tomando en la esquina, transeúntes por doquier, es como si mi ventana sólo fuera una pantalla por la que veo pasar la vida.

Me he cuestionado mucho últimamente el haberme ido a vivir sola. me he planteado la posibilidad de regresar con mis padres, al menos en lo que dura la contingencia, pero sería un tanto injusto. ¿Qué tal si soy uno de esos casos asintomáticos y sin querer porto el virus y los contagio?

Mi padre ha tenido antes problemas respiratorios, dolores en el pecho y dificultad para respirar. No sería capaz de ponerlo en riesgo. Mi madre con sus múltiples males también podría estar propensa. Ni qué decir de mi hermano, aunque él se enferma poco, me preocupa que su sistema inmune no estuviera preparado para resistir semejante enfermedad. Por ahora me he de conformar apoyándoles con un poco de dinero. Prefiero que sea así, aunque ellos maldicen que se estén restringiendo los tianguis donde venden. Yo agradezco que aún no puedan salir. Sé que aún corren riesgo cuando sale alguno de ellos a comprar alimentos, pero al menos me tranquilizo pensando que están un tanto más seguros, que no deben preocuparse por temas de dinero, que podré verlos una vez que todo esto termine, podré abrazarlos. Eso espero.

## NUEVA CRISIS, NUEVOS MIEDOS: UNA LECTURA DE “LOS NUEVOS MIEDOS” DE MARC AUGÉ, EN TIEMPOS DE COVID-19

CARLA GIOVANNA RUIZ JUÁREZ  
Mención honorífica, Ensayo

El antropólogo francés Marc Augé declara que “ahora más que nunca, el mundo tiene miedo”<sup>1</sup> y esa cita toma un significado especial en el contexto por el que estamos atravesando: una pandemia de tal escala que el mundo no había visto en al menos un siglo, después de todo, y según palabras del mismo autor, “el miedo es contagioso”.<sup>2</sup>

Usando la premisa anterior, esta reflexión retoma la obra de Augé de 2015, titulada *Los nuevos miedos*, que expone las formas que toman los miedos sociales contemporáneos, así también se presenta en el libro una certera, pero aterradora visión del futuro del mundo en crisis. Así, podemos establecer que este texto pretende dar forma y sentido de los cambios por los estamos pasando, pues en verdad el futuro, según Augé, ya nos alcanzó, así también se pretende analizar cómo esta ocasión extraordinaria representa una esperanza para transformar nuestra realidad social. Empecemos pues, como un primer paso, por observar nuestro entorno inmediato.

El miedo contemporáneo está plagado de nuevos

<sup>1</sup> Marc Augé, *Los nuevos miedos*, Paidós, México, 2015.

<sup>2</sup> *Ibid.*

fantasmas. Estos fantasmas son las sombras de nuestras antiguas instituciones, creencias y formas de organización. Tales espectros recorren el mundo entero, llenándonos de incertidumbre, pesar ante la idea del presente/futuro. Éstos son los Nuevos Miedos, que dan paso a males modernos crónicos, como el estrés, la ansiedad y la depresión. Estamos presenciando una realidad en donde nuestras antiguas formas de integrarnos como sociedad, y adquirir sentido como individuos se desintegran dejándonos a la merced de la incertidumbre del futuro.

Los nuevos miedos llegan hasta nosotros todos de golpe, acechándonos desde las pantallas móviles o tal vez fijas, pero siempre como miradas omnipresentes en el transcurso de nuestras vidas, presentando cada día incontables casos, tantos nuevos horrores de la pandemia que se acumulan, se multiplican, hasta que las cosas más simples pierden el sentido.

Para poder hacer sentido de este aparente sinsentido se puede comenzar por mirar algunos de los fenómenos que surgen, y establecer un cierto hilo conductor en algunas de las historias que se observan: la falta de empatía. Ésta es una constante entre los relatos de la pandemia que alimentan nuestros fantasmas, nuestros miedos. Es así, que contando con este hilo conductor de la trama de nuestros males crónicos podemos centrar la mirada en uno de los horrores específicos que Augé identificó en su obra: El miedo al otro, a la exclusión. Pero, ¿cómo es que surge este nuevo miedo?

Se puede comenzar por analizar la estratificación social durante la era de los Nuevos Miedos que, según Augé, divide a la comunidad global en tres clases:

- La oligarquía. El segmento con el mayor poder adquisitivo, equivalente en otro marco a la burguesía o a la clase alta.
- Los consumidores. Que representa a las clases medias, a las poblaciones objetivo de los aparatos publicitarios
- Los excluidos del sistema. Se definen por lo que no tienen, por su aparente incapacidad para ser consumidores (o productores) activos. En una organización en la que el consumo es el motor, los no consumidores son empujados a los márgenes.

Sin embargo, en tiempos de crisis como éste, la distinción entre el estrato de consumidores el de los individuos excluidos es más y más delgada, en ocasiones fluida. El miedo de pasar —ser parte— a estar afuera, de ir y venir, es un fantasma que pesa en la vida de los individuos, sin importar su lugar en el estrato, pues se está consciente que es una batalla constante que así se gana o se pierde: el futuro sólo ofrece incertidumbre, sobre todo para los sujetos que, a causa de la contingencia, han sufrido la pérdida súbita de la habilidad para producir y consumir, una especie de retiro obligado. El individuo, ante este horror deshumanizante de convertirse en un otro, un excluido emprende una lucha brutal para resistirse, en ocasiones tomando decisiones que se oponen al bienestar común, e incluso al bienestar individual, un comportamiento antisocial, así llamado por las ciencias de la conducta: tales son las consecuencias de un sistema que se alimenta de la desigualdad.

Así, podemos ver que nuestros miedos se intercalan, se potencian, reproduciendo las jerarquías sociales,

reproduciendo el modelo de exclusión. Pero, ¿cómo podemos avanzar, superar este modelo?

Pues, volviendo a la propuesta de Augé, éste nos ofrece pautas para la restauración de los vínculos y es en estos tiempos de pandemia que se presenta una brillante oportunidad para tal rescate. El libro habla del hecho de que sólo un escenario de corte cuasiapocalíptico, de escala global, superará lo que el autor llama “El régimen de los miedos: El terror o el pánico de uno es un simple motivo de preocupación para los otros”.<sup>3</sup>

También habrá que agregar que las herramientas tecnológicas que tenemos a nuestra disposición nos pueden permitir conectar con los sentires y vivires ajenos como jamás se hubiera sido pensado. De esta manera, únicamente en el contexto en donde uno pueda asumir los miedos del otro como suyos, a manera masiva, se podrá comenzar a ver al prójimo no como un otro, un excluido, sino como un igual y podrá crearse un ambiente propicio para la solidaridad y la colaboración.

Así, este panorama, por más oscuro y difícil que parezca, nos ofrece la oportunidad, ahora más que nunca de “reconstruir lo simbólico”,<sup>4</sup> reconstituir los vínculos que nos unen, repensar la forma en la que nos organizamos como sociedad. Citando a Augé: “(la historia) si no conseguimos vivirla todos juntos, si excluimos de ella a una parte de la humanidad, no podremos dominarla, y nos hundiremos en la violencia junto a aquellos a los que habremos excluido”.<sup>5</sup>

La meta, por sacarino que parezca, es forjar un

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Ibid.*

futuro en común, sentirnos parte, sin excluir, sin deshumanizar, en la que encontremos nuevas formas de estar cerca. Al final, la historia ya la estamos viviendo todos.

## FUENTES CONSULTADAS

Augé, M. (2015). *Los nuevos miedos*. Ciudad de México: Paidós.

## ENCUENTRO Y RETORNO

BLADIMIR TAPIA NERI

Primer lugar, Poesía.

I

Salir a la calle,  
Calle honda,  
Indeleble calle,  
Líneas que se curvan,  
Calle visceral,  
Donde cruzan los sueños,  
De albores tristes  
Y tardes remotas,  
Llena de voces,  
De ángeles geriátricos  
Que piden auxilio.

II

Salir a desempacar la sombra,  
A deambular el hambre,  
Andar sin frac, con el alma a tientas  
Reconociendo el laberinto.  
Todo vibra en silencio;

Como las moscas olfateando el manso testuz,  
O la metrópolis de hormigas obreras,  
Se oye el céfiro cantar de la marea

Y no hay huellas relamiéndose en las olas.  
No pugna la primavera su estacional,  
No revientan los geranios,

No despunta la esperanza de agua lúbrica. Se fueron  
sin decir adiós;  
Puerto abandonado, puerto de pérgolas  
Y almendros ágrios,  
Puerto astillado por la sequía.

### III

Se oye entre murmullos,  
“saldremos del vado”  
Se respira el viento del mañana,  
Volverán aquellos días  
De furor y dicha,

Regresaran en parvada los que se fueron a  
Empollar la riqueza,  
En la plaza colonial redoblaran las campanas,  
Se escuchará entre murmullos extranjeros:  
*“this is life, we return to paradise”*

# PRODUCCIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO Y COMUNITARIO EN EL CONTEXTO DE LAS AFECTACIONES CRÍTICAS. UN EJERCICIO COLABORATIVO

AGUAZAL PRODUCCIONES  
(VALERIA CABALLERO Y HELENA BRAUNSTAJN)  
Mención honorífica, Ensayo

Desde el aislamiento obligado en el mes de marzo de 2020, se produjo una inflexión en las prácticas que hemos estado realizando como Aguazal Producciones en el campo comunitario de arte y cultura; nuestro trabajo se ha puesto en crisis.<sup>1</sup> Distanciamiento social, clausura de actividades en el espacio público, restric-

<sup>1</sup> En Aguazal Producciones nos hemos dedicado a realizar proyectos y acciones que adquieren sentido a partir del desarrollo de vínculos con distintas comunidades, entendiéndolas como un ente vivo que se transforma y genera sus propias dinámicas. En su mayoría, nuestros proyectos se dan en un entorno analógico *off-line*, es decir, los realizamos cuerpo a cuerpo. Su objetivo, con tonalidades, matices y contenidos específicos, es el intercambio de experiencias, técnicas, percepciones y saberes dentro de procesos creativos colaborativos: experimentar el proceso creativo en colectividad. Actualmente estamos profundizando en el ámbito de la diversidad de capacidades (discapacidades, como normalmente se denominan). Nos distanciamos de la retórica de la inclusión y la integración, porque sabemos que todas y todos contamos con esquemas de percepción diferentes y entendemos que las personas con “discapacidad” son quienes muy a menudo nos incluyen en su mundo y nos enseñan a experimentarlo con otras sensibilidades, intuiciones y potencialidades, que pueden transformar nuestras relaciones individuales, colectivas e incluso materiales. (Las fotos de este texto son de Aguazal Producciones. Más información en: <[www.aguazal.com](http://www.aguazal.com)>.)



ciones de interacción directa entre las personas, reubicación y escasez en las oportunidades laborales, amenaza de un colapso económico a nivel global y, sobre todo en términos individuales, miedo de compartir con el otro y la otra, miedo al contagio.

Es lógico pensar que se seguirán haciendo y diversificando los mecanismos de inmunización, tanto al nivel local como global, con la proliferación y fortalecimiento de los límites y las fronteras individuales, territoriales, nacionales cada vez menos permeables. Queda preguntar: ¿qué pasará con el espacio público, ya de por sí cada vez más privatizado? ¿Qué pasará con las relaciones en su multiplicidad de manifestaciones colectivas, comunitarias y sociales? Si bien, no se pueden evitar los distintos niveles de inmunización y métodos de barrera, consideramos que es de vital importancia seguir alimentando los mecanismos comunitarios, las prácticas de solidaridad y las producciones colectivas en las que un lenguaje posible reinvente el tacto y el intercambio afectivo.

El proceso de la globalización acelerada está perdiendo el piso y todo indica, sin afán de ser adivinas apocalípticas (¡tantas adivinaciones, tantas predicciones para el futuro!), que tendremos que trabajar desde un enfoque situado en nuestros ámbitos locales, recrear y fortalecer nuestros vínculos cercanos y resignificar los espacios de colaboración y cuidado, a pesar de las dificultades que esos tiempos nos imponen.

En este sentido, nos situamos en la incertidumbre, sin espejismos y promesas engañosas de un futuro mejor, sabiendo que dar cabida a la incertidumbre nos hará más fuertes y sensibles para enfrentar el desasosiego sobre lo que sigue. Y que la crisis en la que están actualmente inmersos los trabajos colaborativos, particularmente nuestro trabajo basado en el “cuerpo a cuerpo”, nos demanda una creatividad y una proximidad con mayor calidad y calidez.

Desde las actuales interacciones interpersonales mediadas por la tecnología y en relación con el trabajo que desarrollamos, surgen más preguntas: ¿cómo establecemos un vínculo en la dimensión virtual, *online*, en la pantalla? ¿Se les puede llamar vínculos? ¿Cómo son las afectividades que se desarrollan en estos entornos? ¿De qué manera podemos seguir generando prácticas continuas que atraviesen las pantallas y que adquieran sentido comunitario?

Siguiendo con este discurrir de la reflexión, desde las contingencias y crisis del espacio público y comunitario, en este escrito (sin poder liberarnos de las pantallas) proponemos un ejercicio de escritura colectiva que entrelaza diversas reflexiones sobre la importancia del contacto y la interacción física con el propósito de crear un espacio público textual.

Nosotras impulsamos este ejercicio lanzando la



pregunta: “En un par de frases, lo primero que se te ocurre: ¿por qué es importante para ti el contacto físico y la proximidad con otro cuerpo, otra persona?”. Convocamos a varias personas de diferentes profesiones a contestar, nos remitimos a algunos autores con reflexiones relevantes para el tema, y el espacio empezó a configurar un con-texto. Su carácter fragmentario, el ir y venir de las ideas de las y los participantes, abre distintos campos respecto a la pregunta detonante. Es sólo el inicio, esperamos que el ejercicio tome fuerza y se integren más contribuciones.

*Patricia Aguilar, psicoanalista:* “La proximidad es fundamental porque es a través de la voz, la presencia con la mirada, el olor y el tacto, que el homínido se humaniza. Ese trazo que deja huella en el cuerpo, a

través de la voz y del tacto, así como la estructura que le da el lenguaje, subjetivan. Pero, además, la mirada de la presencia y la estructura del lenguaje que la interpreta y la muestra, es la que moldea los contornos, que desencadena producciones de la química en el espesor corporal. Todo ello sólo por el estado de incompletud e inconclusión con la que el ser humano nace y que lo coloca en una posición de demanda o de ser demandado de amor con respecto de los otros. Esto inaugura el lazo social. Ese lazo que como acontecimiento e historia de una vida, inaugura también el deseo y, ¿qué es el deseo ese que impulsa la vida sino la necesidad de repetir esa vivencia de ser colmado por el otro? Necesidad destinada al fracaso en tanto es el motor del deseo imposible de colmar para garantizar su existencia. El otro siempre está imaginado, pensado, anhelado. Cuando se dice ‘presencia’ se refiere a la necesidad, de la extraordinaria capacidad que tienen los sujetos con sus cuerpos de generar un vaivén que los vivifique”.

Para este pensar sobre lo que inaugura el lazo social, es inevitable remitirnos a lo que Roberto Esposito entiende como antónimos: comunidad-inmunidad, que en términos estrictos, no pueden excluirse del todo, pero guardan una relación tensa de negación mutua. Su rastreo etimológico arroja que en *immunitas* hay un refugiarse en un único sí mismo, sin capacidad ni voluntad de extenderse a su afuera; hace referencia a lo propio. Mientras, *communitas* se refiere a lo común, es “un circuito de donación recíproca”, el don de sí por la falta, la grieta, el trauma (miedo, muerte), lo que nos mantiene juntos, lo que cohesiona la comunidad. Las palabras de Esposito se pueden leer hoy con una vigencia escalofriante:

No creo que el espíritu de los tiempos sea el cierre del pensamiento de la comunidad. Por el contrario, pienso que nunca como hoy se requiere una reactivación del mismo. ¿Qué otra cosa significan, de qué otra cosa hablan sino de la cuestión de comunidad, de su ausencia, pero también de su exigencia, esos cuerpos, esos rostros, las miradas de millones de hambrientos, de deportados, de refugiados, cuyas imágenes, desnudas y terribles, se deslizan por nuestras pantallas televisivas desde todos los rincones del mundo? ¿Y no es todavía la comunidad —la relación, nuestro *cum*, nosotros como *cum*— aquello que reclama todo nacimiento y todo encuentro, incluso el más anónimo, el más cotidiano, el más aparentemente trivial?<sup>2</sup>

*Héctor Guerrero, fotógrafo:* “Quizá porque al mantener contacto físico con otra persona, podemos escapar un poco de nosotros mismos y automáticamente comenzamos a compartir. Compartir tiempo, compartir ideas, una mirada, lo que sea. Y eso le da mucho sentido a la vida humana”.

El encuentro cuerpo a cuerpo genera un espacio de intimidad, como le ha llamado Luhmann, que a su vez implica una inevitable incomunicabilidad (imposibilidad de intercambio de información).<sup>3</sup> Ahí se vive la experiencia que se comparte corporal, sensorial y emocionalmente que no se puede transformar en mera información. Este espacio de intimidad no se opone al espacio público; no es un espacio privado (concepto

<sup>2</sup> Roberto Esposito, *Comunidad, inmunidad, biopolítica*, Herder, Barcelona, 2008, p. 88.

<sup>3</sup> Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, Anthropos, Barcelona, 1998, pp. 213-216.

neoliberal que implica una supuesta propiedad privada en el ámbito de la subjetividad); el espacio de intimidad es lo que produce el espacio público y viceversa; no hay dualismo ni antagonismo alguno entre ellos. El espacio público está hecho de los espacios íntimos, experiencias compartidas incommunicables que se rozan en el transporte público, que se afectan en los intercambios cotidianos de “Hola, ¿cómo estás?”; en donde el contacto físico siempre (no sólo ahora) es un principio de incertidumbre. Incertidumbre repleta de todas las posibilidades. Justo en este punto es donde los procesos creativos en colectividad y corporalidad cobran relevancia por ser esa experiencia que ha roto sus propios límites individuales, aunque sea en la incomunicabilidad. Regresando a las tecnologías y dicho lo anterior, la pregunta sobre si se puede reducir un cuerpo a mera información (por ejemplo, una imagen en la pantalla): hay una parte significativa de experiencia vital-corporal que se pierde con tal reducción.

*Ambar Luna, coreógrafa:* “Para mí el tacto es un reconocimiento de existencia. Existo y hago que existan lxs otrxs porque tenemos un cuerpo que siente. Tocar y ser tocada por otra persona es un acto de confianza e intimidad, así sea efímera (como cuando bailo con un/a desconocidx). Es a través de mi piel que descubro el mundo”.

*Zaira Espíritu, antropóloga:* “La piel, el cuerpo que ésta reviste, es la frontera entre el nosotros y los otros. De la piel hacia afuera no podemos controlar, sólo podemos —desde nuestro cuerpo— interpretar, sentir, resistir o transformar lo que en nosotros deja y provoca el contacto con el mundo. La proximidad con otros

cuerpos nos permite construir un imaginario del propio; así como nos enseña, pero afortunadamente también nos lleva a desaprender y recrear, nuestra corporalidad hecha no sólo de carne, sino de memorias, de afectos, de toques, e incluso de historias familiares y culturales. El vínculo con otros cuerpos nos permite explorar el amor, el placer, el dolor, el límite, la transformación y la reconstrucción. Ante la soledad y falta de contacto con otros, la noción de lo corpóreo tiende a alimentarse desde lo mental, estos momentos están cargados de una introspección que nos nutre; pero el hambre, el sueño, el placer de un sabor sobre nuestra lengua, el recuerdo de un contacto que nos enchina la piel, el calor y el agua fría cayendo sobre nuestras cabezas nos regresan a nuestra corporalidad y nos invitan a recobrar el contacto con el primer cuerpo: el nuestro. Andemos descalzos, hagamos que nuestra mesa en el desayuno llene nuestros ojos y paladar de un placer estético, toquemos nuestro rostro, abracémonos a nosotros mismos para después regresar al mundo con un cuerpo resignificado y cargado de amor.

Y por otro lado, el concepto de proxémica lo conocí en antropología y me gustó mucho, lo comparto. Se conoce como proxémica la parte de la semiótica (ciencia que estudia el sistema de signos empleado en la comunicación), que está dedicada al estudio de la organización del espacio en la comunicación a través de las relaciones de proximidad, de alejamiento, etc., entre las personas y los objetos durante la interacción, las posturas adoptadas y la existencia o ausencia de contacto físico. La proxémica ha sido desarrollada en 1968 por el antropólogo estadounidense Edward Hall, quien examina la manera en que las personas ocupamos el espacio y la distancia que guardamos entre nosotros

al comunicarnos. Ésta puede variar según nuestro interlocutor sea una audiencia, un conocido, un amigo o una persona especialmente querida que, como cabe suponer, es la más cercana”.

Y del otro lado de la proximidad, está el distanciamiento social, “su-sana distancia”. Del latín “*distantia*”, “*distare*” que significa “la cualidad de estar lejos”. También se refiere a “un intervalo, intermedio o trayecto de lugar o tiempo que media entre dos cosas o un hecho”. Desigualdad, discrepancia o diferencia notable entre un elemento, cosa y otra. Desafecto, frialdad, desvío, separación, lejanía y distanciamiento entre personas. La locución adverbial “a distancia” que funciona por correspondencia a través de los medios sin necesidad de presencia física de los que interviene”.<sup>4</sup>

El elemento aglutinante principal de la comunidad es de índole afectiva y podemos suponer (desde la esperanza, siempre tan escurridiza) que el afecto persiste a pesar de la distancia física, este intervalo, intermedio o trayecto que separa las personas. Situarnos y situar nuestro trabajo en este intervalo (por el momento de duración indefinida), en este trayecto (el espacio que se supone “sano”) en un intermedio tecnológico necesario para la conexión; en estas circunstancias que en realidad siempre existían, pero con otros matices (siempre hay una distancia, un medio de comunicación, un dispositivo, como lenguaje, cámara, teléfono), ahora adquiere este énfasis sobre la distancia e incertidumbre por encima de todos los demás contenidos posibles.

<sup>4</sup> “Distancia”. Disponible en <<https://definiciona.com/distancia/>>. Consultado el 23 de abril, 2020.



¿Podríamos entonces pensar en crear una estética de incertidumbre y potencializar esa cualidad de estar lejos? Distanciarse, ¿adquirir perspectiva? Brecht lo empleaba en su metodología teatral e ideológica: el conocido “efecto V” (del alemán *Verfremdungseffekt*)<sup>5</sup> o el “efecto de distanciamiento” que evitaba la identificación emocional del público con el personaje y la trama para crear un espacio del pensamiento crítico en el público y los actores.

Nosotras queremos dirigir, aparte de un pensamiento crítico, una afectividad crítica; la que emerge desde el distanciamiento y conduce a unas acciones críticas, es decir, transformadoras. La afectividad crítica que no sólo nos identifica unas con las otras para que suframos juntas, la que no nos pone única y pasivamente en el lugar del otro (empatía tradicionalmente entendida), sino, al

<sup>5</sup> Rafael Negrete Portillo, “El distanciamiento brechtiano”, *Mito. Revista cultural*. Disponible en <<http://revistamito.com/el-distanciamiento-brechtiano>>. Consultado el 20 de abril, 2020.

poner nuestra afectividad (capacidad de ser afectados) en crisis, nos genere la acción de transformación.

*Vicente Estrada, psicólogo:* “Por dos cosas: el mundo puede conocerse a través del cuerpo de alguien más. Conociendo su historia y presenciando que estragos han dejado esas experiencias en el cuerpo, uno puede saber cómo interactúa el mundo con nosotros. La segunda es que, como humanos modernos, es decir, dadas nuevas características recién adquiridas, el comprender la naturaleza humana se ha convertido en una tarea permanente y de suma importancia. Toda manifestación artística se conduce en esa línea. Tal empresa puede ser llevada a cabo completamente sólo a través de experimentar el Cuerpo del Otro”.

El cuerpo tiene una espacialidad, una materialidad, una historicidad. Para Judith Butler la materialidad del cuerpo (trabajada en muchas de sus obras) depende de un proceso de materialización que se concreta con el tiempo, produciendo fronteras, fijación y superficie. Este proceso es efecto de un poder (o varios) que se ejerce continuamente. También para Foucault los cuerpos no existen como meros elementos biológicos o materiales, sino que su existencia siempre está atravesada por un sistema político. En este sentido, el trabajo “cuerpo a cuerpo” implica operar y movilizar las superficies y fronteras, abordar los efectos de diversos poderes, vernos y sentirnos como agentes políticos activos, asumir todas las implicaciones de esta materialidad que nos alberga.

*Elizabeth Ross, artista visual:* “Siempre he sido ermitaña y eso significa que desde niña he preferido la



soledad. Sin embargo, eso no quiere decir que no necesite del amor y el cariño, del toque y el abrazo. De hecho soy muy tocona yo. Cuando estoy con alguien que estimo le abrazo, acaricio, busco el mutuo apapacho. Voy de un lado al otro, del calor a lo frío, por lo que estar confinada, o simplemente vivir sola, no me afecta en demasía. Tocar a mi gato me conforta cuando necesito otra piel. Pero sí que añoro el abrazo y el amor de mis hijos, sí que muero por abrazar a mi nieta Saya. Y por ahora Doufu, Doudou (gato) es mi contacto físico con el otro”.

Pasando por lo público, político e histórico y de nuevo a lo íntimo para regresar a la pregunta inicial: ¿Por qué no nos basta con vernos e interactuar en los dispositivos tecnológicos? Nuestro instinto gregario, el deseo de cuidado mutuo y el amor hacen que necesitemos el espacio físico para el encuentro con los humanos, animales y plantas; saber y sentir que la vida depende de nosotras, que interdependemos. Porque la

flor es bella y no basta con verla en una pantalla, hay que cuidarla. El amor tiene que ver con la vida, el cuidado y la proximidad. Hoy, más que nunca, hay que buscar diversas formas de proximidad, solidaridad, creatividad y colaboración para producir espacios públicos y comunitarios renovados y reforzados. Por el momento, con su-sana distancia.

Ciudad de México, a 27 de abril, 2020

## FUENTES CONSULTADAS

“Distancia”. Disponible en <<https://definiciona.com/distancia/>>. Consultado el 23 de abril, 2020.

Esposito, Roberto, *Comunidad, inmunidad, biopolítica*, Herder, Barcelona, 2008.

Luhmann, Niklas, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, Anthropos, Barcelona, 1998.

Negrete Portillo, Rafael, “El distanciamiento brechtiano”, *Mito. Revista cultural*. Disponible en <<http://revistamito.com/el-distanciamiento-brechtiano>>. Consultado el 20 de abril, 2020.

## LA ESPERA

ÁNGELA ATENAS SÁNCHEZ CAMACHO

Primer lugar, Cuento

Despierto. Es la segunda semana de marzo. Son las tres treinta de la mañana. Enseguida voy a la cocina. Guardo unos frijolitos en el único recipiente que tengo junto con cuatro tortillas. Son para mi esposo, quien se despide y se va al trabajo. Veo el cielo por la ventana, hay muchas estrellas iluminándonos, no parecen tan lejanos como en realidad lo están.

En las noticias hablan de un virus que está enfermado a la gente por todo el mundo, que tendremos que quedarnos en casa. Desde hoy quisiera que nos quedáramos en casa, pero no podemos, es un día importante. Me preocupo por mi niño, me da miedo que algo le pase. A mi esposo ya le dijeron en su trabajo que, si hay epidemia, aunque sea a escondidas, pero que no van a dejar de trabajar. Espero que a sus jefes se les tiente el corazón. Después de este día haré lo posible por no salir y cuidarnos a los tres. Compraré suficiente jabón para limpiar todo constantemente.

Me siento a un lado de mi hijo, le hablo bajito para que se despierte. Tiene cita en el seguro. Lo levanto. Me dice:

—Mamita, déjame dormir más horas. Tengo mucho sueño. Me he portado bien. Me siento cansado.

Me duelen sus palabras. No le respondo, no porque no lo escuche; lo hago porque si se me quiebra la voz y lloro me agotaré, y necesito fuerza para llevarlo.

Lo ayudo a sentarse y a ponerse su ropa, intento hacerlo lentamente para no lastimarlo, porque le duelen las articulaciones por la quimioterapia. Le pregunto si quiere comer, me dice que no, que tiene nauseas. Machaco unos frijoles, se los pongo a un bolillo y le unto mayonesa. La cubro con un pedazo de papel de estraza de las tortillas. Aquí nada se desperdicia. Guardo el papel para reusarlos en el baño, para recados, como servilletas o para envolver comida. Guardo la torta en mi bolsa del mandado junto con una botella con un poco de té de manzanilla.

Le pregunto a mi hijo si puede caminar un poquito. Me dice que sí. Son treinta minutos caminando a la parada del autobús. Todavía parece de noche. Miro hacia el cielo y alcanzo a ver una estrella fugaz, recuerdo cuando era joven. Tenía un novio que me gustaba mucho. Un día me quedé a caminar todo el día con él. Nos subimos a la azotea de una casa en construcción que estaba cerca de la suya. Se había hecho de madrugada. Pasó una estrella fugaz, en mi mente pedí un deseo: que Alberto y yo nos casáramos. Me gustaba en serio, quería pasar la vida entera con él. Volteó y me preguntó si había pedido un deseo, le dije que no, que se me había olvidado. No le quise decir la verdad, dicen que así ya no se cumplen los deseos. Sí le dije que estaba enamorada de él, que ojalá que todas las noches fueran así de bonitas como esa, que no existieran las mañanas, que la noche se hiciera para todo el día. Me sonrió, me dijo que si le daba unos besos. Se los di. Después comenzó a tocarme. Me sentí cómoda, enamorada, y lo hicimos. Me dolió, pero no aminoraba la dicha que sentía.

Amaneció, me acompañó a mi casa. Iba tarareando una canción que me gustaba. Eran las seis de la mañana. Me despedí de él. Abrí la puerta y entré de puntitas de la sala a mi cuarto. Mi papá llevaba sin volver cuatro días, para nosotros era normal, sabíamos que estaba de borrachera en borrachera. Mi mamá ni se había dado cuenta que yo no estaba, se la pasaba trabajando todo el día. Llegaba agotada, lo que menos podía era cuidarme a mí o a mis tres hermanos. El mayor —que tenía casi quince años—, seguía los pasos de mi padre, se la pasaba gritándole a mi madre y pidiendo dinero para poder irse a seguir bebiendo. Con el tiempo nos enteramos de que no sólo bebía, sino que se ponía no sé qué cosa en la mano; la olía y la olía, quedaba drogado.

Al día siguiente fui a la secundaria. Les conté lo que sucedió a mis dos amigas. También estaban emocionadas. Me preguntaban detalles, se los dije. Sentía felicidad de recordarlo. En la tarde fui a buscar a Beto a su casa, me dijeron que no estaba. No quise molestar más y me fui a mi casa. Al día siguiente volví, nadie me abrió. Un día después lo mismo. Comencé a preocuparme. Pasaron dos semanas sin tener noticias de él hasta que mi mamá me mandó al mercado. Mientras caminaba iba pateando las piedras que encontraba en el camino. Veía mis zapatos rotos y sucios por el polvo, mis calcetas blancas se veían grises, mis rodillas tenían varias cicatrices y se veían negras por la mugre. No había caído el agua justamente un par de semanas atrás, hasta creí que era un aviso de mala suerte.

Cuando llegué al mercado fui como siempre al puesto de doña Julia, la saludé. Me vio feo, era tía de una de mis amigas. Me dijo que ya no anduviera de loca, que fuera una persona decente. Me sentí apenada. Mientras seleccionaba la verdura que había encargado

mi mamá —como si la pena no hubiera sido suficiente—, en ese mismo pasillo venía Beto, agarraba fuertemente la mano de una muchacha como de trece años, embarazada. Se pasó de largo, no me miró. Pedí la cebolla, los jitomates y los chiles. Me temblaban las piernas, quería llorar. La tía de mi amiga me dijo que yo tenía la culpa de que eso pasara, por ser una muchacha fácil. Agarré las bolsas, pagué. Me fui a mi casa. Cuando llegué puse las bolsas sobre la mesa y me fui corriendo para subirme a la litera. Lloré y lloré; no sé si uno o dos días, sentí que fueron semanas.

Después de eso no quise saber de novios. Pasé toda la secundaria queriendo encontrar a alguien que me quisiera, pero sin buscarlo, tan sólo pensando que un día llegaría. Seguía platicando con mis amigas y, aunque me había enojado con Martha por platicarle a su tía, no le dejé de hablar, aunque ya no le contaba nada personal.

Pasé un par de años así, hasta el segundo año de prepa, que conocí a Jaime. Nunca me gustó, sin embargo, era un muchacho tranquilo y muy trabajador, y eso para mí tenía un peso más importante. No le gustaba ir con sus amigos a beber, pues su padre también era alcohólico. Nos gustaba charlar, también disfrutábamos de nuestro silencio, no nos incomodaba. Lo quería. Quedé embarazada de Salvador al medio año de relación. Le puse así porque él me salvó, me sacó de la casa de mis padres.

Mi hermano mayor había convencido a otro de mis hermanos para drogarse. Mi papá un día ya no volvió. La casa me parecía de un color opaco y gris, muy triste. Me preocupaba mi hermana menor, pero no podía ayudarla. El día que me fui, me despedí de ella, se puso a llorar y me imploró que no la dejara sola. Le dije que

no podía. Me pidió que la llevara. Jaime me dijo que no tenía dinero para ayudar a mi hermana, que apenas y le alcanzaba para la renta y que tenía que comenzar a juntar para el día que tuviéramos a nuestro bebé. Ese día sentí que dejé un pedazo de mi corazón con ella. Me dolía hasta los huesos dejarla, sin embargo, no quería continuar viviendo en esa casa. Hace cinco años que no la veo, sólo sé que huyó con un hombre que le prometió llevarla al extranjero. Todos los días le rezo a la virgen para que la cuide.

Me dice mi niño que ya no aguanta. Ya lo había visto cansado desde un par de cuadras atrás. Sé que se esfuerza mucho, a veces no sé de dónde saca tantas fuerzas. Lo cargo. Seguimos en el recorrido. Llegamos a la parada del autobús. No tarda en pasar el transporte que va completamente lleno. Subimos y nos juntamos lo más que podemos al tubo que está en la entrada. Bajo a mi niño, le digo que se sujete fuerte de mí. Me abraza y se recarga en mis piernas, siento su cuerpo frágil y cansado apoyarse. Sostengo su cabeza con una mano; con la otra, sujeto fuertemente el tubo del camión y pongo presión con mis dos piernas para intentar mantener el equilibrio.

Veo a los pasajeros del autobús, casi todos durmiendo. Los pocos que van despiertos muestran en sus rostros el hartazgo de la rutina, hastío de las largas jornadas laborales, el cansancio de viajar horas hacia el trabajo. Observo a una joven con audífonos que mira hacia afuera de la ventanilla, lleva su uniforme verde de la secundaria. Ella no está aquí, le veo una tenue sonrisa, pareciera que va fantaseando, tal vez esté enamorada. Enfrente de la muchacha van dos chicos con su uniforme de la primaria, por su estatura supongo que han de ir en sexto. Los dos dormidos, uno con

la cabeza en la ventanilla, el otro con la boca abierta y la cabeza hacia atrás. Me pregunto qué sueñan, si mi hijo soñará con las mismas cosas cuando vaya en ese mismo año. Me pregunto cómo se verá cuando tenga esa edad. Miro a un señor mayor, usa un cubrebocas. Agarro mi chal que llevo en la bolsa, se lo pongo alrededor del cuello a mi hijo mientras le digo que se cubra la boca si ve mucha gente. No quiero que le entre ningún virus.

Ya han pasado cuarenta y cinco minutos, hemos llegado a la estación del metro. Entramos entre la multitud de gente. Vuelvo a cargar a Salvador, él recarga su cabeza en mi hombro. Camino un largo pasillo, esquivo a la gente, doblo a la derecha, no me doy cuenta en qué momento, pero llego a las escaleras, las subo. Observo a todos abalanzándose para entrar al vagón. Espero pacientemente. Avanzo entre la multitud para poder abordar uno de los vagones. Observo el suéter tejido de una señora, se parece a uno que me hizo mi abuela cuando tenía cuatro años. Algunos días la recuerdo. La vida era más fácil antes de su muerte. Mi padre nunca superó la pérdida de su madre, comenzó a beber diario. Antes sólo tomaba en fiestas, era el bufón que decía cosas graciosas. Luego todo cambió. Se acabaron los chistes y las carcajadas.

Me dirijo al vagón de las mujeres. Pasa un vagón, pasan dos, pasan tres, hasta al cuarto logro subirme. Pongo de pie a mi hijo. Se quita su gorrito que le tejí, porque le causa comezón, es de lana —lo único que tenía para hacérselo—, luego le da mucho frío y prefiere dejárselo. Me vuelve a sujetar fuertemente. La señora robusta que va sentada en el asiento especial lo ve, hace una mueca de preocupación, pero no se quita. Intento no juzgarla, no sé si ella también se sienta mal

y por eso necesite apoyarse en algo. Recuerdo a mi madre, ella nunca tuvo en quién apoyarse y nunca se dio por vencida. Tenía tantas ganas de verla, pero seguía trabajando sin descanso, mis hermanos estaban en la misma situación y ahora metiendo a sus amigos a la casa. Mi madre desaparece para no lidiar con ellos, cada vez que la he buscado no la encuentro.

Salvador nació pesando más de tres kilos. Era un niño sano, no teníamos mucho para darle, aunque lo importante nunca le faltó. Dos semanas después de su cumpleaños número tres lo desperté para que desayunara, no quiso levantarse, me dijo que le dolía todo el cuerpo. Lo dejé unos días, pensaba que tal vez era gripa. Con las semanas comenzó a empeorar. Lo tuve que llevar al seguro. Un viacrucis de siete meses para su diagnóstico, tres meses más para comenzar su tratamiento, y se me ha hecho una eternidad en quimioterapias. Beto se buscó dos trabajos para solventar los gastos. Si bien no teníamos que pagar médicos, el traslado de los dos había subido considerablemente lo que gastábamos; además del dinero extra que necesitábamos en comida especial y tratamientos para su piel con sus constantes dolores y alergias. Hacíamos todo lo posible para ahorrar en otras cosas. Beto y yo sólo comíamos frijoles y tortillas. Algunas veces nos alcanzaba para comprar bolillo. Cuando había un dinerito extra compraba verduras y huevo, quería mantenernos fuertes, necesitábamos estarlo para nuestro pequeñito. Cada vez que subíamos a un autobús deseaba con todas mis fuerzas que los choferes no le cobraran a mi niño, ya tenía cinco años. Algunos aceptaban, otros no. Nunca usé su enfermedad para mendigar o que no nos cobraran. No quería que mi hijo causara lástima.

Yo también trabajaba, vendía cosas por catálogo. Entre hacer la comida, limpiar la casa, lavar los trastes y la ropa, los días que caía agua, ir con las vecinas a recoger sus pedidos, llevar a Salvador con el doctor y cuidarlo los días que se sentía mal; no podía tener un trabajo estable. Sólo veía a mi esposo por las noches; cenaba y se dormía. Aunque faltaba dinero en la casa, no hablábamos del asunto. Hacíamos lo que podíamos. Lo único que nos decíamos eran palabras de aliento, nos dábamos ánimo. Al final, cada noche decíamos: “Esto es por nuestro hijo”. Y era cierto. Los dos, que buscamos salir de nuestros hogares violentos, sin una dirección fija, ni planes, ni dinero; teníamos algo, una razón para continuar: Salvador, quien nuevamente, nos volvía a salvar de la vida misma.

Observo a la gente que entra y sale por la puerta de atrás. Entra un señor que lleva una corbata colorida con dibujitos. Me pregunto en dónde venderán ese tipo de corbatas. Es tan distinta a todas las que he visto, lo hace lucir diferente. Comienzo a fijarme en los detalles de las personas, las pulseras, los aretes, los lunares, las agüjetas, los botones, los prendedores, las uñas pintadas, el color de cabello y la ropa, pero nada ha llamado tanto mi atención como la corbata del señor.

Ocho estaciones después, hemos llegado. Salimos del vagón con prisa. Caminamos hacia fuera de la estación. Vuelvo a cargar a Chavita. Casi sin darme cuenta ya voy entrando al hospital, como si el tiempo entre el metro y el hospital no hubiera pasado. Voy con la enfermera a los incómodos trámites. Entre tanto, de reojo veo que se desocupa un asiento. Volteo para avisarle a mi hijo que corra para sentarse. No es necesario que lo diga. Varias señoras van corriendo al asiento, Salvador se apresuró tanto que termina por

sentarse primero que ellas. Una señora casi lo quita, se detuvo en el último segundo, no sé si por la vergüenza de que la viéramos o porque tuvo un último segundo de cordura antes de empujarlo. Prefiero pensar que es la última opción. Después de quince minutos termino el papeleo. Voy al asiento mientras veo una sonrisa de mi niño mientras mueve los pies. Me dice:

—Logré sentarme antes que todos. Soy más rápido.

—Lo eres —le digo.

Lo cargo, me siento y lo acomodo. Le digo que puede dormirse, que ha hecho un trabajo igual de formidable que el de su padre. Sonríe con más ímpetu. Se recarga en mí. Lo abrazo lo más fuertemente que puedo. Le beso la frente. Suspira. Volvemos a esperar.

Sentadas a un lado, observo a una madre con su hija. Le acaricia su cabeza y le pregunta a la niña de qué tamaño va a querer dejarse el cabello cuando le crezca. La niña le dice que tan largo que le llegue hasta los pies, que se quiere hacer trenzas y otros días lo quiere dejar suelto. No tengo el atrevimiento de decirle algo, pero en mi mente deseo que así sea. La imagino corriendo y jugando junto con mi hijo. Los dos en el parque haciendo construcciones en la tierra, columpiándose, bajando por la resbaladilla. Me los imagino sucios de tanto jugar. Su madre y yo platicando mientras les preparamos el baño para limpiarlos. Las dos secando, peinando y desenredando sus cabellos. Veo a nuestros hijos comiendo helados, el de ella verde, de pistache; el de mi niño multicolor, de napolitano.

Pasaron dos horas, Salvador se despierta, me dice que tiene hambre. Saco de mi bolsa la torta que hice antes de salir de casa. La divido a la mitad. Se chorrean un poquito los frijoles, limpio con el papel de estraza. Comemos lentamente los dos. Le doy del té de man-

zanilla. Se termina ambos y se vuelve a dormir. Un sueño profundo lo envuelve. Le agarro su manita para darle un beso. Vuelvo a colocar la mano encima de él, lo hago con cuidado para que no se despierte.

Mientras duerme comienzo a preocuparme, no quisiera escuchar malas noticias. Observo el cansancio en el rostro de todos los que están en la sala de espera. Probablemente así luzca también, no me he percatado de ello, no acostumbro a mirarme en el espejo. Así está bien, mi imagen no es importante en este momento. Ya tendré tiempo para arreglarme, y si no llega el tiempo, recordaré que mi cabello enmarañado, mi cara cansada y sin maquillaje han sido por la mejor de todas las razones: el amor. Creo que todos en esa sala lo sabemos. Si no lo saben, ojalá que un día alguien se los haga saber.

Comienzo a planear un día de campo, no importa lo que pase. Será cuando termine lo del virus. Nos vamos los tres a un parque. Llevaré un mantel que tengo y lo pondré en el pasto, encima mi bolsa del mandado, la azul con blanco. Beto con mucho esfuerzo juntó dinero para comprarme unos zapatos nuevos, porque los míos ya se están rompiendo. Postergaré la compra y con ello compraré arroz, papas, chorizo, huevo, rajas y tortillas para hacer unos tacos. Haré agua de limón. Tiene mucho que no salimos. Nos hace mucha falta ver la naturaleza, respirar el aire fresco, tocar el pasto, sentir la tierra entre los dedos. Acostarnos, observar el azul del cielo, cubrir nuestros rostros con los brazos mientras observamos un tenue halo de luz solar.

Quiero preguntarle a mi esposo si hacemos un pastel, hace mucho que no celebramos cumpleaños. A mi niño le gusta mucho el de chocolate y le hemos

quitado el azúcar, pero una vez al año no hace daño. No me quedaré con las ganas de ese gusto. Adornaré la casa con globos, aunque sea poquitos. Cuando lleguemos del parque será una fiesta sorpresa, por todas las que nos han faltado, por todo lo que no hemos salido a pasear, por todo lo que no hemos disfrutado, por todo nuestro esfuerzo, por nosotros y por nuestro hijo. Tendré tiempo para planearlo todo, porque hoy, al volver de casa, no expondré más a mi hijo. Estará en casa.

Son las once de la mañana. Súbitamente, sale una enfermera y grita un nombre:

—Salvador Rodríguez Hernández.

Me levanto hacía la peor de las esperas, los minutos de camino hacia el consultorio, y, sobre todo, los segundos cuando el doctor responda si el cáncer ha desaparecido. Mientras caminamos me mira, le digo que no importa lo que pasé, todo estará bien.



**V. SALDREMOS ADELANTE**



## DESDE EL CRISTAL

GILBERTO VILLEGAS LÓPEZ

Obra seleccionada, Poesía

Y de pronto todo se detuvo,  
Y de pronto todas las puertas se cerraron, Los hubo  
Aquellos que se negaron,  
Los hubo aquellos que se burlaron.

También estuvieron los que dudaron, Los otros que el  
miedo propagaron, Los hubo de todos y para todos.

Un día las puertas se cerraron, Las pantallas fueron  
las ventas,  
Donde todos, sin distinción de edades, Sus vidas  
expusieron frente a un ruedo.

La gente al principio rio, Al principio no pensó,  
Bailaron, cantaron, incluso planearon, Pues el mundo  
es líquido y todo pasa.

Luego los días pasaron, Y la puerta no se abrió,  
El encierro a las personas transformó, La violencia  
de a poco los consumió.

La crisis de sus mentes se apoderó, La incertidumbre  
los gobernó,

El miedo creció,  
Uno a otro se violentó.

Luego intervino el Estado,  
Pero ya nadie le creía, ya no había confianza. Y la  
vida afuera aparentaba ser la misma...

Y la crisis se avecinó,  
Y a los grandes monstruos al descubierto dejó,  
Las cosas materiales perdían su valor,  
Afuera... afuera el mundo vaciló.

Y desde mi ventana observo,  
Observo a mis iguales volviéndose salvajes.  
Observo a mis iguales en una lucha constante...

Conozco de sociedades que decaen pasada el alba,  
Pero a pesar de la noche amarga,  
Resurgen de entre las flamas.

Por ello guardo la esperanza de que al final, Cuando  
la luz vuelva a brillar,  
La sociedad un nuevo rumbo tomará,  
Y bailarán, y cantarán, y reirán, y vivirán...

# CUANDO TODO ESTO ACABE, VOY A CONQUISTARTE

JUAN FRANCISCO MUÑIZ  
Obra seleccionada, Poesía

Cuando todo esto acabe voy a conquistarte, Porque  
has abusado del poder para crear excusas perversas  
Y hacer del poder que te delegamos, una política del  
miedo  
¿Quiénes necesitan de gobiernos así?

\*

Cuando todo esto acabe voy a conquistarte,  
Porque en el confinamiento florecen las necesidades  
más básicas y no las que nos impone  
un comercio injusto  
¿Cuántas necesidades son creadas?

\*

Cuando todo esto acabe voy a conquistarte,  
Porque entendimos que la libertad y la justicia social  
son pilares interdependientes en que se funda  
un solo puente.  
¿Quiénes necesitan radicalismos?

\*

Cuando todo esto acabe voy a conquistarte, Porque el  
calor del encierro y las sequías, nos exigen hoy  
Defender la vida y medio ambiente.  
¿Será el cambio climático una ficción?

\*

Cuando todo esto acabe voy a conquistarte,  
Porque entendimos que en tiempos tan horribles  
es aún más horrible no cuestionarse,  
no indignarse, no involucrarse.  
¿Cuándo todo esto acabe, quiénes quieren  
reencontrarse?

# VOLVEREMOS

RICARDO JAVIER GUZMÁN GARCÍA

Obra seleccionada, Poesía

Cómo debo sentirme. Si extraño mis rumbos a pie.  
    Cómo sentir, al ver la plaza acordonada.  
La historia en pausa en las banquetas.  
Ni está el balón —sol pobre—, que apenas hace un mes  
    a patadas cañoneaba los portones entre risas.

No niego haber sentido el miedo (Pues es natural  
    y soy humano) Sincronizado a la polémica política;  
algunas plataformas como brazo armado.  
Es que en algunas pantallas el pánico está de oferta.  
    Para rellenar los huecos que el encierro escarba,  
    porque el siniestro hasta la crisis vende.

No oculto que me he acabado un plato de uñas.  
    Los días con la cara enterrada entre las palmas.  
Memorizando la sintomatía multiplicaba los insomnios.  
    Cuando los ojos por las paredes se resbalan.

No tuve más, que replegarme al pensamiento  
¿Es que la primavera se quedó esperándonos?

Y luego escucho que cantan desde los balcones.

Esperanza

Voces que no conozco en lugares que no he pisado.

Como una mano que vence las brumas del espanto.

Y miro los cielos sin humo con sus nubes  
imparables. Y esas voces abolen el discurso  
timorato.

Y escucho a las aves nítidas atravesando los horarios.

Libres de medida. Reclaman los nidos, como una  
promesa. Como un atril en los cables inauguran  
las mañanas.

Y frente a mí, por la ventana, imponen la primavera.

Y pienso en la vida afuera, el verde retomando

el mundo. Aunque el año parece tambalearse,  
aún es certero el futuro. Y pienso en ti y los tuyos,  
y yo y ellos, y todos juntos.

No dejemos que el temor se instale en la familia, más  
que un miembro, como un muro.

Y no olvides a aquellos cuyo hogar es su presidio,

O al que clava la rodilla y reza. A quien da vueltas  
la cabeza

O al que duerme sometido.

No todo el que padece, así lo ha decidido.

No olvidemos la música entre los callejones.

Ni aquellos nombres nuevos.

Ni los rostros por montones.

Vamos a minar el miedo, Vencer al demonio en turno.  
Pinta los nuevos paisajes, esculpe las nuevas fuentes.  
Acaba la torre de libros

pendiente

la cita con el espejo, porque también se la deben.

Descansa del cálculo exhaustivo del tiempo. Piensa  
en los héroes, en hospitales insomnes. Tantos  
rostros, tantos nombres.

Las ovaciones sinceras, y las sirenas, como adioses.

No olvides, más limpias que nunca. Nuestras manos  
al unirse de nuevo, anidarán amores.

Y volveremos. Con ese algo que ya germina entre  
nosotros. Y brotará imparable.

¿Puedes decirme que se acabaron los asombros?

No, el cine y su fin del mundo, poco saben  
del nosotros. Tú no olvides, “Volveremos”.

Y yo voy a esperar, yo te espero a ti y a todos.

Por cariño, ya veremos, volveremos a darnos la mano

Prometamos abrazos sin saber un nombre.

Sin saber decirnos “¡Hola!”.

Todos serán “hermana”-”hermano”.

## PROCESIONES DE COLOR

FRANCISCO GLEN CHÁVEZ  
Obra seleccionada, Poesía

Como procesión en luto,  
El silencio inunda de tristeza la avenida,  
Las calles que anduvimos,  
Las calles que pisamos.

El viento invade las aceras  
Dando vuelcos que si bien,  
Nunca se ven,  
Sí se sienten en las cabelleras despeinadas  
De los niños que hoy no están,  
De los viejos que hoy no están,  
De la gente que hoy no está

¿Dónde está la gente?  
Se preguntan las palomas,  
Se pregunta el perro negro  
Que perseguía bicicletas,  
Veloces bicicletas, audaces bicicletas

La lluvia invade las aceras,  
Golpea las bardas de los edificios apagados,  
Nadie corre, nadie existe  
No se ven,

Son invisibles,  
Pero están ahí,  
Estamos ahí,  
Confinados,  
Con la fe de que todo estará bien,  
Con la fe de que saldremos nuevamente  
Y haremos procesiones de colores  
Y el viento silbará muchas canciones...  
Y el viento nos despeinará otra vez.

Volverá la lluvia  
Y las palomas volarán  
Y los perros seguirán persiguiendo bicicletas,  
Veloces bicicletas, audaces bicicletas.

## EN EL ENCIERRO Y LA DISTANCIA

RAYMUNDO PÉREZ GONZÁLEZ

Obra seleccionada, Poesía

Entre el encierro y soledad nos encontramos  
La distancia fue un consejo  
Uno que seguir, uno que traería bienestar  
¿Cómo sobrevivir a todo ello?  
A toda esta vorágine de situaciones complicadas  
Que acrecientan el miedo y sentimientos  
adversos  
Hoy reflexiono al respecto y  
Miro a mi alrededor  
Y puedo observar todo con otra mirada,  
distinto, más abierto  
Hoy te veo, ¡más radiante que nunca!  
Escucho tu risa, esa risa que inunda una  
habitación  
Conversamos y no pierdo detalle alguno de  
tu voz  
Ya no hay barreras, sólo la distancia  
Aquella aconsejada y que estoy dispuesto  
a pagar  
Porque es una muestra de mi amor por ti  
Porque es una muestra de que me importas  
Hoy valoro los más ínfimos pormenores  
De todo a mi alrededor

Y estoy consciente de todo lo que me perdí  
Hoy miro hacia afuera admirado porque la belleza  
No sólo se encuentra allá, a lo lejos...  
El encierro me ha traído más que miedo  
    e individualidad  
Él me ha acercado a ti, me acercó a mí.



## ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

### CUENTOS INFANTILES

Ernesto Miranda Meléndez, *Abuela torbellino*

Litzy Aguirre, Anyer Hernández y Edson Flores (ilustraciones), *El día que los astronautas salvaron al abuelo*

Emelyn Domínguez Jiménez y María Luna Mesén (ilustraciones), *Los niños del Covid19*

### ILUSTRACIONES Y FOTOGRAFÍAS

1. Yahaira Ilse Urzúa, “A través de la ventana”. Mención honorífica, Fotografía.
2. Irma Reyes Almanza, “Frágil frontera de la realidad”.
3. Lucía Jeannette Flores Mejía, “Enfrentan virus sin casa, agua y jabón”.
4. Yasmin Guadalupe Pech, “¿Qué podemos hacer?”.
5. Julio César Colín, “¡Quédate en casa!”.
6. Gabriel Guevara, “Quédate en casa”.
7. Amanda Rodríguez, “Abrazo”.
8. Rodolfo Esquivel, “Cabeño y su perro”.
9. Natalia Blanco, “Volveremos a abrazarnos”.

10. Mario Olarte Martínez, “La suerte de abajo”. Mención honorífica, Fotografía.
11. Juan Francisco Díaz, “Los sin nombre”.
12. José Miguel Martínez, “Si puedes...”.
13. Elizabeth Martínez, “El privilegio de estar en cuarentena”.
14. Yeraldine Medellín, “Los olvidados por el Covid-19”.
15. Abril García, “En memoria”.
16. Hugo Borges, “Preservando la vida”.
17. Aldo Agreda, “Hermanos en pie de lucha”.
18. Rabelo Díaz, “Cuando la necesidad es mayor al miedo por la enfermedad”.
19. Erick Iván del Castillo, “Agua y jabón”.
20. César Alain Torres, “En busca de algo”.
21. Zurisaddai González González, “Volar desde adentro”. Primer lugar, Fotografía.
22. Denisse Alejandra Michel Ponce, “La vida por la ventana”. Tercer lugar, Fotografía.
23. Lilian Hernández, “Interiorizar la existencia”.
24. Sofía Maas, “Foránea exiliada”.
25. Arnoldo Fuentes, “Los extraño”.
26. Adriana Vázquez, “Tarea en tiempo de aislamiento”.
27. Clara Montañó Bautista, “Contraste”.
28. Brenda Muñiz, “Te extraño”.
29. Daniel López Echeverría, “Esperanza en el confinamiento”.
30. Miriam Ramos, “Poder reír, en momentos difíciles”.
31. Patricio Oseguera Garibay, “Paseo de la Reforma durante la cuarentena”. Segundo lugar, Fotografía.
32. Alfredo Arellanos Juárez, “Y de pronto se acordó”.
33. Juan Carlos Toriz Ruiz, “De cabeza”.
34. Nahum Moreno, “Juntos podemos”.
35. Ophelia Muñoz, “Más tiempo con mamá”.
36. Leonora Flores, “El caos le cambió el ritmo al caos”.

37. Frida Yael Ibáñez Cárdenas, “sisu”. Segundo lugar, Ilustración.
38. Alejandro González, “Día del Niño 2020: Infancia en tiempo de Covid”.
39. Karen Lizbeth Fernández Sánchez, “Milagrito mexicano: la solidaridad”. Primer lugar, Ilustración.
40. Daniel Alejandro Ramírez Durón, “Preocupaciones”. Mención honorífica, Fotografía.
41. Diana Chavira, “México en manos de la ciencia”.
42. Sofía Landgrave, “Inmerso en las sombras”.
43. Axel Courcelle, “Conductores”.
44. Carina Favela, “Libre”.
45. Malely Linares, “Grietas de esperanza”.
46. Fernanda Quio, “Primera línea de defensa. Nosotros”.
47. Sara María Gálvez, “La confección del cuidado”.
48. Querén Eréndira Amador Medina, “Juntos siempre”. Mención honorífica, Ilustración.
49. Katia Hernández, “De 2 a 3 caídas”.
50. Mauricio Galicia, “Pandemia también es vida”.
51. Karla Ricárdez “Chila Killa”, “Floreciendo en casa”. Tercer lugar, Ilustración.



## SEMBLANZAS

Aguazal Producciones (CDMX, 2018) es una confluencia de distintos campos culturales que realiza investigación y producción de proyectos de arte contemporáneo, a partir de la construcción y el cultivo de vínculos comunitarios, y desde el intercambio de saberes, acciones y afectos. En 2019 realizó *multi\_contacto. Creación y diversidad funcional*, cuyo resultado fue la radionovela *El rosario deshojado* con personas ciegas, débiles visuales y normovisuales en colaboración con el Centro Cultural de España y la Secretaría de Cultura de la CDMX.

Querén Eréndira Amador Medina (CDMX, 2001) cursa el tercer semestre de la carrera de Diseño y Comunicación Visual en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM. Ha estudiado ballet, jazz, tap, piano y fotografía, con recitales tanto en México como en Estados Unidos, donde cursó algunos años de su educación. Maestra de inglés con especialidad en niños.

Litzy Aguirre (Morelos, 2001) y Anyer Hernández (Morelos, 2001) estudiaron la carrera técnica de labo-

ratorista clínico en el CBTIS núm. 194 y CBTIS núm. 76, respectivamente. Actualmente, cursan la licenciatura de Médico Cirujano y Partero en el Instituto Politécnico Nacional. Independientemente de su gusto por las ciencias biológicas, Anyer se dedica al deporte y acondicionamiento físico. Por su parte, Litzy ha demostrado un gran desempeño en las ciencias exactas y ha participado en múltiples concursos enfocados a las matemáticas.

Alfredo Arellanos Juárez (CDMX, 1976) siendo hijo del reconocido director de fotografía Alberto Arellanos, inicia una carrera en cine en 1992 al participar como foto fija en diversas películas de la época, posicionándose como director de fotografía e iniciando en 2017 como productor independiente de la compañía PROFILMARE. Ha producido más de 18 películas, mismas que ha dirigido y fotografiado.

José Arreola (CDMX, 1982) es doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. En 2018 obtuvo mención honorífica en el *VIII Concurso de Tesis de Posgrado sobre América Latina o el Caribe* convocado por el CIALC-UNAM por la tesis doctoral “Ernesto Guevara, el Che. Un estudio de su literatura”. También en 2018 resultó ganador del concurso de ensayo a *50 años del 68*, convocado por el Centro Cultural Tlatelolco de la UNAM. Textos suyos han sido publicados en el suplemento cultural *La Jornada Semanal*. Ha impartido clases como profesor de asignatura en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) y actualmente es docente en el Tecnológico Universitario del Valle de Chalco (TUVCH).

Osfelip Bazant (1990) es egresado de la carrera de Lengua y Literatura Modernas Portuguesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Además de la creación literaria, se dedica a la docencia y corrección de estilo. Siente gran atracción por la poesía clásica y por autores como Petrarca y Elizabeth Barrett. Ha sido ganador de “Mirando hacia delante”, 2019, y “Calzando tus zapatos aprendí”, 2020, en categoría de sonetos de “Concursos literarios en español”, y obtuvo mención honorífica en el 38° concurso literario de la Universidad de Sorocaba, 2019.

Natalia Blanco (Saltillo, 1990) es artista visual y diseñadora. Su tema principal es la identidad nortehña que la rodea. Es creadora del proyecto #amores-amorypunto, un movimiento comunitario de intervención callejera que visibiliza y crea conciencia sobre la diversidad y el respeto a las personas. Con su pieza “La Revolución del Color” fue acreedora al primer lugar en la XI Bienal de Plástica Joven Arte Nuevo de la Región Laguna del noreste mexicano en 2019, y con “Hombres muy hombres” fue seleccionada en el XL Encuentro Nacional de Arte Joven 2020 en Aguascalientes. Cuenta con exposiciones individuales y colectivas, así como murales e intervenciones urbanas en diversas ciudades de México y el extranjero. Además, es fundadora y directora del proyecto independiente La Panorámica Editorial.

Hugo Borges (Mérida, 1980) estudió la licenciatura en publicidad en el Centro Universitario Interamericano en Mérida. Estudió Fotografía Profesional en el Ins-

tituto Superior de Arte Fotográfico de Buenos Aires. Es fotoperiodista para Telesur y AFP. Ha participado en diversos concursos de fotografía, obteniendo becas para exposiciones individuales y colectivas. Es miembro creador del colectivo Covid Península, el cual muestra a la pandemia dentro del sur de México.

Diana Chavira (Estado de México, 1994) es licenciada en Bioquímica Diagnóstica y maestra en Ciencias Bioquímicas por la UNAM. Estudia el doctorado en Ciencias Bioquímicas en la misma universidad y realiza proyectos de investigación científica en el Instituto Nacional de Medicina Genómica. Además de la ciencia, a Diana le gusta entrenar box y estudiar idiomas, disfruta de la crianza y preservación de aves y está interesada en desarrollarse en el ámbito de la divulgación científica.

Francisco Glen Chávez es licenciado en Letras Hispánicas y maestro en CSH, ambas en la UAM. Es profesor de Literatura Universal y Literatura Mexicana e Iberoamericana en la Escuela Nacional Preparatoria. Ha participado en diversas publicaciones para la UNAM y la UAM. Se desempeña también como músico profesional, carrera con la cual ha grabado dos materiales discográficos con canciones de su autoría. Gracias a esto se ha presentado en diversos festivales masivos junto a grandes personalidades del mundo de la música. Ha realizado continuamente talleres de creación literaria y composición de canciones en la ENP.

Carlos Eduardo Chávez Ortega (Cuautitlán Izcalli, 1997) estudia la licenciatura en psicología en la

UAEM. Realiza sus prácticas profesionales en la Jefatura de la Mujer en el municipio de Zumpango. Sus principales áreas de interés en el ámbito de la lectura y escritura son aquellas que abordan la temática LGBT+, la historia, el género y la poesía.

Julio Cesar Colín (CDMX, 2000) estudia la licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se dedica aficionadamente a la pintura, la fotografía y el video. Su obra ha sido premiada, expuesta y reconocida en importantes recintos de la Ciudad de México, así como en el extranjero. Fue galardonado con el Premio de la Juventud de la Ciudad de México 2020 al mérito artístico.

María Angélica Contreras Jiménez (CDMX, 1986) estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Actualmente, trabaja en el área de Recursos Humanos del IMSS. La escritura y la meditación son dos pilares para la expresión de su universo interno. Encuentra en la soledad y la música una fuente invaluable de inspiración.

Axel Courcelle inició su carrera artística en 2017 con la exposición fotográfica de Tema Libre del Colegio de San Ildefonso. Desde entonces, ha participado en diversas exposiciones colectivas en la Ciudad de México, entre ellas “Paralela” en Aguardiente Galería. Asimismo, ha colaborado en muestras de arte en centros de cultura y recreación como “The Real Under” y “México+Me”, exposición colectiva de artistas mexicanos llevada a cabo en Dublín, Irlanda.

María Julieta Cruz Nieto (Chihuahua, 2013) es estudiante, escritora y pintora. Cursó la primaria. En 2020 obtuvo el primer lugar en el concurso “Hagamos un Cuento”. Seleccionada para ser publicada en el concurso “Decamerón 2020” por la Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca. Sus autores favoritos son Oliver Jeffers y Antoine de Saint Exupéry. Dentro de sus intereses se encuentra promover los derechos de las niñas y los niños.

Erick Iván del Castillo (Torreón, 1989) es arquitecto por la Universidad Autónoma de Coahuila, estudió pintura de forma autodidacta y actualmente trabaja en proyectos arquitectónicos enfocados al diseño de imagen y paisaje urbano. Ganó el Premio Municipal de Juventud 2014 por su trabajo en el arte con jóvenes. Ha colaborado en proyectos del consejo Visión Metrópoli del IMPLAN-Torreón.

Emelyn Domínguez Jiménez (Coatzacoalcos, 1988) es egresada de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación, ha laborado en medios de comunicación impresa, televisiva y radial. De igual forma ha incursionado en la Comunicación Gubernamental en el departamento de prensa de su localidad. Es autora de un libro de superación personal, *El viaje de César* (2020), distribuido en formato impreso y digital.

Rodolfo Esquivel (La Paz, 1998) estudió Artes Visuales en la Universidad Mundial campus La Paz. Ha participado en diversas exposiciones colectivas, como “Tzompantli” en el Consulado General de México en Guangzhou, China, y fue seleccionado en la IX

bienal de artes plásticas Carlos Olachea Boucsiéguéz, al igual que en la exposición Fotosensible edición 2018. Es ganador del concurso de mural científico COSCYT 2017, participó como ilustrador en el libro *Este viento de mar gigante*, editado por la Universidad Mundial, y ha obtenido premios en otras disciplinas como cuento y poesía.

Carina Favela es licenciada en antropología, fotógrafa autodidacta y empresaria. Obtuvo el Premio Diosa de la Luz categoría Glamour por trayectoria y portafolio, primer lugar en el concurso del Salón de la Foto Guadalajara; reconocimientos del periódico La Unión de Morelos y Mujeres Empresarias como fotógrafa y directora de portadas; tercer lugar en el concurso *Temas en Imágenes* de la revista Temas Antropológicos de la Universidad de Yucatán. Su trabajo se seleccionó en revistas especializadas de fotografía como *Cuartoscuro*, *Fotozoom* y *PHOTO*. Participó en exposiciones colectivas en México y realizó cinco individuales, tres en México y dos en Francia. Fue editora de la revista *Consentidos*. Columnista en la revista *Somos Fotógrafas*. En 2007 fundó la empresa de servicios fotográficos CF Studio, donde es directora y fotógrafa.

Karen Lizbeth Fernández Sánchez (CDMX, 1998) estudió la licenciatura de Arte y Diseño de la Universidad Nacional Autónoma de México, ENES campus Morelia. Sus medio principales son la ilustración a través del bordado, la gráfica, la pintura y medios digitales. Ha participado en múltiples exposiciones colectivas e individuales dentro de México, a menudo participa en ferias de arte y diseño y también

cuenta con presencia en residencias artísticas de muralismo, *land art* y litografía. Vive y trabaja en la ciudad de Morelia.

Leonora Flores (CDMX, 2000) es artista visual y antropóloga. Estudia la licenciatura Antropología Social en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha cursado diversos diplomados en fotografía, artes visuales y técnicas de impresión. Participado en diversos proyectos de difusión artística, como con la revista *Punto en Línea* de la UNAM. Leonora encuentra en la narrativa gráfica un medio para compartir, comunicar y generar diálogos sobre problemáticas contemporáneas.

Lucía Jeannette Flores Mejía es egresada de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación con especialización en comunicación política por la UNAM, y se dedica a la fotografía desde hace 7 años. Actualmente, es fotógrafa para *El Financiero* y es fundadora de Obturador MX. Formó parte de la exposición “La mirada, la cámara, la luz y la fotografía desde nosotras” que reunió a tres generaciones de fotoperiodistas que se expusieron en las rejas de Chapultepec. También fue seleccionada para exponer en la primer bienal Internacional de Fotoperiodismo de Sinaloa.

Juan Francisco Muñiz (1984) es ciudadano del mundo, con gran interés y vocación desde su adolescencia por la poesía. Trabaja en un poemario denominado *Un Corazón Cíborg Para la Humanidad*, y en una novela corta llamada: *El Cielo en una Pastilla*.

Sara María Gálvez es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la UNAM. Ha participado en proyectos de cine y fotografía independientes. Algunas de sus obras fotográficas han sido expuestas en distintos recintos de la capital (Museo Nacional de las Culturas Populares-INAH, Metro de la CDMX, Centro Cultural del México Contemporáneo, REPSA-UNAM y Microteatro México). Cuenta con algunas publicaciones de cine, entre ellas, el guion literario “La caja negra” en el libro titulado *Sur* de la editorial Jíbaro, así como, un artículo sobre Luis Buñuel en la Revista *El ojo que piensa* de la Red de Investigadores de Cine (Redic).

Abril García (CDMX, 1986) estudió la licenciatura de Diseño Gráfico en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán. Obtuvo una preseña en el Certamen “Envase y embalaje”, organizado por la AMEE (Asociación Mexicana de Empaque y Embalaje). Actualmente se desempeña como Diseñadora Sr. en la empresa Oscar Hackman. Le gusta la fotografía y la música. Fortaleció sus conocimientos de fotografía en sus primeros años de experiencia laboral al lado de los fotógrafos mexicanos Mao Carrera y Manuel Escareño.

Mariana Gómez Vargas (CDMX) estudió la licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales en la UNAM. Actualmente se encuentra investigando y redactando su tesis de licenciatura con el tema de patrimonio industrial. Interesada en la difusión cultural y conservación del patrimonio cultural. A manera de pasatiempo escribe cuentos y participa en un *podcast* narrando cuentos de diversos autores.

Zurisaddai González González es egresada de la carrera de Ciencias de la Comunicación por la UNAM. Desarrolla proyectos fotográficos independientes y escribe secretos en sus tiempos libres. Ha participado en diversas exposiciones colectivas, entre las que destacan: *Encuentros* en el Museo Nacional de la Acuarela, *Generación* en Metro Copilco, así como la presentación de su fotolibro *Biomás* en el Museo UNAM Hoy.

Alejandro González, mejor conocido como Celaya, es un artista plástico mexicano con estudios en Arquitectura por la UNAM. Se tituló con la tesis ‘Vivienda progresiva en San Gregorio, Xochimilco’ aportando su proyecto para la reconstrucción de una vivienda afectada por el sismo del 19S. Alumno invitado en 2014 por el Politecnico di Torino en Turín, Italia, para participar en el taller interdisciplinario de ‘Riquilificazione della città consolidata’. Su último trabajo comprende una colaboración con el artista sanmiguelense Alejandro Trejo para un mural en el restaurante La Bikina en la CDMX.

Ricardo Javier Guzmán García (Xalapa, 1990) estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Universidad Veracruzana. Actualmente se desempeña como traductor y corrector de estilo. En 2016 obtuvo el primer lugar en el Certamen Nacional de Poesía José Emilio Pacheco con el poemario *De la grieta*. Ha recibido diversos reconocimientos por su participación en convocatorias de artes visuales y literatura.

Katia Hernández (Mazatlán, 1987) es ingeniera bioquímica con maestría en Ciencias Ambientales. Su

vocación son las artes plásticas y visuales. Desde 2016 realizó múltiples cursos de pintura, dibujo y grabado en el CEART y el IPBA bajo la dirección de artistas locales y nacionales. Cuenta con una exposición individual y 24 exposiciones colectivas (22 nacionales y 2 internacionales), destacando la Trienal de Arte Gráfico y el concurso 20 de noviembre edición 2019, realizadas en Cuernavaca y San Luis Potosí, respectivamente. Actualmente labora en las Escuelas de Iniciación Artística Asociadas como maestra de artes plásticas.

Lilian Hernández (CDMX, 1987) estudió Diseño y Comunicación Visual en la UNAM. Actualmente es fotógrafa independiente y cofundadora de Brigada Informativa Altavoz, medio independiente formado desde 2012. Su trabajo se ha enfocado principalmente en los movimientos sociales en México y la búsqueda del amor por los cuerpos naturales femeninos y la relación con las emociones. Además de fotógrafa, es diseñadora gráfica y le gusta la pintura y el bordado; asimismo, es emprendedora de un proyecto de comida saludable que comenzó en el 2020.

Gloria G. Herrera Mendoza (CDMX, 1962) desde joven simpatizó con el movimiento de izquierda y exploró diversas actividades culturales: cursó talleres y participó en obras de teatro con Amanda Obregón y el grupo independiente TECLA. Fue promotora cultural en la UVYD-19 de Septiembre y con Jorge Pantoja. También promovió a Nina Galindo y otros artistas rupestres. Escribe y publica, en su blog personal, poesía y textos cortos sobre su cotidianidad como ama de casa, madre y ciudadana.

Frida Yael Ibáñez Cárdenas (CDMX, 2000) estudia la carrera de Diseño y Comunicación Visual en la Facultad de Diseño en Xochimilco de la Universidad Nacional Autónoma de México. Le gusta y practica música, canto, baile y deportes como la natación. Ha hecho pequeños diseños para microempresas especializados en el deporte, como equipo de natación o *crossfit*.

Sofía Landgrave (CDMX, 1999) es estudiante de Filosofía en la FFYL de la UNAM y voluntaria en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Ha participado en eventos como Hagamos un Milagro de por aire 2014. Es miembro activo del Taller “La imagen del Rincón” (TIR) y del Seminario de Poesía y Filosofía Antigua (Sepofi) de la FFYL.

Malely Linares es periodista, fotógrafa y licenciada en Ciencias Sociales por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, es maestra en Estudios Latinoamericanos y especialista en Negociación y Gestión de Conflictos Políticos y Sociales por la UNAM. Es doctorando en Estudios Latinoamericanos (UNAM) y en Educación y Comunicación Social en la Universidad de Málaga. Sus principales líneas de investigación son: Estado y sociedad: instituciones, procesos políticos y movimientos sociales en América Latina; procesos de paz como construcción social y la cultura en la formación de identidades.

Sofía Maas (CDMX, 1995) estudió Desarrollo Territorial con especialización en gestión ambiental en la ENES-UNAM en León. Actualmente se desempeña como asistente de dirección en la Ruta de la Seda. Ha

participado en diversos concursos de Guanajuato y nacionales, como el Encuentro Nacional de Jóvenes Creativos organizado por el Injuve en 2018. Ha apoyado en diversos diplomados, voluntariados y prácticas de investigación en Michoacán, Guanajuato y Oaxaca. Ha colaborado en diversas revistas locales de autores emergentes como *Revista Golfa* y *El Blog de los Estudiantes de la UNAM*.

José Miguel Martínez (CDMX, 1998) es estudiante de la licenciatura en Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, así como de la licenciatura en Ciencias Políticas en la UAM Iztapalapa. Es flautista desde temprana edad, ha participado en conciertos de música mexicana en diversos eventos culturales. Le apasiona el fotoperiodismo, ve en la fotografía un medio por el cual visibilizar y dejar constancia de las problemáticas sociales que enfrentamos en la actualidad.

Laura Olimpia Martínez Ramírez (Guanajuato, 1992) es politóloga feminista. Estudió Ciencia Política en la UAM unidad Iztapalapa. Se desempeña como defensora de derechos humanos y acompaña procesos que buscan justicia, verdad y memoria. Hace investigación con perspectiva de género, escribe para vivir, vive para escribir. Apasionada de la fotografía y la poesía.

Emma del Carmen Martínez Yanes (CDMX, 1996) es escritora, ensayista y poeta. Sus temas giran alrededor del feminismo y la crítica social. Es cofundadora del colectivo poético “Tinta Verde”. Ha publicado en medios impresos y digitales tales como: “Lammadame”, “Pórtico”, “La Barraca”, “Rigor Mor-

tis”, “Féminas”, y “Mundo nuestro”. Fue ganadora del segundo lugar en el concurso “Miradas artísticas sobre la pandemia: de la paranoia a la solidaridad” del PUEDEJS con su ensayo lúdico “Manual para el encierro”. Fue seleccionada para trabajar como escritora en el proyecto “Voces tras la tela”, que busca expresar de manera artística la desaparición forzada en México, su texto fue mostrado a manera de exposición en la galería Lago Tangánica 67.

Yeraldine Medellín (Acayucan, 1997) es estudiante de Ciencias Políticas y Administración Pública en la Universidad Euro Hispanoamericana de Xalapa, Veracruz. Colabora con diversos colectivos feministas, así como en proyectos de fotografía documental, dentro de su comunidad. Además de las ciencias sociales, se mantiene vigente en el activismo en diferentes causas sociales. Considera a la fotografía un medio importante de expresión y concientización social.

Raúl Mendoza Justo (CDMX, 1973) estudió psicología en la UNAM, Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Desde hace 22 años reside en la región de Tehuacán Puebla, realizando trabajo comunitario en una organización civil en la región Mixteca. Imparte clases en universidades en las áreas de psicología social y educativa. Colabora como coordinador educativo del Museo del Agua. Agua Para Siempre en la difusión de una cultura para el desarrollo sustentable integral.

Denisse Alejandra Michel Ponce (Torreón, 1983) estudió en la Universidad Iberoamericana la Carrera de

Diseño Industrial, titulándose con la tesis *Cómo montar un taller de joyería de plata*; ha tomado cursos de cerámica, joyería de plata, fotografía y un curso en Emprendedores Torreón. Trabaja en Diseño de Joyería en Rodio Chapa de Oro. Le gusta la expresión plástica y disfruta mucho captar con su cámara momentos especiales que representen algo significativo en su vida y la de su familia.

Nahum Moreno (CDMX, 1985) es ilustrador y artista de cómic, egresado de la carrera de Diseño de la Comunicación Gráfica (UAM-X). Colabora para una amplia gama de proyectos de animación, cinematográficos, editoriales y culturales. Fue director de arte en *Abismal*, cortometraje de animación en VR (*GIFF, VR Fest y Shorts México 2017*). Fue seleccionado oficial del concurso de cartel “Invitemos a leer” para la FILIJ 39 y en el proyecto “40 artistas en cuarentena” de la imprenta S. A. R. A. Ha participado en exposiciones colectivas en México, España y Japón.

Brenda Muñiz (Oaxaca, 1994) estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad José Vasconcelos de Oaxaca. Le gusta la fotografía y escribir. En 2019 participó en el concurso “Te creo en corto” organizado por el DIF, en el que desempeñó los papeles de producción y actuación. Ese mismo año también contribuyó con un artículo de opinión en la segunda edición de la revista *Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública (CESOP)*, asimismo colaboró con la revista *Puerto Libre* en la Feria de libro en 2016. Actualmente se desempeña como *community manager* político.

Ophelia Muñoz (CDMX, 2014) es estudiante de primaria en la escuela Estado de Guanajuato. Hija de un diseñador gráfico y una pedagoga, creció inmersa en libros de dibujo y pintura. A los cuatro años mostró inclinaciones por el dibujo, en especial por la técnica de acuarela. Ha tomado algunos cursos en línea. En ocasiones busca a sus personajes en las formas de las nubes.

Mario Olarte Martínez (CDMX, 1991) estudió la carrera técnica de auxiliar fotógrafo, laboratorista y prensa en la UNAM. En 2018 tuvo su primera exposición individual con el título: *Chiapas: la identidad rebelde*, en la que documentó a la comunidad tzeltal zapatista de La Garrucha en la Selva Lacandona. Desde 2019 colabora en el suplemento cultural “Ojarasca” de *La Jornada*.

Patricio Oseguera Garibay (CDMX, 2000) es estudiante del tercer semestre de cinematografía en la Universidad de la Comunicación, y músico por la Facultad de Música de la UNAM. Fundó y dirige Amech Films, mediante la cual ha realizado varios proyectos audiovisuales, entre los que destacan *Recuerdos de un eclipse*, documental disponible en FilminLatino, *La piña y la manzana*, videos comerciales y corporativos para marcas como Santa Clara, Armo Diseño, Agrega+, y videoclips para Franco Paolo Ciangherotti, PrimoSon y Mexfutura.

Yasmin Guadalupe Pech (Mérida, 1997) se certificó como conferencista en la Embajada Business Innovation Institute of America Laboratory de Mérida, Yucatán. Estudió danza clásica en la “Academia de

Danza Raque”. Estudia Artes Visuales en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Yucatán. Dio su primera conferencia, titulada *La magia de tu voz*, a través de un webinar en 2020. Presentó una conferencia en el evento virtual “Herramientas SIN LÍMITES para hablar en público”. Participó en la exposición de obras de arte para el evento “Vísperas de la noche blanca” en la Galería 37 en 2019. En 2015 se presentó como cuerpo de baile y productora de vestuario en la obra *En los huesos de La Catrina*.

Raymundo Pérez González (CDMX, 1982) estudió Trabajo Social en la UNAM. Se desempeña como empleado en el ramo de servicios. Ha colaborado en prácticas escolares trabajando con jóvenes en diversos temas, que van desde la prevención de las drogas hasta la orientación vocacional en instituciones de nivel primaria y secundaria en la CDMX.

Rosario Pinelo (CDMX, 1963) estudió Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Colabora para la revista digital *teatroydanza.com* y administra la página *Visitando Museos* en Facebook. Ha sido reportera de la fuente cultural en medios como la revista *Tiempo Libre* y el Canal 11. Fue guionista de Televisión Educativa del IPN y coordinadora editorial de la revista de danza *DCO*. Además de escribir, disfruta el baile, el yoga y el tai chi.

Fernanda Quio (Estado de México, 2001) es egresada de la Escuela Nacional Preparatoria Número 2 “Eras-

mo Castellanos Quinto”. Cursa la carrera de Diseño y Comunicación Visual de la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM. Ha participado en diversas convocatorias para la categoría de arte y diseño. Además del dibujo digital, gusta de la técnica de acuarela, los perros, la historia y la música en inglés.

Daniel Alejandro Ramírez Durón (1998) realizó sus estudios profesionales de Ingeniería en Sistemas Computacionales en el Tecnológico de Saltillo. Se desempeña como Tester en la Compañía “Introid Inc.” en Ramos Arizpe, Coahuila. En 2019 obtuvo el tercer lugar en el concurso de fotografía “Agua para todos” y Mención Honorífica en el concurso “Mirada Crítica a los Alimentos que Consumimos”.

Miriam Ramos (CDMX, 2001) estudia la carrera de Diseño y Comunicación Visual en la Facultad de Arte y Diseño. Ha participado en dos concursos de fotografía. Quiere mezclar la fotografía y la animación además de tener un gusto por la cultura oriental. Sus directores de cine favoritos son Guillermo del Toro, Tim Burton y Hayao Miyazaki.

Irma Reyes Almanza es mexicana, pintora y grabadora. Realizó la Licenciatura en Educación Artística en Morelia. Inició sus estudios formales de dibujo, pintura y grabado en 1979, en el Taller Escuela de Artes Plásticas Manuel Pérez Coronado de Uruapan. Ha expuesto individual y colectivamente en varias ciudades de México, Estados Unidos, Alemania, Uruguay, Corea del Sur, Argentina y Chile. Desde 1980 es docente en el área de dibujo, pintura y grabado en instituciones educativas y en diversos

proyectos de artes para niños de educación especial, en situación de calle y en comunidades.

Karla Ricárdez “Chila Killa” (Oaxaca, 1991) es una artista visual egresada de la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda. Se dedica a la escultura, ilustración y piezas de bordado contemporáneo. Ha recibido premios por parte de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Autónoma de Querétaro, impartido talleres de verano en la ENPEG “La Esmeralda” y expuesto su obra en diversos lugares como el Museo Regional de Querétaro; la Biblioteca Vasconcelos, la Galería metropolitana, la Galería Central de Centro Nacional de las Artes y en las áreas abiertas de Antara Fashion Hall en CDMX.

Annete Angélica Rivera Vera (Puebla, 1992) estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Trabaja en su primera novela. Además de la literatura le gusta la fotografía y tocar el piano. Fue estudiante becada en la Universidad de Groningen. Ha dedicado gran parte de los últimos años a viajar y a escribir sobre sus experiencias.

Carla Jiovanna Ruiz Juárez (Torreón, 1990) estudió Sociología en la Universidad Autónoma de Coahuila. Es auxiliar de investigación en proyectos independientes y colabora con el Departamento de Investigación e Intervención Socioambiental de la Universidad Autónoma de Coahuila. Se hizo acreedora de la beca FinanciarTE en 2009. En 2013 fue coautora del libro “Propuestas para desarrollar capital social entre las organizaciones de la sociedad

civil”. Participó como columnista para el diario *Milenio Laguna* en la sección “Género en su Tinta” y como ponente en diversos congresos nacionales.

Eduardo Sabugal Torres (Puebla, 1977) es escritor de cuento y guion, maestro en Lengua y Literatura Hispanoamericana. Catedrático en la coordinación de Filosofía y Literatura y en la de Ciencias de la Comunicación, en la Universidad Iberoamericana Puebla. En 2010 la Secretaria de Cultura del Estado de Puebla publicó su primer libro de cuentos, *Involuciones*. Su segundo libro *Liquidaciones* se publicó en el 2012 en el Fondo Editorial Tierra Adentro. Ganador en 2014 del 14vo Concurso Nacional de Cortometraje del Imcine. Es productor de radio, y colaborador de varias revistas dedicadas a la crítica literaria. Actualmente cursa el doctorado en literatura hispanoamericana en la BUAP, con un estudio sobre la figura del proletariado en la literatura mexicana del siglo xx.

Ángela Atenas Sánchez Camacho (Puebla, 1986) realizó sus estudios en bibliotecología y estudios de la información en la UNAM. Se ha especializado en la historia y estudio del libro antiguo. Ha participado en la investigación de diferentes proyectos editoriales como *De libros ingeniosos y un manuscrito de la Biblioteca Palafoxiana* (2018). Becaria del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico de Puebla (2019-2020). Seleccionada en el concurso internacional de arte *COVID-19*, convocada por la Fundación Matilde Tamayo de Barcelona y Wentworth Norton. Seleccionada en la exposición internacional de arte *Poética del Color*

en la galería Víctor Humareda Gallegos Puno de Perú.

Diego Alonso Sánchez Tec (Querétaro, 1992) estudió la licenciatura en diseño industrial en la Universidad Autónoma de Querétaro, al igual que la Maestría en Creación Educativa. Actualmente se desempeña como profesor en la misma universidad en las facultades de Ingeniería y Bellas Artes. Amante de la poesía y las letras, además de ser entusiasta de los videojuegos, la fotografía, el teatro y cualquier otro espacio donde acontece la expresión.

Arturo Sarmiento Tamayo (Tlaxcala, 1949) estudió para ingeniero mecánico naval y para ingeniero geógrafo en la Heroica Escuela Naval Militar de Antón Lizardo, Veracruz. Se graduó como Guardiamarina del Cuerpo General de la Armada de México en el año de 1973. Actualmente está retirado de la Armada de México. Uno de sus libros favoritos es un compendio de poemas de Homero de Portugal, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Sor Juana Inés de la Cruz, entre otros. Radica en un ranchito a una hora de Morelia.

Xicoténcatl Servín (CDMX, 1994) estudió filosofía en la UNAM. Realiza una investigación sobre posthumanismo para su proyecto de maestría. Además de dedicarse a la filosofía es ensayista y escribe poesía, género en el que ha sido distinguido en diversos premios nacionales. Sus principales intereses prácticos y filosóficos se orientan al pensamiento oriental, en especial en el pensamiento budista.

Bladimir Tapia Neri (Puerto Vallarta, 1994) estudió la licenciatura de psicología en el Centro Universitario de la Costa. Cuenta con un diplomado orientado a la psicología forense. Ha participado en diversos eventos de poesía realizados en su localidad, además de ser colaborador en la revista de autores emergentes *Piensa libre*. En 2018 obtuvo el tercer lugar de poesía en el concurso *Letras saladas*. Será incluido en la antología poética *Cauces* de la mano de Biblioteca los mangos en honor a la riqueza ecosistémica de la región.

Juan Carlos Toriz Ruiz (CDMX, 1977) es músico autodidacta. Participó en varios proyectos musicales siendo el más destacado el grupo de rock Vacas Flacas. Dirige su propio proyecto de difusión cultural llamado RadioTregua, en internet y en diferentes plataformas digitales, dándole difusión a proyectos artísticos.

Cesar Alain Torres (CDMX, 1992) estudió artes digitales, multimedia y fotografía. Desde niño tuvo mucho interés en el medio del cine y arte. Ha realizado cursos de cinematografía en el Cenart.

Yahaira Ilse Urzúa (Guadalajara, 1997) estudió psicología en la Universidad de Guadalajara. Estudia un posgrado en arteterapia con enfoque humanista avalado por la asociación de psicólogos de la provincia de Córdoba, Argentina. Ha participado en exposiciones de fotografía y pintura.

Adriana Vázquez (CDMX, 1989) estudia el último año de la carrera de Arte y Diseño, en la ENES plantel

Morelia. Su formación incluye varios talleres en la Academia de San Carlos. Participó en la Exposición Colectiva en la Casa cultural José Ma. Velasco y en la exposición "Dibujo de la Figura Humana" en el Centro de la Juventud Arte y Cultura Futurama. Colaboró en el 6to taller móvil de gráfica tradicional FAD Taxco.

Ana Sofía Villalobos García (Guadalajara, 1997) estudió la licenciatura en gestión cultural en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente. Actualmente trabaja de manera independiente como gestora de proyectos artísticos y culturales en su ciudad. Ha participado en concursos de oratoria estatal, quedando dentro de los primeros lugares. Le gusta practicar las danzas populares modernas, además de escribir.

Gilberto Villegas López (Nicolás Romero, 2001) es un joven interesado en los fenómenos políticos y sociales. Actualmente es estudiante de Ciencias Políticas y Administración Pública en la UNAM. Ha participado en distintos proyectos sociales, modelos parlamentarios y en concursos literarios, como el Concurso Caminos de la Libertad para Jóvenes. Además de la poesía, le apasiona la filosofía y practica violín.

CUENTOS INFANTILES

## ABUELA TORBELLINO

ERNESTO MIRANDA MELÉNDEZ

Mención honorífica, Cuento

ABUELA ERA TODO UN TORBELLINO  
MUY ALEGRE Y SIEMPRE SIN ESTRIBOS.

CAMPEONA MUNDIAL DEL OCHENTA Y CUATRO  
EN LA RAMA FEMENIL DE BESOS Y ABRAZOS.

MAS UN DÍA LA COSA CAMBIÓ  
PUES MI ABUELA MUY DÉBIL CAYÓ.



## CUENTOS INFANTILES



MADRE Y PADRE ME DIJERON QUE ME ALEJARA  
PUES LA ABUELA PODRÍA ESTIRAR LA PATA.

ENTONCES MUY TRISTE Y CONFUNDIDO ME PUSE,  
PREGUNTAS SIN RESPUESTA, UN TEMA DE ADULTOS SUPUSE.

## CUENTOS INFANTILES



## CUENTOS INFANTILES

TIENE QUE HABER UNA MANERA DE AMOR DEMOSTRARLE  
PAPEL, TIJERAS, PEGAMENTO Y UN POCO DE ESTAMBRE.

LE LLEGÓ UNA CARTA A LA VIEJA  
A SU SILLÓN FAVORITO

SIN BESOS Y ABRAZOS NO IMPORTA,  
CON SU MIRADA TODO LO DIJO.



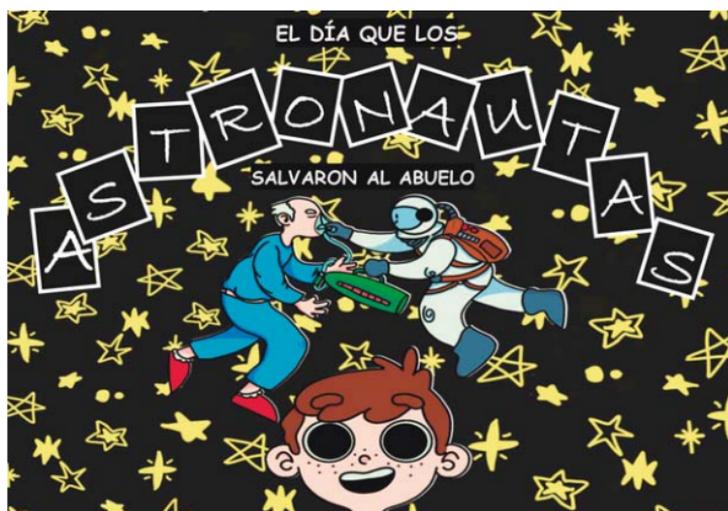
CUENTOS INFANTILES

# EL DÍA QUE LOS ASTRONAUTAS SALVARON AL ABUELO

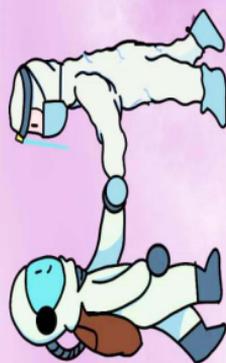
LITZY AGUIRRE Y ANYER HERNÁNDEZ

ILUSTRADO POR EDSON FLORES

Mención honorífica, Cuento



A todos los astronautas que siguen  
luchando para salvar el mundo y  
aquellos que se convirtieron en  
estrellas.



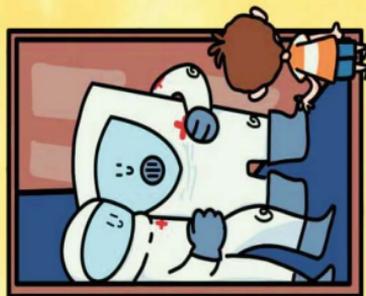
¡Hola! Me llamo Edu y está es la historia del día que los astronautas salvaron a mi abuelo.

Hace 3 semanas mi abuelo comenzó a sentirse muy mal, no podía respirar y me asusté mucho.

Mi mamá habló inmediatamente al hospital y a los pocos minutos llegaron unos...

**A S T R O N A U T A S**

para llevarse lo.



Mamá dice que no son astronautas pero a mí me gusta creer que sí, su traje es blanco como la nieve, y llevan máscaras especiales para que no veamos su cara.

Los **astronautas** se llevaron al abuelo al hospital y desde entonces no lo hemos visto.



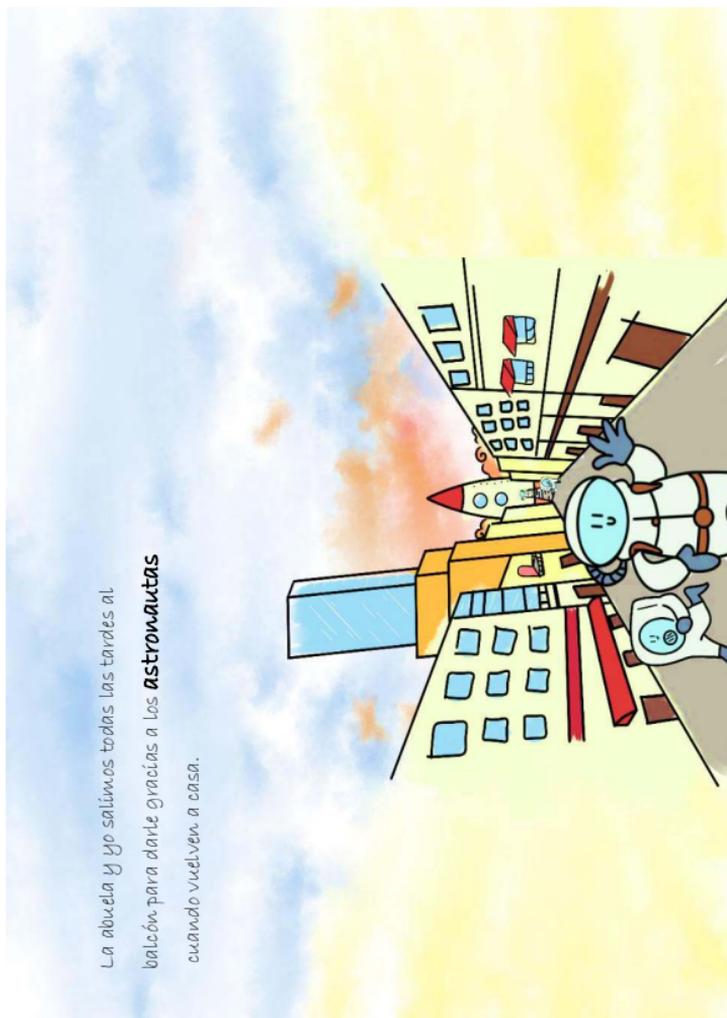
Pero todos los días le escribo cartas...

En el edificio vive Gato, él es **astronauta**, todos los días se va muy temprano y llega muy tarde; mamá le da mis cartas para que se las de al abuelo.

A veces quisiera ser Gato,  
a veces quisiera ser un **astronauta**  
para abrazar al abuelo y decirle  
que vuelva a casa.



La abuela y yo salimos todas las tardes al  
balcón para darle gracias a los **ASTRONAUTAS**  
cuando vuelven a casa.



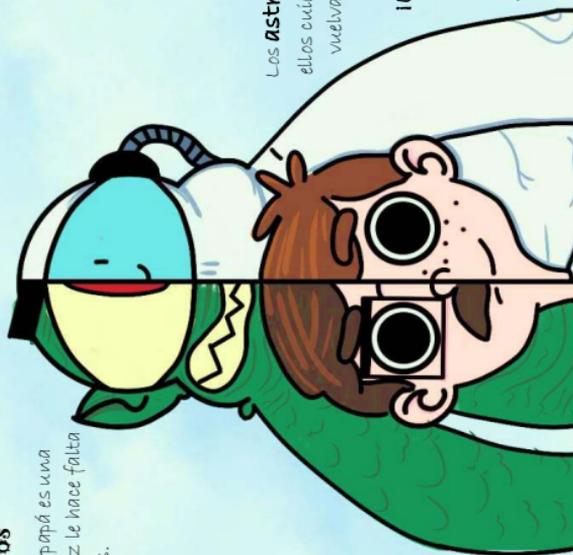
La abuela dice que algunas personas confundien a los astronautas con

### **monstruos**

Y les tienen miedo, mi papá es una de esas personas, tal vez le hace falta creer en los súper héroes.

Los **astronautas** son buenos, ellos cuidan al abuelo para que vuelva a casa Y también nos cuidan a nosotros.

¡Los **astronautas** son **superhéroes** salvando el mundo!



Hoy hablamos por video llamada con el abuelo, los **astronautas** nos dijeron que vuelve dentro de 4 días y eso me pone muy feliz.

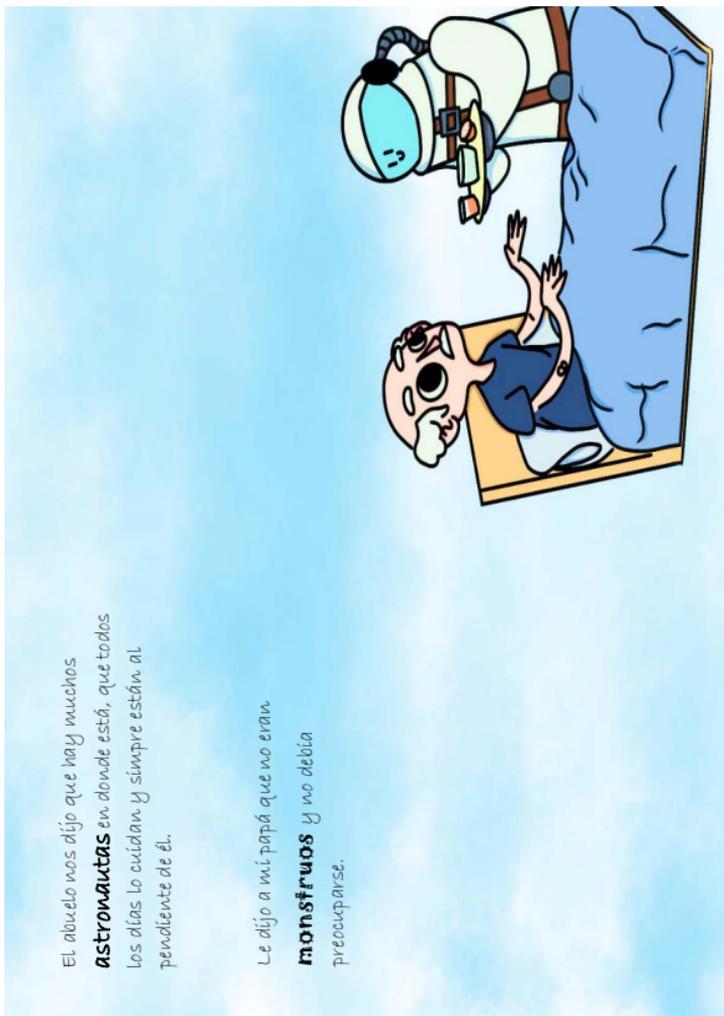
¡Por fin podré abrazarlo!



Los astronautas han salvado al abuelo!

EL abuelo nos dijo que hay muchos  
**astronautas** en donde está, que todos  
los días lo cuidan y siempre están al  
pendiente de él.

Le dijo a mi papá que no eran  
**monstruos** y no debía  
preocuparse.



Por primera vez vi a mi papá feliz con lo que decían los **astronautas** y con lo que decía el abuelo, tanto que él me ayudará a hacer un cartel para ellos.

La abuela y mi mamá harán otro cartel y un pastel para darle la bienvenida a mi abuelo.



Faltan 2 días para que el abuelo vuelva,  
estoy muy feliz!

Hoy decidí hacer una carta, es la última  
carta que escribo pero no es para el abuelo: es  
para Gab y todos los astronautas...





*El día que los astronautas salvaron al abuelo.*

*El abuelo se fue con los astronautas  
y volvió a casa feliz, radiante  
brillando cual cometa alucinante.*

*Otros no vuelven, a mí me gusta creer  
que se fueron con los astronautas  
para convertirse en estrellas,  
aquellas que veo desde mi balcón,  
aquellas que todas las noches  
brillan a lo lejos en la oscuridad.*

*Brilla, brilla, brilla, cual cometa,  
Brilla, brilla, brilla, cual estrella...*

CUENTOS INFANTILES

## LOS NIÑOS DEL COVID19

EMELYN DOMÍNGUEZ JIMÉNEZ  
ILUSTRADO POR MARÍA LUNA MESÉN  
Tercer lugar, Cuento

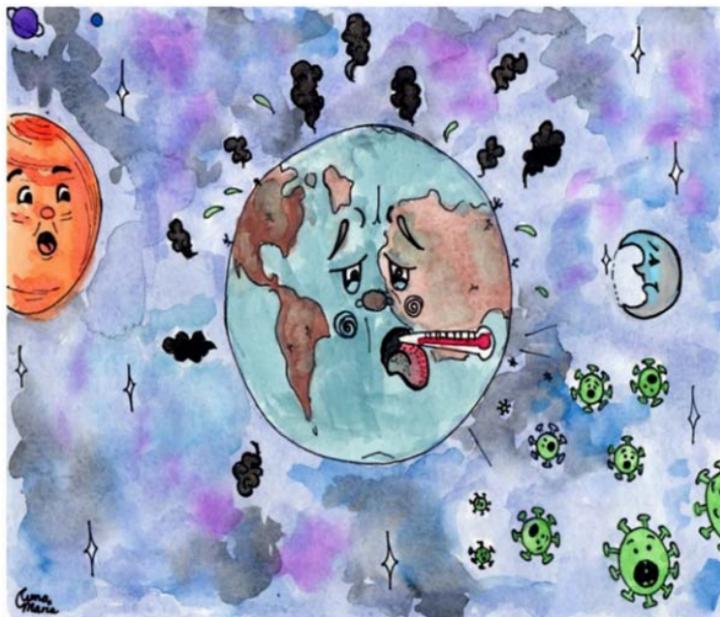




Existió una vez un planeta que agonizaba, ya no tenía suficiente oxígeno, su aire estaba contaminado, sus ríos y mares llenos de basura. Sus animales estaban muriendo, sus pulmones que eran los árboles fueron arrancados de raíz para construir grandes ciudades.



Sus habitantes intentaban en un último esfuerzo mejorar sus hábitos, reciclando, cuidando el agua, eliminando bolsas de plástico y desechables de sus vidas, pero era tarde, seguía enfermando de gravedad.



Un día el planeta ya no pudo aguantar más —¡Cof, cof!— una estruendosa tos hizo salir de sus entrañas un virus que se esparció por el aire en gotitas de saliva. Extrañamente, los animales podían soportarlo. Ellos los transportaban sin sufrir consecuencias, pero pronto pasó a los humanos y rápidamente se extendió de persona en persona. Lo llamaron coronavirus.

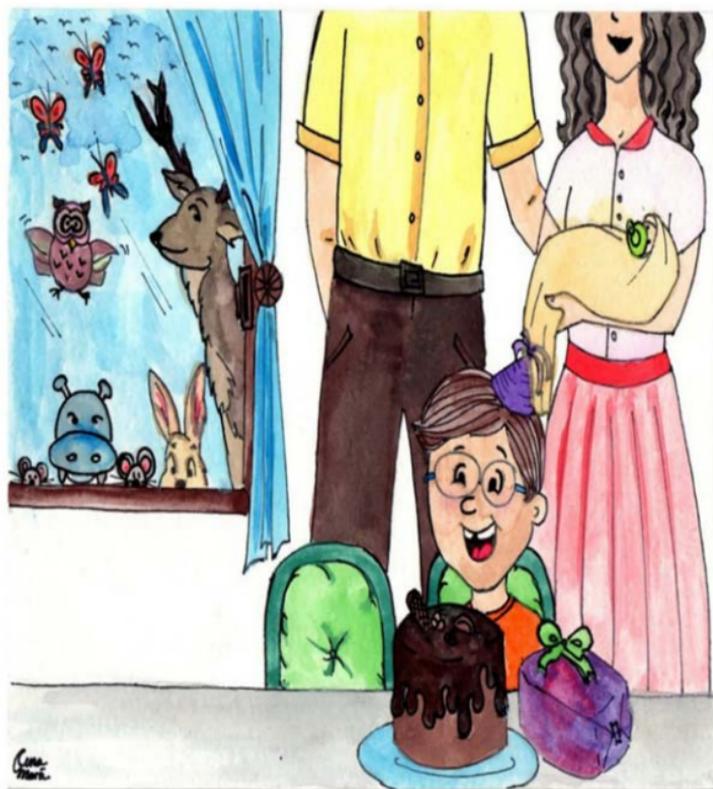


La gran mayoría de la población comenzó a enfermar.

Los más fuertes soportaban las fiebres, falta de aire, dolores de cuerpo; los débiles tenían que ser atendidos en los hospitales. Los humanos tuvieron que resguardarse; mientras los superhéroes se pusieron batas blancas para salir a la batalla.



Coronavirus buscaba a los niños y los ancianos que eran los más valientes para poder infectarlos. Si alguien enfermo les daba la mano o un beso, sería suficiente para enfermarlos y vencer. Entonces, los papás para protegerlos los escondieron.



Se cerraron las escuelas, los parques y las plazas.  
No se podían celebrar los cumpleaños. En las casas  
se jugaba y se hacían tareas.

## CUENTOS INFANTILES



Todos tenían que quedarse escondidos y lavarse las manos varias veces al día para matar al virus, el agua y el jabón eran la mejor arma.



Muchos no podían permanecer en casa, así que enfermaron y enfermaron a sus familias sufriendo las consecuencias, tal como le pasaba al planeta, los pulmones de los humanos no resistían el mal del coronavirus.



Las personas tuvieron que detener su ritmo de vida, dejaron sus trabajos, de salir a las calles, se ponían máscaras azules para no ser reconocidos por el malvado coronavirus. Entonces, cuando pararon fábricas, comercios, transportes, el planeta comenzó a sentirse mejor.



Los árboles florecieron, el cielo volvió a ser azul, el aire estaba limpio, los animales eran libres y aparecían en las calles, sin tráfico, sin ruido, sin personas. Ahora los humanos podían ver a los animales desde su ventana. Los ríos y los mares de nuevo eran transparentes y llenos de vida marina. ¡El mundo estaba sanando!



Hubo personas que dieron su vida por pelear contra el coronavirus. Su sacrificio sirvió para que los humanos se dieran cuenta de la importancia de cuidar su planeta, de cambiar sus hábitos para que éste no volviera a enfermar. El planeta estaba feliz porque al menos por ahora estaba ¡vivo!

## CUENTOS INFANTILES



Poco a poco el malvado virus comenzó a debilitarse con la fuerza de la sana distancia y la buena higiene de los humanos. Trabajando juntos lo vencieron y los niños regresaron sin miedo a sus escuelas y a jugar a los parques con sus amigos.

Los niños nunca olvidarían que fueron valientes héroes el día en que simplemente “se quedaron en casa”.

FIN

## CUENTOS INFANTILES

Cuando la pandemia se esparció por todo el mundo, hubo un sector de la población que fue encerrado por semanas: los niños.

Muchos pequeños no entendían la magnitud del problema; algunos pasaron sus cumpleaños en aislamiento, sin su familia ni sus amigos, con la ilusión de fiestas que habían planeado por meses que fueron suspendidas.

Se crearon tutoriales, escritos ilustrados para explicarles la emergencia, pero todos eran muy técnicos, con explicaciones que no estaban en el lenguaje de los más pequeños, ni en su imaginación, que no dejaban una huella en el corazón de quienes representan el futuro de la humanidad.

Así surge el cuento corto *Los niños del Covid19*.

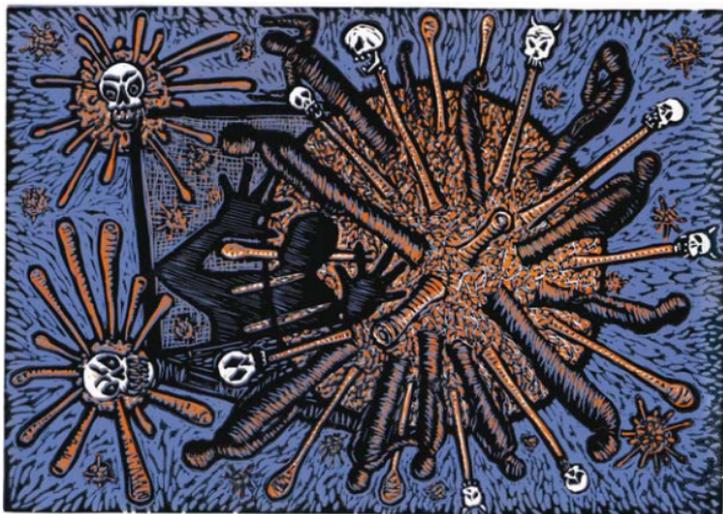
Si dejas la vida de una persona mejor que como la encuentres es suficiente para dejar un legado.

AUTOR DESCONOCIDO



1. Yahaira Ilse Urzúa, “A través de la ventana”.  
Mención honorífica, Fotografía.

## I. EL MUNDO CAMBIÓ



40. *"Frágil frontera de la realidad"* Irma Reyes Almanza

2. Irma Reyes Almanza, "Frágil frontera de la realidad".



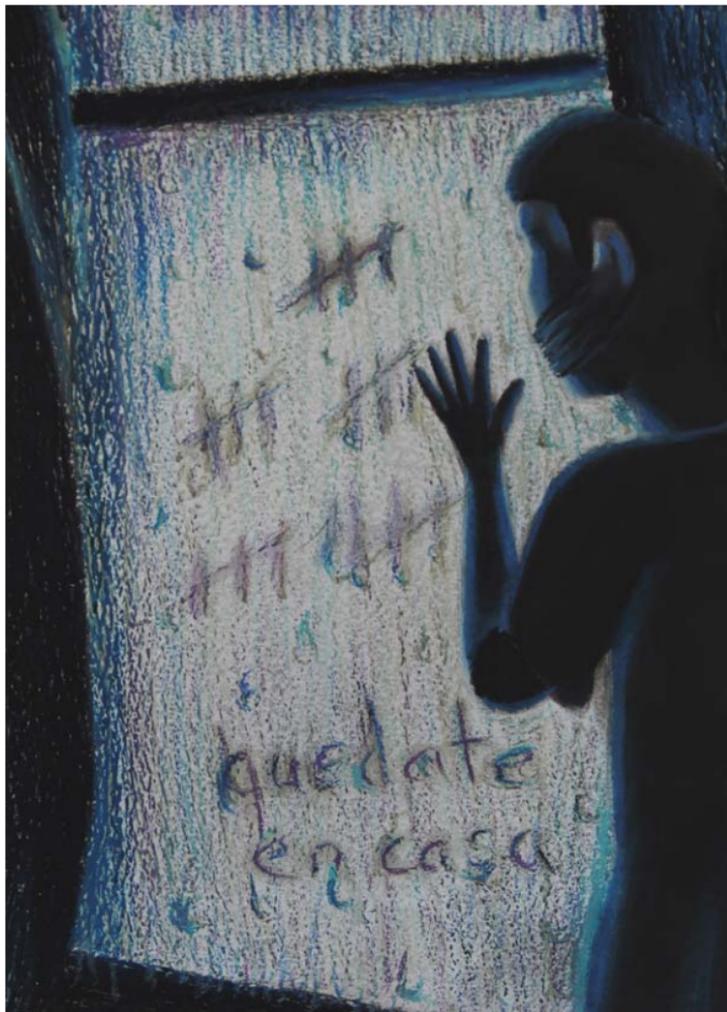
3. Lucía Jeannette Flores Mejía,  
"Enfrentan virus sin casa, agua y jabón!"



4. Yasmin Guadalupe Pech, “¿Qué podemos hacer?”.



5. Julio César Colín, “¡Quédate en casa!”.



6. Gabriel Guevara, "Quédate en casa".

I. EL MUNDO CAMBIÓ



7. Amanda Rodríguez, "Abrazo".



8. Rodolfo Esquivel, "Cabeño y su perro".



9. Natalia Blanco, “Volveremos a abrazarnos”.



10. Mario Olarte Martínez, “La suerte de abajo”. Mención honorífica, Fotografía.

II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO



11. Juan Francisco Díaz, “Los sin nombre”.

II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO



12. José Miguel Martínez, “Si puedes...”.

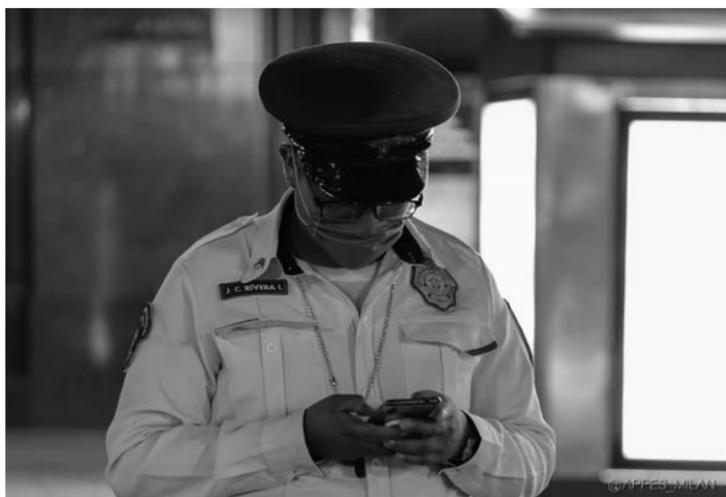


13. Elizabeth Martínez,  
“El privilegio de estar en cuarentena”.

## II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO



14. Yeraldine Medellín, “Los olvidados por el Covid-19”.



15. Abril García, “En memoria”.

## II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO



16. Hugo Borges, “Preservando la vida”.

## II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO



17. Aldo Agreda, “Hermanos en pie de lucha”.

## II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO



18. Rabelo Díaz, “Cuando la necesidad es mayor al miedo por la enfermedad”.

II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO



19. Erick Iván del Castillo, "Agua y jabón".

## II. LOS QUE PUEDEN QUEDARSE EN CASA Y LOS QUE NO



20. César Alain Torres, “En busca de algo”.

### III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD



21. Zurisaddai González González, “Volar desde adentro”. Primer lugar, Fotografía.

### III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD

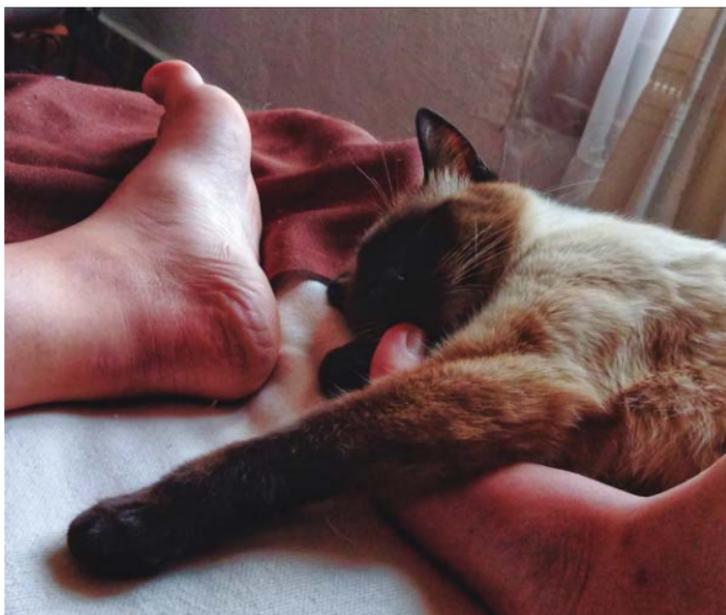


22. Denisse Alejandra Michel Ponce, “La vida por la ventana”. Tercer lugar, Fotografía.

### III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD



23. Lilian Hernández, “Interiorizar la existencia”.



24. Sofía Maas, “Foránea exiliada”.

### III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD



25. Arnoldo Fuentes, “Los extraño”.

### III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD



26. Adriana Vázquez, “Tarea en tiempo de aislamiento”.



27. Clara Montaña Bautista, “Contraste”.

### III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD



28. Brenda Muñiz, “Te extraño”.

### III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD



29. Daniel López Echeverría,  
“Esperanza en el confinamiento”.

### III. REMEDIOS PARA LA SOLEDAD



30. Miriam Ramos, “Poder reír, en momentos difíciles”.

#### IV. EL TIEMPO PASA DISTINTO



31. Patricio Oseguera Garibay, “Paseo de la Reforma durante la cuarentena”. Segundo lugar, Fotografía.

IV. EL TIEMPO PASA DISTINTO



32. Alfredo Arellanos Juárez, “Y de pronto se acordó”.



33. Juan Carlos Toriz Ruiz, “De cabeza”.



IV. EL TIEMPO PASA DISTINTO



35. Ophelia Muñoz, “Más tiempo con mamá”.

IV. EL TIEMPO PASA DISTINTO

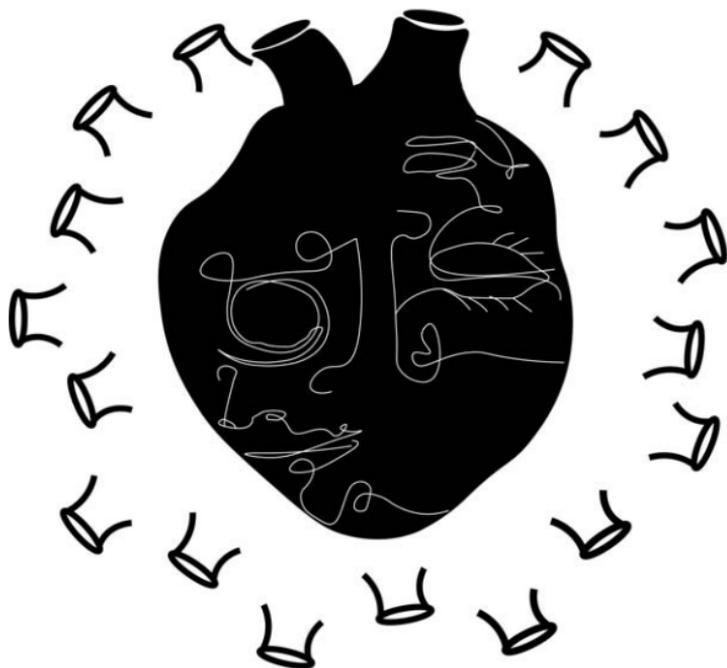


COVID-19

36. Leonora Flores, “El caos le cambió el ritmo al caos”.

IV. EL TIEMPO PASA DISTINTO

Dale ese giro  
a tus  
PENSAMIENTOS



TENGAMOS

EMOCIONES

SALUDABLES

37. Frida Yael Ibáñez Cárdenas, "sisu". Segundo lugar,  
Ilustración.



38. Alejandro González, “Día del Niño 2020: Infancia en tiempo de Covid” .



39. Karen Lizbeth Fernández Sánchez, “Milagrito mexicano: la solidaridad”. Primer lugar, Ilustración.



40. Daniel Alejandro Ramírez Durón, "Preocupaciones". Mención honorífica, Fotografía.

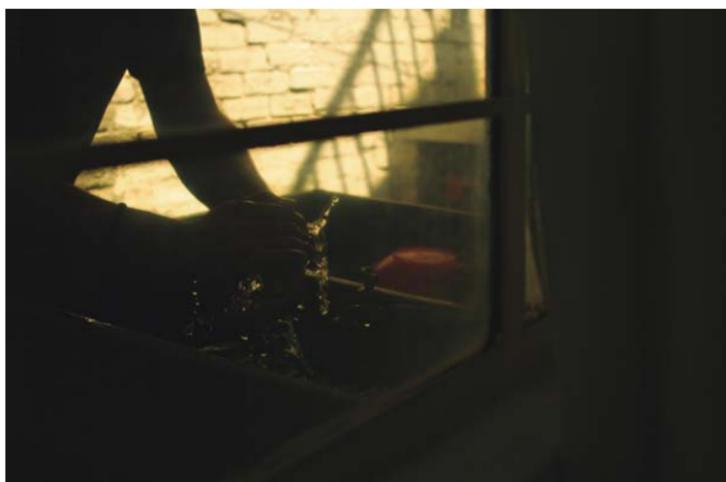


41. Diana Chavira, "México en manos de la ciencia".

## V. SALDREMOS ADELANTE



42. Sofía Landgrave, “Inmerso en las sombras”.



43. Axel Courcelle, “Conductores”.



44. Carina Favela, "Libre".



45. Malely Linares, "Grietas de esperanza".

## V. SALDREMOS ADELANTE



46. Fernanda Quio, “Primera línea de defensa. Nosotros”.

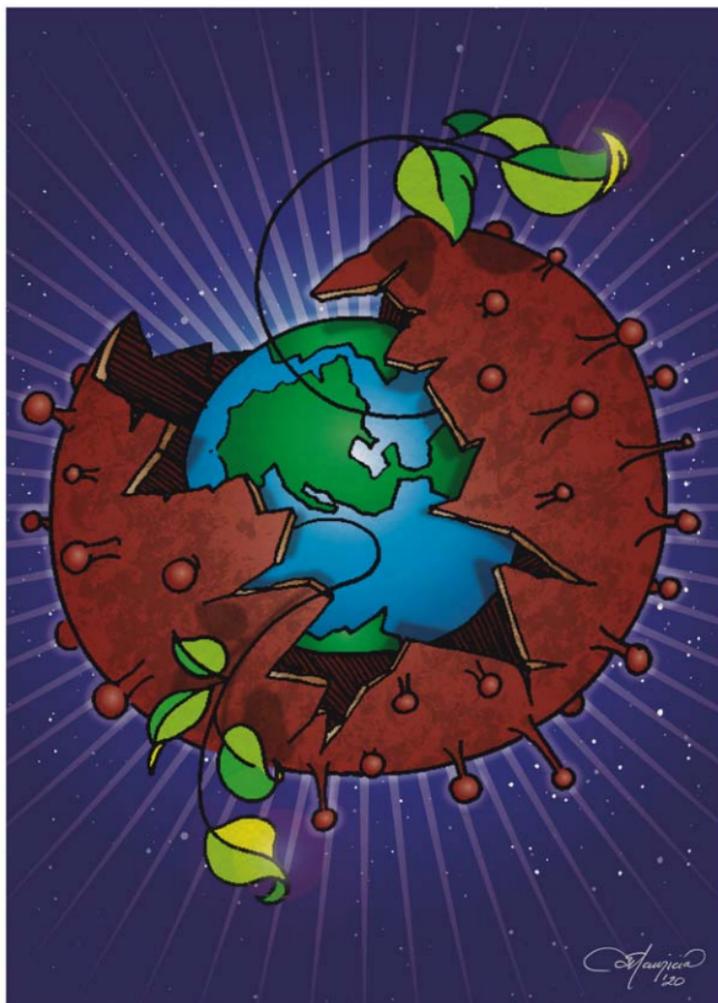


47. Sara María Gálvez, “La confección del cuidado”.

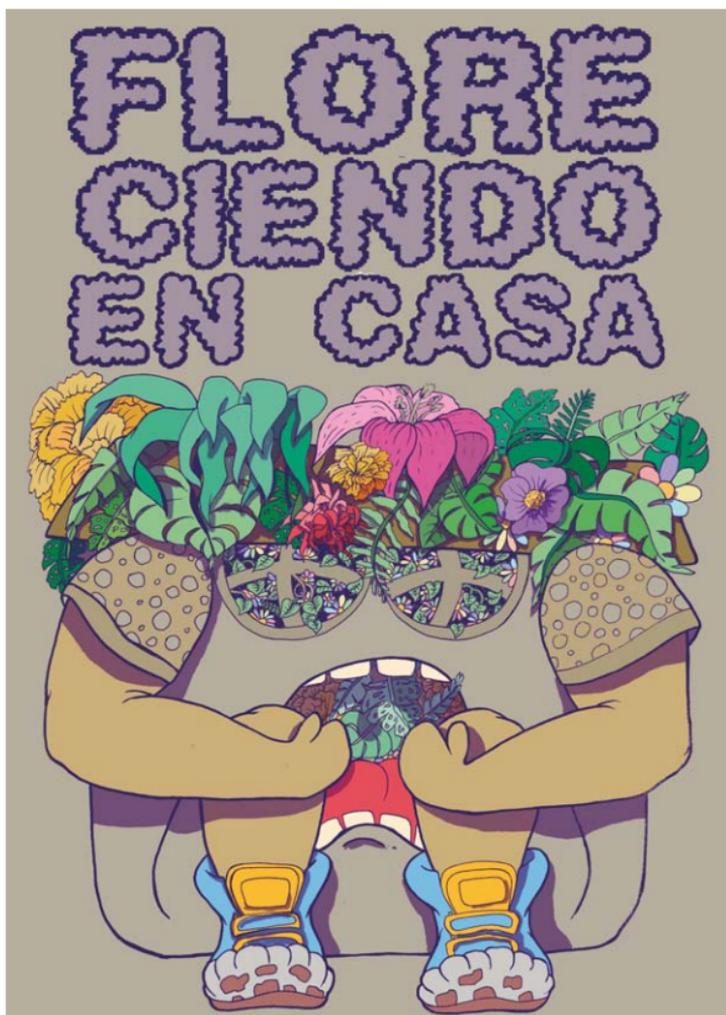




49. Katia Hernández, “De 2 a 3 caídas”.



50. Mauricio Galicia, “Pandemia también es vida”.



51. Karla Ricárdez “Chila Killa”, “Floreciendo en casa”.  
Tercer lugar, Ilustración.

Cuando la pandemia y la cuarentena empezaron, parecía que el mundo se iba a desmoronar. Para algunos el aislamiento trastocó lazos afectivos; para otros la necesidad de salir de casa se volvió una auténtica pesadilla. A pesar del dolor y de la incertidumbre, no hemos dejado de pensar y luchar por los otros, de crear, amar y transformar. Las obras incluidas en este libro son una muestra de la creatividad humana y representan una mirada de esperanza que se sobrepone al miedo.

Esta compilación surgió del concurso “Miradas artísticas sobre la pandemia. De la paranoia a la solidaridad”, organizado por el PUEJJS de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es una búsqueda para preservar la vida a partir de la solidaridad, el amor y los cuidados, la cual brinda un espíritu abierto para el bien común. Este libro ofrece una oportunidad para una catarsis colectiva.

El Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad (PUEJJS) de la UNAM es una iniciativa nueva, llena de energía, creatividad y compromiso, que sueña con la posibilidad de alcanzar verdaderos procesos de democracia en México. Busca combinar la investigación científica del más alto nivel con un intenso trabajo de vinculación y divulgación hacia la comunidad universitaria y la sociedad. Su objetivo es sacudir conciencias y participar en la construcción de soluciones prácticas a los grandes problemas nacionales.



PROGRAMA UNIVERSITARIO  
DE ESTUDIOS SOBRE  
DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD

